El pacto de las flores

Mireia Giménez Higón

El pacto de las flores

Mireia Giménez Higón

©El pacto de las flores. Serie Edeta Steampunk 1

Texto: ©Mireia Giménez Higón

Maquetación: ©Mireia Giménez Higón

Diseño de portada: ©Mireia Giménez Higón

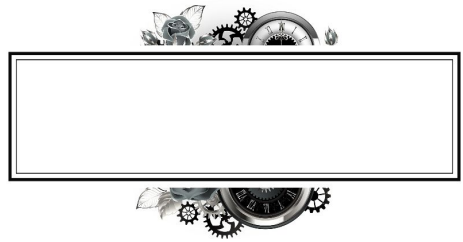
Banco de imágenes: ©Shutterstock ©pixabay ©canva

©Todos los derechos reservados

1ª Edición: Junio 2022

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento de la autora



Capítulo 1

Liliane, ese es mi nombre, por favor, no lo olviden. Un día formé parte de esas jóvenes herederas, venidas de alta cuna, que serían elegidas para formar parte de una élite sagrada preparada para liderar el reino. Una muchacha con una terrible historia que contar; pero, para ello, debo empezar narrando la historia de la que fue mi mejor amiga: Violeta. Contar como una mala elección en un inocente juego cambió su vida y, quizás, juntas descubramos que todo el mundo tiene un pasado, que nadie es quién dice ser y que nuestro mundo nunca fue el que creímos que era.

—¡Violeta!

Unos golpes suaves, pero firmes, sobresaltaron a Violeta que dormía como un lechón recién nacido. Sin darle tiempo a responder, la puerta se abrió dando paso a una muchacha algo mayor que ella que le sonreía recatada.

—Buenos días, señorita —saludó la doncella. Se acercó hasta los grandes ventanales y corrió sin mayor miramiento las cortinas. Una tenue luz ingresó en la estancia. El día estaba nublado para disgusto de Violeta, no auguraba nada bueno que la mañana despertara con semejante clima—. Su madre ha ordenado que baje con diligencia a desayunar.

—Por Dios, María, dígale que me niego.

—Vamos, señorita. Hoy es un gran día para usted —dijo María con ilusión contenida.

Era una joven que había sido elegida para servir en una de las grandes familias de Edetania y, para ser sinceros, la suerte le había acompañado. La gratitud y benevolencia de los Alcázar era más que reconocida por las gentes de la ciudad y alrededores.

—¿Así lo crees, María?

—Por supuesto que sí. —La doncella preparaba las ropas de su joven dama con agilidad y gran esmero—. Hoy es el primer día del

final de una etapa y, cuando menos lo espere, descubrirá que este arduo camino no ha sido más que un viaje —sonrió—. Un viaje cuyo destino se encuentra en la élite donde, al fin, las mujeres tienen cabida.

—¡Exagerada!

—No, señorita. ¿Sabe cuántas muchachas querrían estar hoy en su lugar? ¿Cuántas mujeres habrían querido obtener una oportunidad como la suya? ¿Cuántas niñas no verán cumplir sus sueños de tener un trabajo liberal como cualquier hombre? —María se sentó con cuidado a los pies de la cama y miró como una madre miraría a su hija—. Señorita, usted quiere ser periodista y vivir tantas aventuras como la tinta de su pluma le permita. Haga realidad ese sueño por las que jamás podremos realizar el nuestro.

—Oh, María. —Violeta se incorporó y se acercó hasta su doncella, a la cual quería casi como a una hermana, la abrazó y suspiró—. ¿Qué haré en esa academia sin ti?

—Vivir. —Fue su única respuesta.

Violeta dejó que María obrara su magia y pronto se vio vestida y peinada.

—¡María Violeta Alcázar y Morillo, baja ahora mismo! —ordenó su madre desde el piso de abajo.

La señora Beatriz siempre me había parecido una mujer feliz por naturaleza, encantada de vivir su vida. Le gustaban las compras, los bailes que la alta sociedad organizaba con asiduidad y las reuniones de café y pastas con otras mujeres de la nobleza y la burguesía acomodada. Una mujer que, a simple vista, pudiera parecer banal y totalmente ajena a las realidades de la vida.

María se había adelantado a su joven dama para dar aviso a la señora Beatriz de que su hija bajaría a la mayor brevedad de la que fuera capaz.

—Ya bajo, madre —dijo Violeta en lo alto de la escalera.

La entrada y hall principal siempre había sido motivo de ostentación en aquella casa. Era una escalera majestuosa que siempre me había encantado. Sus escalones y barandilla estaban hechos de madera de roble macizo y, los barrotes que la sujetaban eran de un mármol oscuro, con virutas más claras que simulaban pequeñas columnas dóricas. A unos cinco metros del pie de la escalera, se encontraba la puerta principal de la casa custodiada, en su interior, por dos grandes plantas de origen africano. Medían unos ciento veinte centímetros cada una, eran muy originales gracias a sus curiosas y lustrosas hojas verde oscuro y con dos líneas plateadas que corrían desde la base hasta la punta.

Desde la puerta y frente a la escalera, se dividía la casa en dos grandes estancias que la señora Beatriz separó con gran gusto al

comprar la casa. Hacia la izquierda, estaba la zona en la que los invitados disfrutaban de su estancia en el hogar de los Alcázar. Y, a la derecha, las estancias familiares como el salón, el gran comedor y demás habitaciones.

—Buenos días, cariño —saludó Beatriz efusiva y, tremendamente, afectiva. Para otros quizás fuera una sorpresa, dada la actitud que había tenido apenas unos instantes antes, pero para la familia Alcázar y el servicio, era más que habitual.

La mesa del comedor estaba dispuesta con gran exquisitez, no era de extrañar en aquella casa repleta de ostentación, aunque no desmesurada. Todas las casas de las familias poderosas solían embellecer sus mesas con platos bien elegidos, cocinados y tastados por las mejores cocineras de la ciudad. Allí, ante la mirada de Violeta, se disponían platos a rebosar de pequeños croissants de mantequilla, bollos, fruta troceada y, la especialidad de la tierra, *fartons* y horchata.

—¿Te gusta? —preguntó Beatriz al ver que su hija no probaba ni un solo bocado.

—Claro que sí, madre. Solo me preguntaba cuántos comensales e invitados tendríamos hoy en el desayuno.

—¡No seas tonta, querida! Todo este despliegue de manjares es para ti, Violeta. No todos los días tu hija es aceptada en la prestigiosa academia para señoritas “Valentia”.

—Buenos días, madre. —Alberto, el primogénito de los Alcázar ingresaba en el comedor—. Buenos días, hermanita.

—Buenos días, hermano.

—Madre, ¿cuántos invitados vendrán a desayunar?

—¡Por Dios! Sois idénticos.

Violeta rio y se sentó frente a su hermano dispuesta a tomar, por fin, el desayuno que ya le servía una de las doncellas. Por su parte, Alberto se desabrochaba la parte superior de la camisa y posaba la servilleta de lino en su regazo. Tenía los ojos aguamarina, señal inequívoca de pertenecer a los Alcázar de Edetania. Todas las muchachas suspiraban por él, incluida yo. Sin embargo, él no tenía ojos para nada que no fueran sus cachivaches, tuercas y tornillos. Por desgracia para él, sus padres tenían otro futuro en mente.

—Buenos días, hijos míos. —Su padre les sorprendió apareciendo de la nada, tan sigiloso como una pantera que acecha a una presa. Se acercó hasta su esposa y besó su mejilla para después sentarse en la mesa en el lugar de especial relevancia, como corresponde a cualquier cabeza de familia—. Alberto, prepárate y cámbiate esas ropas de pordiosero, hoy me acompañarás al trabajo.

Violeta observó a su hermano. No le hizo falta que éste dijera nada para saber que aquella jornada no tendría el mismo efecto en él que el que se esperaba que tuviera en ella.

—¿A qué hora vendrá el carruaje a recogerte? —preguntó Miguel, su padre.

—Albergo la esperanza que pronto, padre.

—Muy bien y, ¿cuándo viajaréis hacia Valentia?

—No lo sé con seguridad, padre.

—Deberás darte prisa en vestirte, peinarte y estar presentable —intervino Beatriz, quien se sentaba en ese preciso instante. Aquella era su única preocupación: que su hija causara una muy buena impresión. Aun recuerdo cuando nos sermoneaba en reiteradas ocasiones con la misma frase: *"La gente se fija en cómo actúas, querida, cómo vas vestida pues, si creas una buena primera impresión, tendrás las puertas siempre abiertas"*.

—Por supuesto, madre.

Violeta no separó la mirada de su plato. Estaba nerviosa y, por qué no decirlo, temerosa de aquel futuro incierto. Ni siquiera vio como su hermano le ofrecía el último croissant de mantequilla como muestra de apoyo.

—¿Tienes todo el equipaje preparado? —le preguntó.

—¿Perdón?

Alberto sonrió.

—Que si tienes todo el equipaje preparado —repitió.

—Sí. Sí, por supuesto —respondió Violeta visiblemente más animada—. Están los dos baúles preparados y una bolsa con ropas para cambiarme tras la inauguración.

—Muy bien —intervino el señor Alcázar a pesar de no dirigirles la mirada y mantener ésta en cuánto hubiera descrito en el diario que traía entre las manos—. Deberías tomar ejemplo de tu hermana. Es organizada, estudiosa y responsable, virtudes que, en tu caso, están cayendo en decadencia.

—Vaya, hombre, por Dios. Y comenzaba el día fuerte…

—Tranquilo, hermano, yo creo en ti. —Violeta miró a su hermano, se levantó y, con una expresión dividida entre la nostalgia y la ilusión, se despedía—. Será mejor que suba y repase el equipaje, me bañen y preparen.

—Buena suerte, hija —dijo el señor Alcázar.

Violeta miró de nuevo a su hermano. No hicieron falta palabras, ambos conocían a la perfección el parecer del otro.

Subió de nuevo por las espectaculares escaleras para dirigirse, después, hasta su habitación. Aunque el aire le faltaba por diversas razones que yo conocía bien, quiso ocupar su mente, sus pensamientos, comprobando el equipaje. Cada objeto o prenda tenía su lugar específico. Algunos dirían que era una maniática empedernida, yo entre ellos, pero la realidad era que ese orden extremo conseguía descubrir hasta la más irrisoria falta.

Revisado todos y cada uno de los bultos que llevaría al internado se sentó sobre la cama y observó, como si fuera la última vez, su habitación. Cuando su mirada se posó sobre el escritorio, un doloroso recuerdo llamó su atención. Se acercó hasta él y cogió con manos temblorosas aquella imagen en colores sepia. En ella, cuatro muchachas reían cogidas de las manos como si nada ni nadie pudiera separarlas jamás. Qué equivocadas estaban…

Guardó la fotografía en su bolsa de mano justo al tiempo que María ingresaba en la habitación con toallas.

—Le prepararé el baño, señorita.

—Muchísimas gracias, mi querida María. Sé que lo digo mucho, muchísimo, pero no sé qué haré sin ti.

—Y yo le repito, que aquí estaré cuando regrese.

Violeta sonrió agradecida y se dejó caer de espaldas en el mullido colchón y sintió, bajo su peso, el increíble y cálido tacto de las sábanas de algodón. Cerró los ojos y estiró los brazos sobre su cabeza. Con la punta de los dedos tocó el peluche que aguardaba paciente en el lecho. Volteó su cuerpo y se encaró frente al muñeco. Era un osito de peluche, recuerdo de su tía María Teresa, de su último viaje a Londres. Al parecer, era un icono para los infantes de ese reino. Lo observó con nostalgia y recordó las risas y los abrazos que ya no volverían por culpa de aquella pandemia que asoló el reino. Muchos fallecieron, otros sobrevivieron con secuelas terribles que aun pagaban sin terminar de saldar su deuda.

Cogió el osito. Era suave, tanto como el primer día. Vestía un gracioso chaleco burdeos cuyos botones simulaban tuercas de engranaje y, en su cabecita, una chistera adornada con unas pequeñas gafas de aviador. Sonrió para sí, aquel atuendo era casi idéntico al que solía vestir su hermano. “Quizás debiera haberle regalado este pequeño amigo a Alberto”, pensó.

—Señorita, el baño está ya listo —anunció María.

—Hija mía, estás preciosa.

La madre de Violeta no podía ser más dichosa al ver como su hija descendía por las escaleras con un hermoso vestido de moaré verde, adornado con óvalos de raso rodeados por una preciosa puntilla negra. El delantero de la falda estaba guarnecido por estos óvalos que subían en disminución hacia el cuerpo para luego bajar por los costados rodeando todo el bajo de la falda. El sombrero era una verdadera obra de arte en terciopelo negro, que se veía más alegre gracias a los encajes y hojas verdes que en él se entrelazaban.

Alberto le ofreció su mano en el último escalón.

—Espero que este viaje que hoy emprendes sea el inicio de una vertiginosa carrera hasta las más altas esferas del periodismo.

—Muchísimas gracias, hermano —respondió Violeta.

El joven volteó la mano de su hermana para depositar sobre su palma un pequeño objeto que, al apartar de nuevo la mano y dejarlo al descubierto, hipnotizó a Violeta. Se trataba de una curiosa mariposa de metal. El cuerpo estaba hecho con vainas recogidas en las viejas trincheras de la última guerra por la corona del reino, las alas eran preciosas láminas de cobre que había adornado con grabados tan sutiles que solo podían verse cuándo éstas estaban desplegadas y, las patitas y las antenas eran alambres de algún cachivache estropeado.

—Acarícíala —dijo Alberto.

Violeta no dudó un instante y rozó con cuidado el lomo del pequeño insecto de metal. La mariposa no tardó en reaccionar. Sus alas se desplegaron y comenzaron a moverse con rapidez hasta alzar el vuelo y, ante el asombro de los presentes, sus ojos brillaron.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Violeta con verdadera curiosidad.

—Verás, he añadido unas pequeñas bobinas a su interior capaces de recibir la energía que ofrecen las alas al moverse.

—Increíble. Muchísimas gracias, Alberto. La guardaré como un tesoro.

—Toma. Te falta esto.

—¿Qué es?

—Una base de energía eólica y solar para recargar la mariposa.

Violeta abrazó con fuerza a su hermano y al oído le susurró:

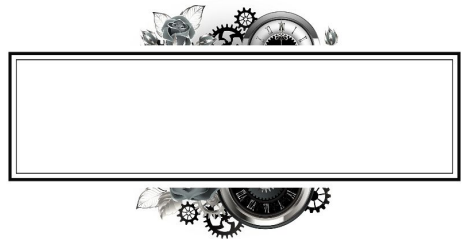
—En mi cama hay cierto amigo que quiero que cuides y que esconde la llave de mis secretos que a ti confío.

—Vamos, vamos. No seáis tan melodramáticos —intervino la señora Alcázar—. Querida, por favor, escribe una misiva en cuanto estés instalada en la Academia.

—Por supuesto, madre.

Se despidió de todos y cada uno de los miembros de la familia, incluso de su querida María. El cochero la acompañó de la mano hasta llegar al carruaje de la familia. Un coche de cuerpo pequeño y una única puerta y ventana. El interior estaba tapizado en terciopelo granate y solo contaba con un único asiento doble a favor de la dirección. Violeta observó el humo que desprendía la enorme caldera, señal de que había sido alimentada con leños con cierta antelación. Subió a la caja y se acomodó en el asiento. Escuchó como los cilindros de vapor se movían arriba y abajo alternándose el uno con el otro para accionar la rueda dentada que activaría, al fin, el movimiento. Miró por la pequeña ventana hacia la puerta de su hogar. Tan solo su hermano y María permanecían en pie agitando su mano en despedida.

Violeta les sonrió, aunque no estaba segura de que le vieran desde aquella distancia, y corrió las cortinas. Miró a la pequeña mariposa que aun guardaba entre sus manos, la acarició, el insecto voló y sus ojos se humedecieron.



Capítulo 2

El día en el que ingresamos por primera vez en aquel lugar me sentí muy pequeña, casi diminuta. Estaba asustada e insegura. Sentía que todas las miradas se posaban en mí, aunque no fuera la única. Todas nos fuimos sentando en las sillas que se nos indicaba. Al fin vi la mesa en la que otras tres chicas y yo nos sentaríamos. No podía mirar al frente, solo miraba la hermosa vajilla con el emblema de la academia grabado, los cubiertos perfectamente alineados y las servilletas bordadas con hilos dorados. Entonces, una mano amiga se posó en mi hombro: Violeta. Frente a nosotras dos chicas nos miraban con la misma expresión incierta, eran Margarita y Amber. Desde aquél día nos convertimos en inseparables, hasta que llegó el último verano donde perdí la carrera en el lago. Una competición, un juego que nos separó para siempre; pero esta historia la revelaré en su debido momento.

El viaje se le había antojado eterno a pesar de tener una duración aproximada de dos horas. Violeta había pasado la mitad del tiempo observando a través de la pequeña ventanilla. Primero las calles de su zona residencial, después el foro de la ciudad y, por último, las termas del emperador Nigrino, centro de reunión de la alta sociedad. Las casas dieron paso a los prados y éstos al castillo de Benisanó, donde la historia contaba que las hijas del Señor de Cavanillas habían huido de un baile en honor
al rey de Francia, quien se encontraba allí como prisionero de guerra.
Al preguntarles el padre
por tal deshonra, ellas respondieron que aquel rey era un enemigo del reino de España.

Tras dejar atrás la fortaleza, Violeta cerró de nuevo las cortinas, buscó en el interior de su bolso un pequeño libro que le había regalado su hermano en el último cumpleaños. Se trataba de la historia de un hombre rico, inglés, de gustos refinados y poco dado a

las fiestas de sociedad, aunque sí solía charlar en el club con hombres de su misma posición. En una de estas charlas surgió cierta apuesta que el gentilhombre aceptó siendo, así, el inicio de una maravillosa aventura alrededor del mundo conocido. Abrió aquel ejemplar por la cinta de raso que marcaba la página exacta en la que había abandonado la lectura la noche anterior y se dejó llevar por la maravillosa prosa del autor.

La campanilla que aguardaba en el lateral derecho del techo del carruaje sonó por primera vez desde que salieran de Edetania. Faltaba poco para llegar a Valentia.

Violeta cerró con cierto pesar el libro con el que había viajado más allá del reino, con el que había visitado lugares jamás vistos, y lo guardó de nuevo en el bolso. Rebuscó en el interior de este un pequeño espejo y comprobó que su aspecto permanecía perfecto. Pellizcó sus mejillas para darles un rubor que desaparecía y esperó paciente hasta que el carruaje cesara en su avance.

El carruaje al fin paró. Violeta aguzó el oído en busca de algún sonido o voz que le resultara familiar. Nada. Al fin corrió las cortinas y abrió la ventanilla para asomarse por ella. Se encontraban en medio de una larga cola de carruajes que iban ingresando, según les daban paso, al jardín enorme jardín delantero. Avanzaron despacio y, al fin, llegó su turno. Un joven trajeado con el uniforme de la Guardia se acercó hasta la ventanilla con un listado entre sus manos.

—Buenos días, señorita —saludó el guardia—. ¿Podría entregarme su carta de admisión y permisos de su padre?

—Por supuesto.

Violeta extrajo del interior de su bolso un pergamino enrollado y lacrado con el sello de la familia y se lo entregó al joven que aguardaba fuera. El guardia rompió el lacre, desenrolló el pergamino y, tras comprobar el escrito, les invitó a continuar dándoles indicaciones para llegar hasta la fachada principal.

Ni siquiera las grandiosas termas de Nigrino de su Edeta natal podrían compararse al esplendor de la fortaleza que se alzaba frente a ella. Se trataba de un antiguo palacio cedido por la familia real para el estudio y preparación de las muchachas herederas de las mejores familias del reino. El palacio estaba divido en dos grandes espacios: el primero de ellos la zona de aulas y estudio coronado con un altísimo torreón donde un gran reloj vigilaba a todas y cada una de las jóvenes que allí vivirían el resto del curso; el segundo de ellos estaba precedido por una preciosa arcada donde la recepción de antigua y

nuevas alumnas se daba cita.

El carruaje paró frente a la comitiva. El cochero abrió la puerta y le tendió la mano a Violeta para que ésta pudiera bajar de la calesa con seguridad. Ella cogió su bolso, guardó en él la mariposa, enderezó su torso y marchó con paso firme y cabeza altiva hasta llegar al lugar que le correspondía.

—¿Señorita Alcázar? —Una mujer de aspecto distinguido se dirigió a ella y, al comprobar que sí era quién se presuponía, le hizo entrega de una preciosa banda con los colores de la academia: burdeos, celeste y dorado. Tenía bordadas sus iniciales en negro y del lazo que cerraba la banda caían dos borlas también en burdeos, seña de pertenecer al último año.

Violeta ingresó por la única puerta abierta y atravesó un corto pasillo iluminado tan solo por la luz del día y alguna que otra lámpara de aceite. Observó al resto de jóvenes que allí estaban, todas parecían comportarse arreglo a lo esperado en aquella academia. No fue hasta que salió al claustro principal que pudo rememorar la envergadura del lugar en el que se hallaba. El patio era precioso. Un jardín repleto de flores de muy diversos colores, árboles frutales y hasta cuatro fuentes de agua cristalina sofocaban el sonido del exterior. Las muchachas se unían en corrillos, charlaban y reían con decoro mientras Violeta se sentía perdida, sola.

—¡Violeta!

Dos chicas elegantemente vestidas y con idéntica banda que ella se acercaban con brío. Sonrientes.

—¿Cómo estás? —preguntó la primera, Marga, dándole un fuerte abrazo sin esperar respuesta.

—Bien, supongo —respondió Violeta. La voz se le apagaba cuando recordaba lo sucedido durante el verano, pero debía seguir adelante. Todas debían hacerlo—. Pero miraros, ¡estáis preciosas!

—Este año debemos ser más fuertes que nunca —intervino Amber.

Todas asintieron y se volvieron a abrazar. Necesitaban sentirse unidas. Necesitaban sentirse vivas.

—Por cierto, señoritas, tengo algo que comunicarles —habló Marga.

—Algo hemos oído —dijo Amber picarona.

—¿Qué hemos oído? —preguntó Violeta.

—No puedo creer que no te hayas enterado —continuó Amber—. ¡Han pedido su mano!

—¿Cómo? ¿Quién?

—¡Por los dioses! No era esa la noticia que esperaba daros. —Rieron—. Aun no la ha pedido, Amber, y tampoco sé cuándo pasará… Si es que pasa —susurró—. Pero no le demos mayor importancia, démosela a mi otra gran noticia. —Guardó un instante silencio para darle mayor dramatismo a cuanto tenía que contar. Inspiró, guardó

por un momento el aire y como un ciclón dijo—. Soy la oradora.

—¡Enhorabuena! —Violeta se abrazó de nuevo a Marga y la estrechó con fuerza—. Estoy muy orgullosa.

—Gracias, no dije nada porque pensé que no… —Calló nerviosa—. No tenía noticias vuestras desde… Ya sabéis, desde nuestro último encuentro en el lago.

El dolor y el recuerdo se reflejaba en sus ojos. Marga siempre había sido una joven con mucho sentido de la responsabilidad, nos trataba siempre como si de una hermana mayor se tratara y no era de extrañar que se hubieran fijado en ella para representar a las novatas.

—No te preocupes, Marga. Nosotras confiamos en que lo harás estupendamente. —Le animó Amber.

Aunque solo fueran palabras, Marga se sintió arropada y el temor que suponía ser la primera en recibir la toga desapareció casi al instante.

Pronto las campanas comenzaron a sonar por todo el patio. Al cesar, una voz se alzó sobre el resto y todas las jóvenes encararon sus rostros hacia el mismo lugar. Una mujer de avanzada edad se encontraba en lo alto de una pequeña tribuna. Mostraba una amplia sonrisa que no engañaba a ninguna de las presentes.

La directora Urraca Flavia era una de las mujeres más influyentes en la comarca, decían que guardaba relación incluso con la realeza. Vestía una toga negra con el forro interior y los vivos de color granate, así como la muceta, señal de pertenecer al Consejo de las provincias de levante. Solo unas pocas mujeres conseguían llegar a ostentar tales puestos y no era de extrañar que fuera, precisamente, la mujer que preparase a las futuras elegidas miembro de semejante institución.

El resto de los miembros destacados del profesorado se situaron tras ella, cada uno vestía la toga negra con los destacados según el color de su élite. Llamaba la atención, en especial, la bibliotecaria, lady Stanford, una mujer que parecía haber pactado con el tiempo para que su piel no se marchitara por más que pasaran los años. De pelo cano y estatura media, recogía su cabello en un enorme moño, llevaba siempre puestas sus gafas de piloto a modo de diadema y guantes de cuero. Se negaba a vestir faldas como marcaba la etiqueta y, bajo su toga negra y amarilla, una camisa la protegía de los tirantes que sujetaban sus pantalones marrones. Decían que bajo los guantes sus manos ya no eran de carne y hueso, que eran prótesis experimentales de acero y engranaje, pero nunca dejaba que nadie las viera.

—Buenos días, señoritas. —Los cilindros de cobre que recorrían gran parte de la plaza comenzaron a emitir cuanto la directora comunicaba—. Alumnas todas, hoy es un grandioso día. Para las que no sepáis quién os habla, os diré que soy Urraca Flavia, primer miembro del Consejo y directora de esta academia. —Los murmullos

recorrieron cada rincón ante la atenta mirada de la patricia—. Para aquellas que recorreréis nuestros pasillos, patios y aulas por primera vez, os doy la bienvenida. Habéis sido elegidas no solo por vuestra condición y sangre, sino por vuestra valía. Habéis mostrado tener los dones que se requieren y, al terminar en esta nuestra academia, se decidirá vuestro futuro y vuestra élite. Sed todas bienvenidas.

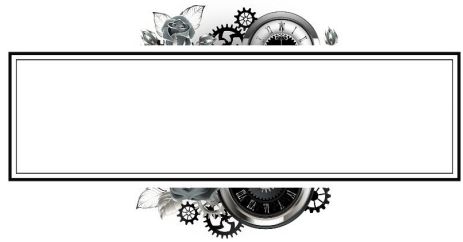
La directora dio paso a la jefe de estudios, una mujer perteneciente a las vestales, élite a la que solo podían acceder aquellas que habían mostrado dotes especiales fruto, decían, de la unión del ser con la naturaleza. No llevaban togas, sino una sencilla túnica de lino de color malva adornado con una orla púrpura en la cintura y una piedra, convertida en broche, a la altura del corazón. Así, la vestal que les hablaba ahora lucía el color de la esmeralda que simbolizaba uno de los grandes poderes: telepatía.

—Señoritas, pueden acompañar a sus respectivas encargadas de curso.

Los discursos terminaban y la plaza se convirtió en un verdadero mercado en el que las diversas jóvenes se cruzaban para llegar a sus destinos.

—Pues ya estamos de vuelta —suspiró Amber.

—Señorita Margarita, por favor, adelántese. —Dolores era la encargada del último curso. Una mujer joven que había logrado su toga hacía apenas un par de años y cuyas cualidades para la enseñanza habían sido cruciales para honrar a la academia con su presencia. Cuando tuvo a Marga a su lado se dirigió al resto de jovencitas que esperaban pacientes cerca de ella—. Señoritas, como bien saben, éste es su último año y ya se ha nombrado a la nueva oradora. Les pido que le den la enhorabuena a nuestra amiga Margarita Cavanilles. —Un respetuoso aplauso mientras Dolores le entregaba la toga a la nueva oradora, sonrisas cómplices entre Violeta y Marga, y miradas ambiciosas fueron el gran pistoletazo de salida para un curso que no había hecho más que comenzar.



Capítulo 3

Desde que era pequeña, mi madre siempre había hablado de lo afortunados que habían sido en la familia al haber nacido con uno de los dones especiales que tanto ansían las vestales. Mi familia pertenecía a la nobleza, pero no a esas que ostentan grandes riquezas sino, más bien, a aquellas que comienzan su decadencia. Situación, por supuesto, que nadie conocía todavía. La escuchaba pedir en cada rezo que los dioses me protegieran, sobre todo tras conocer el primer episodio oscuro que se producía en Edeta. Fue en el año de mi nacimiento que un hombre al que todos creían noble huyó y fue aquél mismo año que otro hombre, en esa misma madrugada, aparecía ahogado en el lago que guardan las vestales desde su templo.

El día había largo y Violeta necesitaba, al fin, relajarse en su habitación. La residencia estaba repleta de chicas de diecisiete años que parloteaban y reían, pero para ella suponía un duro golpe de realidad. Aceleró el paso por el pasillo. La madera, ya vieja, crujía bajo sus pies y las sombras provocadas por el titilar de los cirios parecían duplicarse. Algunas de las estancias estaban abiertas y se podía ver en el interior las más diversas situaciones. Desde chicas que seguían sus conversaciones sentadas en las camas, hasta otras que simplemente deshacían su equipaje o disfrutaban de un mínimo descanso.

Al fin llegó a la que sería su habitación. Sacó la llave que le habían entregado tras la comida, abrió la puerta e ingresó sin mirar atrás. Echó un primer vistazo para comprobar que todos sus baúles y bolsos habían sido descargados correctamente. Sobre una de las dos camas encontró su pequeño bolso de mano y buscó en su interior el coqueto insecto metálico que le había regalado su hermano. Lo puso sobre su palma y lo acarició como si éste fuera real. Sonrió y la nostalgia encogió, de pronto, su corazón.

Se sentó sobre la cama y miró a su alrededor. Estar sola durante todo el curso iba a ser duro, pero llegar a la habitación y sentir el vacío de quien ya no está sería insoportable. Sintió como el aire comenzaba a faltarle. Se dirigió hasta el gran ventanal que separaba ambas camas y abrió las puertas de par en par. La suave brisa entró sin permiso en la habitación y roció el ambiente con un olor salino propio de las zonas cercanas al mar. Desde allí no podía verlo, pero sabía que estaba cerca. Solo tenía que inspirar y cerrar los ojos.

Unos suaves golpes en la puerta obligaron a Violeta a regresar a su habitación y dejar atrás la imagen de un mar en calma.

—Buenas tardes, Señorita Alcázar —saludó Dolores abriendo la puerta antes de entrar en la habitación—. ¿Cómo ha visto el comienzo del curso?

—Con ilusión y esperanza —respondió Violeta con una falsa sonrisa en sus labios y una leve reverencia.

—Le presento a su nueva compañera, Azucena Espinosa. —Dolores se apartó del umbral de la puerta y dio paso a una joven de aspecto introvertido. Morena y de ojos tan oscuros como profundos—. Acaba de regresar después de una larga estancia fuera y necesitará ponerse al día. Señorita Espinosa —dijo en esta ocasión dirigiéndose a la nueva alumna—, en breve traerán su equipaje y sus uniformes. Espero que la estancia en nuestra academia sea todo cuanto su padre espera.

—Gracias —respondió Azucena, casi como un susurro inaudible.

—También espero que se lleven bien, que sea usted un gran ejemplo como sé que es. —Violeta asintió en silencio—. Bien, no se vayan tarde a la cama. Mañana comenzarán las clases.

—Buenas noches tengáis, preceptora Dolores.

Violeta se despidió sin apartar la mirada de la chica nueva. Era extraña y se comportaba de manera extraña. Parecía buscar algo en la habitación. Miraba a todas partes, aunque nada hubiera. O, quizás, sí…

—Bienvenida, yo soy Violeta Alcázar —dijo ofreciéndole la mano en señal de saludo.

—Lo sé. —La miró a los ojos, escudriñándola, buscando alguna respuesta que no encontró. Desvió su atención hacia la ventana—. Lo he oído cuando la preceptora llamó a tu puerta.

—Estupendo —ironizó Violeta—. Ésta es mi cama, tu tienes la otra. Aquí tienes la mesita de noche, una pequeña lámpara que jamás debe estar encendida después del toque de silencio, allí tienes el armario, el sillón y la mesa con dos sillas es conjunta. —Fue enumerando los

diversos muebles que se disponían en la habitación tapizada en tonos granate.

No recibió respuesta. La nueva alumna se tumbó en su cama y observó el techo sin mediar palabra.

Violeta decidió, entonces, deshacer sus bultos y ordenar cuanto antes todas sus pertenencias. Sentía la mirada de Azucena constante e intimidatoria. Trataba de no darle mayor importancia, pero no podía evitar sentir cierto recelo.

—¿Quién ocupaba esta cama antes? —preguntó la nueva de pronto.

—Una amiga —respondió Violeta—. Ya no está.

Siguió con sus quehaceres a pesar del silencio incómodo que se había formado en aquella habitación. Si hacía unos instantes le hubieran comentado lo que le venía, sin duda alguna jamás hubiera sentido que estar sola era el peor de los castigos. Sin embargo, al ver que la nueva alumna parecía tener intenciones de entablar una conversación, desechó todos los temores que pudiera albergar e intentó, de nuevo, romper aquel silencio.

—Entonces, has cambiado de ciudad, de casa. Debe de ser duro, ¿verdad? —Azucena no contestaba—. ¿Por qué os habéis cambiado de casa? ¿Por trabajo, quizás?

—Estoy cansada.

Aquellas dos palabras fueron las últimas que recibiría aquella tarde.

A la mañana siguiente, Violeta se despertó con el sonido de las campanas. El primer día de clases daba comienzo y no podía llegar tarde. Miró a la nueva alumna, dormía plácidamente y, por un instante, no quiso despertarla.

Cogió su uniforme que, de momento, seguía siendo negro. Ella estaba allí para formar parte de la facción donde las letras y el arte predominaban.

Los uniformes de las que formarían parte de la élite patricia eran iguales. Se trataba de una casaca ajustada al cuerpo, larga y con faldones que cubrían el vestido interior. Estaba adornado con pasamanería en tonos negro en cuello y puños y botones de ojal dorados. El color del uniforme variaba en el último año según la facción a la que uno fuera destinado. Azul para las artes, morado para política, amarillo para jurídicos y verde para oficialdía.

Cubrían las piernas con medias de diversos materiales según la época del año y calzaban botas negras de media caña atadas desde el empeine hasta el final de la propia caña. Eran cómodas y flexibles, lo

que les ayudaba a realizar cualquier actividad física sin problema.

Violeta observó de nuevo a Azucena que parecía no querer despertar. Con pesar se acercó hasta ella y le dio unos suaves golpes en el hombro.

—Azucena —susurró—. Azucena ya es hora de levantarse —dijo en un intento burdo de autoridad.

Terminó por resoplar, poner los ojos en blanco, recoger su cartera y salir de la habitación sin ella.

"Ya vendrá", pensó.

Recorrió el pasillo de la residencia hasta llegar a las escaleras principales sin encontrar a sus amigas. No fue hasta llegar al comedor que las viera sentadas ya en una de las mesas.

Marga le hizo una seña con la mano para que se acercara, pues habían guardado una silla para ella. Había pasado bastante tiempo sin que se vieran. El verano había roto los encuentros en el lago y, sin embargo, consiguieron retomar la relación con timidez. La fidelidad permanecía. La vida continuaba, pero alguien les faltaba: yo.

—Ayer, Dolores vino a mi habitación y trajo consigo a una nueva alumna. —Rompió el silencio Violeta azorada.

—¿Tan pronto? —dijo Marga. Violeta asintió—. Es demasiado pronto. La echo demasiado de menos.

—Yo también. —Violeta cogió la mano de Marga.

—Dijimos que no volveríamos a hablar de ello —espetó Amber.

—¿A qué viene eso, Amber? —preguntó Violeta visiblemente molesta—. Era mi amiga.

—Nuestra amiga —puntualizó Marga—. Somo amigas. Todas nosotras. —Intentaba tranquilizar a ambas. Necesitaba hacerlo. Sabía que todo había cambiado, pero podían intentar recuperar parte de lo que un día fueron—. ¿Qué tal es la nueva, Violeta?¿Es esa chica de allí?

—¿La vestal? —preguntó Amber.

—¿Vestal? —reiteró Violeta. Buscó a Azucena en la dirección en la que sus amigas miraban—. No sabía que era una vestal. Que raro que la acepten ahora, ¿verdad?

—Un poco raro, sí —confirmó Amber—. ¿Quiénes son sus padres?

—No lo sé, ayer intenté hablar con ella, pero solo recibí silencio. Dolores dijo que había regresado junto con su padre —respondió Violeta—. Es lo único que sé.

—¿Qué haces? —preguntó Amber a Marga al verla hacer señales con el brazo.

—Invitar a la chica nueva a que se siente con nosotras —respondió tan alegre como sincera—. No debe ser fácil llegar a un lugar nuevo. Por lo menos a mí me gustaría que alguien se acercara a mí para no estar sola. Oh, mirad. Creo que me ha visto.

Azucena se acercaba tímida en silencio hasta la mesa en la que se encontraban mis amigas.

—Ven. —Le invitó Marga—. Siéntate con nosotras. Azucena ¿verdad?

La vestal asintió.

—Gracias por dejarme estar aquí con vosotras.

Violeta la miró desconcertada, parecía otra muchacha muy distinta a la que había ingresado ayer en su habitación. Solo con el suave vestido malva de vestal ya relajaba su tez, no parecía tan oscura. Al contrario, era bastante pálida y sus mejillas eran sonrosadas, llenas de vida.

—Siento lo de anoche —dijo esta vez dirigiéndose a la aun desconcertada Violeta quien parecía no reaccionar ante la nueva imagen de su compañera de habitación.

—No te preocupes. —Se adelantó Marga—. Sabemos lo que significa ser nueva en un lugar como este. Nosotras una vez lo fuimos.

—¿Lo fuimos? —ironizó Violeta. Acaba de salir de su letargo y, por un instante, había regresado la amiga que un día perdí.

—De verdad, Violeta, siento mi comportamiento, pero al entrar en la habitación…

—¿Sí?

—No sé —continuó Azucena—. Esa habitación tiene algo que me da escalofríos. ¿Tú no lo notas?

—¿Qué tipo de vestal eres? —preguntó intrigada Amber.

—Aun no lo sé. Hoy me harán la prueba.

—¿Hoy?

La pregunta la formuló Amber, pero todas tuvieron la misma duda. Las vestales suelen mostrar a temprana edad su don. Que aquella chica aun no lo hubiera mostrado suponía poco menos que un gran misterio para todas.

La llamada a clase no dejó que Azucena respondiera.

Tanto patricias como vestales recibían las mismas clases salvo en las especialidades, donde cada facción se dedicaba a aprender sobre su cometido.

—Comenzamos el curso con clases de Historia —anunció Marga con el horario en mano—. Tendremos la suerte de ser las primeras alumnas en conocer a la nueva profesora.

—¿Nueva? —preguntó sorprendida Violeta.

—Sí, doña Maruja se jubiló —respondió Marga.

La clase estaba sumida entre murmullos. Las alumnas seguían con

sus puestas al día y, sobre todo, preguntándose quién ocuparía el lugar de la vieja profesora de Historia.

El chirriar de las bisagras de la puerta del profesorado consiguió mitigar de golpe cualquier murmullo habido. Todas las alumnas se pusieron en pie y esperaron en silencio a su nueva profesora. Sin embargo, la persona que ingresó en el aula no era, ni mucho menos, lo que esperaban.

Un joven apuesto ataviado con ropajes que le reconocían como profesor y colores que lo identificaban como miembro del cuerpo de oficiales, ingresaba en aquel preciso instante en el aula. No medió palabra hasta llegar a su mesa y dejar sobre ella un gastado maletín de cuero y algunos libros que cargaba con ambas manos. Fue entonces que se situó de pie, ante una clase repleta de alumnas confundidas ante el nuevo componente del cuadro de profesores.

—Buenos días, Señoritas. Soy Alfonso Flavio, Oficial en el cuerpo de artillería e historiador. —Sus ojos verdes, que todavía no se habían posado en ninguna alumna en particular, comenzaron a repasar a todos y cada uno de los rostros que le observaban con curiosidad—. Pueden sentarse. —Esperó a que todas ocuparan sus asientos y el ruido cesara para continuar—. Durante este curso seré vuestro profesor de Historia, sé que muchas se habrán sorprendido al recaer este empleo en un hombre; pero deben saber que todo tiene una razón y que, de momento, no es de su incumbencia. —Carraspeó, cogió unos papeles de su mesa y volvió a dirigirse a sus alumnas—. Las nombraré y responderán en cuanto escuchen su nombre. Me gustaría que, además, se presentaran para que pueda ir conociéndolas mejor y tener concepto más específico de todas vosotras. Margarita Cavanilles, tengo entendido que es usted la oradora de este año, por lo que le cedo el honor de ser la primera.

Marga se levantó obediente y se presentó con voz pausada y firme. Tras ella fueron levantándose y presentándose el resto de las alumnas que expusieron ante el resto sus aficiones y aspiraciones. Sin embargo, ninguna causaría tanto interés como la vestal recién llegada a la academia.

—Azucena Espinosa, por favor —dijo el profesor—. Veo que usted y yo tenemos algo en común —sonrió—, somos nuevos en esta institución.

Azucena se levantó con gracia, entrelazó sus manos bajo su cintura como si de una cría se tratara y, con la mirada gacha, comenzó su presentación ante la atenta mirada del resto de muchachas.

—Buenos días, profesor. Mi nombre es Azucena Espinosa y, efectivamente, soy nueva en la academia. —Suspiró—. Aunque nací en Edeta, crecí en el Norte junto con mi padre. Mi madre falleció al darme a luz y jamás la conocí. —Como si hubiera recibido fuerzas de

alguna parte, Azucena alzó su rostro y miró directamente a los ojos del profesor—. Hace unos meses mi padre descubrió que tenía un don y me trajo aquí.

—Estupendo, señorita Espinosa —dijo el profesor Flavio con una sonrisa que intentaba mostrar empatía hacia la joven—. Tendremos que apoyarnos mutuamente en este nuestro primer año. Siéntese. —Alfonso, que se encontraba ya apoyado en la mesa, miró de nuevo la lista—. Señorita Alcázar, usted ha indicado que pretende el puesteo de redactora jefe en la gaceta de la academia. ¿Es esto correcto?

—Así es, señor.

—Bien, bien… —susurró.

El profesor se sentó al fin tras la mesa y dio comienzo a la clase en la que la historia del Emperador Nigrino fue la principal protagonista.

—Nos encontramos en el siglo primero de nuestra Era, cuando un hombre hizo historia…

El timbre que daba fin a la clase sonó por toda la academia. El profesor Flavio mantenía su discurso a pesar del estridente sonido que provocaban las campanillas y, las alumnas se mantenían en sus asientos en señal de respeto.

—Es por ello que el nombre de Nigrino aun resuena y se celebra en la Comarca. Antes de marchar, quiero pedirles que se pasen por la biblioteca y lean sobre lo que hoy hemos comentado. Muchas gracias por su atención.

Alfonso recogió cuanto había dispuesto sobre la mesa y lo guardó en su maletín. Las alumnas, en contra, solo cambiaron un libro por otro.

—Matemáticas —susurró Marga.

—¿Cómo? —preguntó Violeta.

—Ahora toca matemáticas y siento comunicaros, amigas mías, que no hay cambios en el claustro.

—¡Vaya! Con lo bien que había resultado éste —bromeó Violeta.

—Señorita Alcázar, ¿puedo hablar con usted un momento? —Los ojos verdes del profesor Flavio hipnotizaban a Violeta más de lo que ella hubiese pretendido. Ni siquiera fue capaz de responder con cordura y solo pudo asentir con un leve movimiento de su cabeza—. Estupendo, venga conmigo.

Violeta siguió al profesor hasta el pasillo. El resto de la clase observaba con verdadera curiosidad.

—Le he llamado porque quería hablar con usted a razón de lo comentado en clase.

—Siento si he comentado o faltado en algún momento a su persona, señor.

—En absoluto —sonrió—. ¡No, por los dioses! Aunque espero no tener que reprenderla jamás por algo así.

"¿Siempre va a hablar con tanta dulzura a sus alumnas?", pensó Violeta mientras observaba aquella sonrisa que iluminaba cualquier atisbo de oscuridad.

—Quería hablarle en lo que concierne a la gaceta de la academia, pues yo seré cooperante en dicho periódico a petición expresa de la propia directora Flavia y en compañía de Lady Stanford —comentó—. Es por ello por lo que creo que podría apoyar su candidatura. ¿Estaría de acuerdo?

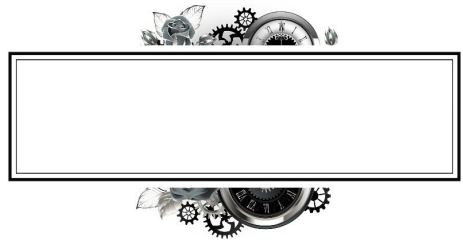
—¡Estaría encantada! —exclamó con más entusiasmo del pretendido—. Sin embargo, siento decepcionarle tan pronto, pero no creo que mi candidatura llegue a ninguna parte.

—¿Por qué?

—Lady Stanford y yo tenemos una relación un tanto peculiar. No le agrado —dijo Violeta con un gesto de fastidio.

—Por lo que yo he podido comprobar, usted ha participado en la gaceta desde que ingresó en el primer año en esta noble academia, ¿cierto? —Violeta asintió—. Pues siga trabajando como hasta ahora que de su candidatura ya me ocupo yo —dijo el profesor posando una mano sobre el hombro de la alumna—. Ahora, entre. Creo que la están esperando.

Violeta regresó al aula instantes antes de que la profesora Del Castillo ingresara por la puerta del claustro cargada con un montón de hojas y expresión severa. Su asignatura daba comienzo con la prueba cero como la llamaba ella.



Capítulo 4

Había pasado poco menos de un año cuando el decimosexto hombre aparecía ahogado en las aguas del lago vestal. El tiempo había conseguido que las gentes de la urbe creyesen que aquél lugar estaba maldito y el poder de las vestales comenzaba a decaer.

Liliane, ese es mi nombre. Fue hace unos meses, justo al poco de acabar las clases en la academia cuando el principio de esta historia dio comienzo y es ahora que puedo contarla.

Como cada canícula, justo después de la celebración del solsticio de junius, fui con mis amigas al lago de las vestales. Era cierto que los mayores solían insistir en que los jóvenes no nos acercásemos allí salvo en las fiestas en las que todo hombre, mujer y niño iba en su celebración. Por supuesto, hicimos caso omiso a las advertencias.

Violeta, mi gran amiga, y yo éramos propensas a retarnos con juegos y apuestas. El primer año que llegamos a la academia superamos juntas las pruebas, yo me convertiría en vestal y ella en patricia, pero siempre estaríamos unidas, o eso creíamos.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté al ver que Amber escondía algo bajo sus ropas.

—¿Y tú eres las vestal telépata? —respondió.

—Touché —Intervino Azucena divertida.

—Vale, habéis ganado, señoritas —dije siguiendo el juego—. Sácala, Amber.

—Le quitas toda la gracia a la diversión —dijo Amber mientras extraía de sus ropas una botella de licor—. Es de las bodegas de mi padre, espero que no la eche en falta.

Bebimos un par de tragos cada una. Lo que contuviera aquella botella era extremadamente fuerte para nosotras, pero nos divertía esa sensación de libertad que nos dejaba tras su ingesta.

—Señoritas, que comience el juego —Les provoqué—. ¿Quién se anima a cruzar el lago hasta la otra orilla?

—No, ni se os ocurra. —Marga siempre había sido la más cuerda de todas nosotras—. ¿Acaso se os ha olvidado cuanto dicen de estas aguas?

—Son solo habladurías —respondió Violeta.

—No, no lo son y tú, Liliane, deberías saberlo.

En realidad, lo sabía. Conocía cuanto la verdad sobre lo que algunos hombres contaban, sabía lo que habían visto, sabía lo que creían ver.

—La dama del lago existe y no le gusta que nadie se bañe en sus aguas —sentenció Marga.

—Creo que necesitáis un trago más de esto —intervino Amber ofreciéndonos de nuevo la botella de licor entre risas.

Violeta, Amber y yo tomamos un par de tragos más. El calor era insoportable, las entrañas nos ardían por culpa de aquel brebaje infernal.

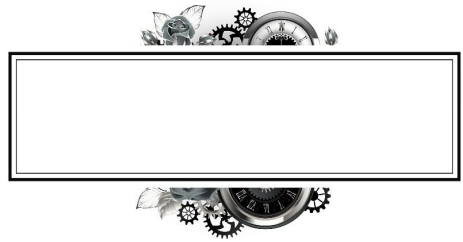
—¿Una carrera? —retó Violeta.

—¿Acaso lo dudabas? —respondí. Corrí sin esperar a nadie hasta la orilla quitándome la ropa por el camino.

Violeta corrió tras de mí imitando mis actos. Escuché a Marga decir algo más sobre la locura que estábamos cometiendo y sentí los pasos de Amber tras nosotras.

Nadamos con brío, rápidas y casi sin respirar con tal de ser la primera en llegar a la otra orilla del lago. Recuerdo que Violeta me adelantó y juraría que también lo hizo Amber. Yo intenté seguirlas, pero no pude. Uno de mis pies quedó atrapado bajo el agua, enredado en algo que no sabría describir. Intenté soltarme con todas mis fuerzas, pero solo conseguía hundirme cada vez más. El sol que brillaba en lo alto era ya una leve luz bajo el manto azul de las aguas. Noté como mis pulmones se encharcaban. Quise gritar, pero ya era tarde.

Creí ver los ojos almendrados de una dama. No sé si así fue o solo sucedió en ese pequeño lapso en el que la muerte gana a la vida. Quizás tuvieran razón todos los que la nombraban. Quizás sí existiera. Quizás vi a la dama del lago.



Capítulo 5

Si había algo que aprendí como vestal era que el ser humano tenía miedo. Una perturbación angustiosa, aunque lo que nos dé temor no sea más que un riesgo imaginario. Sí, todos tenemos miedo a sentirnos solos, a ser sometidos, violados o atrapados e, incluso, a la muerte. Sin embargo, hay algo que muchos no creen y todos albergan, miedo a ser superados, a no conseguir aquello por lo que tanto lucharon. Si había algo que había algo que aprendí como vestal, es que todos tenemos un secreto que guardamos con recelo.

—¿Dónde vas? —Azucena regresaba a la habitación justo en el momento que su compañera parecía querer salir de ella como si de un incendio se tratara.

—El profesor Flavio, Alfonso, me ha citado tras la comida en la sala de profesores —contestó Violeta sin mirarla si quiera. No hacía más que remover sus pertenencias. Abría y cerraba cajones angustiada—. ¿Dónde la habré metido?

—¿Qué pasa?

—No la encuentro —sollozó.

—Violeta, quieta —ordenó Azucena que, para su sorpresa, surtió efecto. Su compañera había frenado en seco y la miraba agotada—. ¿Qué estás buscando?

—Mi mariposa, el regalo de mi hermano. La necesito conmigo, Azu.

Azucena sonrió ante aquel mote que su compañera usaba por primera vez. Por fin comenzaba a sentirse como una más en aquel extraño grupo formado por amigas del pasado.

—Está allí, sobre el poyete de la ventana, ¿recuerdas? —Violeta corrió para coger a su pequeña amiga mecánica y sonrió agradecida—. La dejaste por la mañana sobre la placa de carga. Seguro que ahora sí te dará suerte.

—Muchísimas gracias. —Violeta le dio un abrazo, cogió su bolsa,

metió al pequeño insecto en el bolsillo de la casaca y salió como alma que lleva el diablo.

Faltaban todavía diez minutos para que el reloj sobre la sala de profesores marcara las tres y media. Frente a la enorme puerta de madera había sendos divanes enfrentados y separados por una enorme planta. Ambos estaban vacíos y decidió sentarse en uno de ellos a esperar.

Sacó del bolsillo la pequeña mariposa. La sostuvo entre sus manos, observándola. Sonriendo. Quería hablar con su hermano, contarle todo cuanto estaba pasando, pero solo tenía a aquel pequeño insecto. Lo acarició y éste se alzó en vuelo. Siempre a su alrededor.

Cinco minutos después, la Señorita Ruiz, una de las secretarias de la academia, abrió una de las puertas. Tan solo tenía un par de años más que las chicas de último curso, pero fue una de las destacadas de su promoción y la dirección decidió ofrecerle un puesto en la secretaría del centro.

—Buenas tardes, Violeta —sonrió—. Pasa, te están esperando.

—Muchas gracias, Raquel —dijo. Con un movimiento de su mano llamó al insecto que seguía sobrevolándola. Éste se posó de nuevo en su mano y Violeta lo guardó en el mismo bolsillo del que lo había sacado.

Violeta accedió a la sala. Era grande en su justa medida. Contaba con una gran mesa de madera robusta y maciza en el centro de la estancia. A su alrededor podrían contarse unas doce sillas de respaldo alto y bien tapizados. En las paredes más largas, dos aparadores enfrentados y, sobre ellos, colgados en la pared, dos grandes lienzos de tiempos pasados. Las cuatro esquinas estaban ocupadas por candelabros de pie, cuyos cirios iluminaban la estancia en la oscuridad. Justo al otro extremo de la puerta, un enorme ventanal cubría el saliente con forma de medialuna.

—Siéntese, señorita Alcázar.

Lady Stanford estaba sentada a la diestra de la que pareciera la silla que usaba la directora con asiduidad. A su lado, el profesor Flavio permanecía en silencio.

Violeta bordeó la mesa hasta situarse frente a ellos y ocupó el lugar que le habían ofrecido. En ese preciso instante, ambos abrieron una carpeta que parecía contener el expediente académico de Violeta.

Lady Stanford se colocó sus gafas de piloto cuyas lentes ofrecían el aumento que necesitaba para poder ver con claridad. La alumna observaba las manos enguantas de Lady Stanford e intentaba ver a través de ellos. *“¿Cuánto habría de verdad sobre las especulaciones que se comentaban sobre la bibliotecaria?”*, se preguntó.

—Señorita Alcázar, veo que ha presentado su candidatura para ser nombrada redactora jefa de la gaceta. —Comenzó a enunciar Lady

Stanford. La bibliotecaria y recientemente nombrada responsable de la Gaceta, alternaba su mirada entre la alumna y el expediente que se abría ante ella—. Tengo la obligación de informarle sobre dos aspectos fundamentales y de especial interés para usted o, al menos, deberían serlo. En primer lugar, debe saber que hay dos alumnas más que optan a este puesto —dijo Lady Stanford poniendo, esta vez, toda su atención en Violeta—. Y, en segundo lugar, debe saber que todas las aspirantes deben contar con un miembro del profesorado que avale su candidatura. —Violeta sintió como su rostro se contraía ante aquella revelación. No había contado con aquella premisa inesperada y que la obligaba a encontrar una profesora que la respaldara—. Por suerte para usted —continuó Lady Stanford—, el joven profesor, Alfonso Flavio, se ha ofrecido de inmediato para apoyar su candidatura. —Violeta inspiró, relajó su rostro y sonrió agradecida al profesor—. Por lo tanto, podremos seguir adelante con su preselección.

—Buenas tardes, señorita Alcázar —saludó, en esta ocasión, el profesor.

—Buenas tardes, señor.

—Mi responsabilidad es informarle, como bien comentó Lady Stanford, que se encuentra usted frente a otras dos candidatas de su mismo nivel y que han sido avaladas por otras dos miembros del profesorado. —El profesor Flavio hizo una pausa, cerró el expediente de Violeta y volvió a retomar su discurso—. Por ello, el resto de los profesores y Lady Stanford, hemos decidido que realicéis un artículo de actualidad.

—¿Un artículo de actualidad? —preguntó Violeta vacilante.

—Sí, de actualidad —contestó con rotundidad Lady Stanford—. Si debemos explicarle este concepto, quizás no debería estar sentada aquí hoy.

—En absoluto, Lady. Haré cuanto sea necesario.

—El plazo de entrega finalizará el próximo viernes al acabar las clases. —Alfonso observó la expresión de incertidumbre en el rostro de Violeta—. Dos días es un plazo más que suficiente para entregar un buen trabajo. Confío en usted.

—Entendido.

El plazo era muy apresurado, pero no podía dudar frente a Lady Stanford o estaría perdida. Además, que el profesor Flavio la hubiera avalado sin previo aviso suponía un refuerzo más que positivo para conseguir el trabajo a tiempo.

—Puede retirarse, señorita Alcázar —dijo Lady Stanford.

Quiénes eran las otras dos chicas que competían contra Violeta es algo que revelaré a su debido tiempo, eso sí, eran de último año.

Violeta regresaba a la habitación con paso lento, pero decidido. Cavilaba sobre cuanto acababa de suceder y en cómo afrontaría el trabajo que le habían asignado. Hablar sobre artículos de actualidad de un modo tan abierto podía ser tan ventajoso como contraproducente.

Sin apenas darse cuenta había atravesado el patio que separaba el edificio escolar de la residencia, y ya se encontraba ingresando en el vestíbulo, cuando un ingente grupo de estudiantes se agolpaba alrededor del tablón de anuncios.

—¿Qué sucede? —preguntó al ver a Marga entre la multitud.

—Acaban de hacer pública las facciones y los horarios de estas —dijo con media sonrisa.

—¿Por qué esa cara?

—Nos separan, Violeta.

—Bueno, eso ya lo esperábamos, ¿o no?

—Las facciones de Justicia y Oficialía han sido reclamados por el norte.

—¿Por qué? ¡Aun somos alumnas, no estamos graduadas!

—Las revueltas son cada vez mayores y necesitan contingencia, aunque imagino que nos mandarán a retaguardia o a logística.

—No puedes marcharte, Marga.

—No tengo opción, soy la oradora. ¿Recuerdas? —Marga luchaba porque el nudo de su garganta no se convirtiera en un hipear constante—. ¿Qué ejemplo daría? —Violeta se lanzó hacia ella para fundirse en un emotivo abrazo—. Oye, aun no nos vamos, tenemos toda una semana para seguir juntas —sonrió—. Anda, ve a ver tu facción, seguro que te dará el ánimo que necesitas ahora mismo.

Violeta asintió, aunque sin muchos ánimos al escuchar aquel cambio de los acontecimientos. Sabía que el norte se había rebelado contra los francos, sobre todo porque jamás habían aceptado la derrota en la guerra y el cambio de gobierno.

Se acercó lo más que pudo hasta el tablón. Trató de ver sobre los hombros y cabezas de quienes habían delante hasta que consiguió llegar a las primeras filas. Sí, estaba en artes y letras. ¡Lo había conseguido! Miró el resto del listado. También estaba Amber a pesar de ser firme candidata para Oficialía. ¿Por qué no le había comentado nada?

Para su sorpresa, el listado para la Gaceta también había sido publicado. Su nombre aparecía en primer lugar junto a la leyenda *“Aspirante a Redactora Jefa”*. Observó el resto del listado y, justo a continuación, dos nombres más con la misma leyenda: Colette Fontaine y Amber Becker.

—¿Sorprendida? —El marcado acento francés de Eléonore hizo que Violeta la reconociera incluso antes de enfrentarse a ella—. Ese puesto será para mi hermana.

Las gemelas Fontaine eran hijas de un aclamado General francés que había entrado en tierras edetanas al concluir la guerra. Sus hijas no contaban con dones o especialidades para ingresar en la academia, pero París seguía siendo muy fuerte a pesar de la distancia.

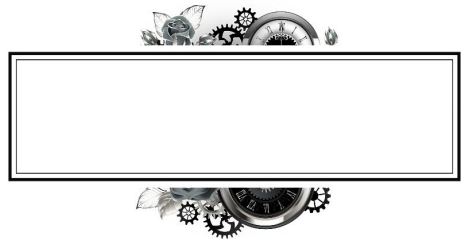
Decían que el oro franco estaba manchado por sangre hispana, pero a las instituciones parecía no importarles que la sangre salpicara.

Así habían conseguido ingresar aquellas harpías, pero no había prueba palpable de cuanto se decía.

Violeta quiso responder, pero Eléonore ya se alejaba acompañada de un séquito aliado entre risas estridentes.

Regresó a los listados. Releyó varias veces el nombre de Amber e intentó comprender las razones por las que quien creía su amiga no le había contado sus intenciones. Sacudió aquellos pensamientos antes de que le llevaran a elucubrar sobre algo que, seguramente, sería solo anecdotario.

Ya se marchaba hacia la habitación cuando otro nombre llamó su atención: Azucena Espinosa. Al parecer ya le habían hecho la prueba y, efectivamente, era una vestal, pero qué vestal.



Capítulo 6

Era en la madrugada cuando el hijo del panadero se encontraba ya en faena de la elaboración de pan cuando creyó escuchar la dulce voz de una joven que cantaba una hermosa melodía. Amasaba el pan con delicadeza, al ritmo de las notas que la canción que le hipnotizaba sin darse cuenta. "Marco", escuchó que le decía. "Marco", volvió a escuchar. Aquella joven le reclamaba y Marco cedió al llamamiento. Sonría. La brisa matutina olía a rocío y las calles aun estaban en calma. Pronto el sol daría los buenos días y el vapor y el humo volverían a cubrir de penumbra cada rincón. El petardeo de los vehículos al pasar se mezclaría con el repiqueteo de los carros y los cascos de caballos contra el suelo empedrado. Anduvo por la senda que llevaba hasta el templo, una joven vestal andaba sobre las aguas como una ninfa de las que los mitos tanto hablan. Marco la miró encandilado y la vestal su nombre repitió. Le hizo señas para que se acercara y el joven los zapatos dejó en la orilla. El sol comenzaba su ascenso y el panadero a su hijo buscaba.

Mientras el resto del alumnado dormía, tres jóvenes intentaban mantenerse lúcidas y lo más despiertas posible.

Violeta cogió el quinqué que había sobre el escritorio doble de la habitación y prendió fuego a la mecha. Pronto la habitación se encontraría con luz suficiente para retomar el trabajo que tenía entre manos.

Miró hacia la cama de Azucena. No estaba. De hecho, no la había visto en todo el día y se preguntaba qué razones tendría para estar fuera después de la llamada a silencio. Estuvo a punto de dar aviso, pero recordó el listado de las vestales y recordó que, en ocasiones, yo también llegaba muy tarde.

Suspiró agotada. Miró el papel que tenía enfrente repleto de ideas,

de inicios que no llegaban a ninguna parte. Observó entonces la mariposa que su hermano le regalara en la despedida. Sonrió. Suspiró de nuevo. Si terminaba aquel trabajo en la noche, podría transcribirlo a máquina y preparar las dos copias a tiempo. *"¿Cómo les irá a ellas?",* pensó.

En ese momento, la puerta de la habitación comenzó a abrirse despacio. Con sigilo. Como si un ladrón quisiera ingresar en la estancia sin ser oído y mucho menos ser visto. Violeta observó risueña. De seguro que Azucena se llevaría una sorpresa al saberse descubierta.

—Estoy despierta —anunció Violeta.

Azucena asomó entonces la cabeza. Tenía la expresión de una niña pequeña a la que le acabaran de regalar la más bella de las muñecas. Entró rápida y silenciosa cual felino.

—¿De dónde vienes? —preguntó Violeta.

—¿Qué haces aun despierta? —replicó Azucena casi al mismo tiempo.

—Tengo que escribir un artículo para…

—Ser redactora jefe. —Terminó la frase Azucena—. Lo sé. Vi a Marga esta tarde en el vestíbulo cuando salía y me lo dijo, por eso te he traído esto.

Con la mano que ocultaba a su espalda sujetaba un paquete envuelto en un paño blanco y atado con una lazada de seda en tonos negro y azul. Violeta la miró desconcertada.

—Vamos, cógelo. —Insistió Azucena.

La nueva vestal dejó el paquete sobre la mesa, frente a su amiga quien seguía observando bulto con curiosidad. Violeta miró otra vez a su nueva amiga y de regresó la mirada hacia aquel misterio envuelto en tela y seda. Azucena le dio un golpecito al paquete para acercárselo más y que por fin se decidiera a abrirlo.

—¿De verdad es para mí?

—Por supuesto —asintió Azucena—. Es solo un pequeño presente para ayudarte en tu nueva faceta de jefa.

—Aun no soy nada —dijo Violeta—. Y, a este ritmo, no creo que lo sea jamás.

—Ábrelo, te ayudará. Ya verás.

Violeta sonrió y cogió el paquete para deshacer el lazo con cuidado. Azucena se sentó frente a ella expectante.

Se trataba de un estuche alargado de caoba decorado con filigranas doradas y con cierre de cobre. Abrió la caja con sumo cuidado. En su interior, una pluma de ganso tintada de azul e insertada a un cuerpo de cobre con un pequeño depósito de tinta adherido al mismo.

—Mira, con esta pequeña tuerca puedes controlar el flujo de tinta que quieres emplear según lo que vayas a hacer con ella o el papel que

estés usando —explicó Azucena señalando una pequeña rosca en el cuerpo de cobre.

—¡Es maravillosa! —exclamó agradecida Violeta—. No… No deberías haberte molestado con algo así. ¿Por qué?

—Porque la necesitarás y yo no. —Sonrió—. Ahora, será mejor que vayas a descansar. Con sueño las ideas no fluyen, querida mía.

Violeta aceptó el consejo. Cerró con cuidado el estuche de caoba y lo guardó en un cajón de su armario. Azucena comenzó a quitarse el vestido malva cuando su amiga se percató de cierto emblema.

—¿Es negro o son mis ojos que no aciertan en el color por la falta de luz? —preguntó entre la expectación y el temor. Azucena asintió—. Eres una médium. —Violeta dijo aquellas palabras despacio, como si midiera las consecuencias de una afirmación le superaba.

—Así es —contestó Azucena. Sus ojos imploraban comprensión—. Sé que no es muy común. Tampoco yo lo creía, pero siempre he sentido y percibido presencias que otros no advertían.

—Es… —La voz se le apagaba—. ¡Es extraordinario! —exclamó—. Bueno, soy algo recelosa, pero eres única. Dicen que hace mucho tiempo hubo otra vestal que rivalizó con la única médium que hoy habita en el templo.

—La vestal Máxima —dijo Azucena—. Lo sé. Hoy, en las pruebas me contaron la historia.

—¿Me dejas ver ese broche maldito al que todos temen? —bromeó Violeta. Conocía las historias, sabía que ello asustaría a su compañera de habitación. Lo sabía porque a ella también le producía temor.

Azucena se acercó con la túnica aun puesta y Violeta observó, por primera vez, el color de la Turmalina. El color de las médiums.

LA ULTIMA VESTAL NEGRA

En sus orígenes, las vestales se creían sacerdotisas en exclusividad. Que su papel en la sociedad se reducia a rezar por Roma y mantener el fuego sagrado siempre vivo. Solo los emperadores sabían del poder que estas mujeres albergaban. Si hablaban, eran castigadas. Si amaban, eran ejecutadas. Así mantuvieron silenciados a todos cuanto el secreto conocían.

Tenían una gran prioridad y prestigio en la sociedad romana. Eran respetadas y adoradas por todos. Su sola presencia por el camino de un condenado a muerte rumbo a su verdugo era suficiente para perdonarle la vida. Tal era su autoridad, pero solo como sacerdotisas y nunca como miembro en la política de Roma.

Eran protegidas y escoltadas por la misma guardia que senadores y cónsules. Tenían preferencia en los juegos y obras. Eran invitadas a los banquetes que los ciudadanos mas ricos y poderosos de Roma celebraban. Y, sin embargo, jamás eran anfitrionas, ni protagonistas. Salvo una vez en el anuario: la vestalia.

El tiempo corrió a favor de las vestales que, poco a poco, consiguieron ocupar diversos cargos a lo largo de la historia. Se sabia que otras mujeres fuera de Roma nacían con los dones vestal: telepatas, sanadoras, alquimistas y, las mas inusuales, médiums.

Fue en tiempos de Nigrino, venerado y adorado por todo el reino, que se creara el mas significativo de los templos vestal en Edeta. Aquí llegaron mujeres que hicieron de aquel templo su hogar. El llano que las albergaba, antes árido y estéril, se convirtió en un precioso vergel. Las aguas que habían abandonado las tierras, ahora brotaban en abundancia creando el gran lago del que el pueblo se abastece.

Desde que el hombre es hombre, desde que Edetania es reino, siempre ha regentado el templo vestal una médium por ser el don mas poderoso de todos. Tanto es, que hoy nuestra vestal máxima, Coelia Concordia, es la única vestal negra conocida por varias generaciones. Mujer que ha sabido conducir a las vestales consagradas a la deidad con mano de hierro y sin contemplaciones. De todos es conocido el, en ocasiones desmesurado, castigo recibido por sus sentencias.

Quien suscribe ha tenido la suerte de ser reciente amiga de quien, parece, será el relevo generacional en esta empresa: Azucena Espinosa. Una turmalina en bruto que debe aun pulirse y controlar el don que los dioses le han otorgado.

Nuestra generación será testigo de un nuevo cambio en el templo, pues auguro que la muy honorable vestal máxima Coelia Concordia, será la ultima vestal negra de nuestra historia. Azucena es sinónimo de luz y de pureza, por eso la flor que lleva su nombre es de color blanco.

Violeta Alcazar.

Había sido una jornada demasiado intensa tanto para Violeta como para Amber y Colette. Ninguna había tenido un instante de descanso, pero no son ni Amber ni Colette las que nos interesan. Por lo menos a mí.

El sonido de las campanas que marcaban la llamada a silencio estaba a punto de tocar. Violeta tecleaba las últimas palabras de su artículo que había titulado: “La última vestal negra”. Suspiró. Quizás fuera un tanto crítico, o peor, muy crítico. Quería llamar la atención, que su artículo fuera el ganador, pero temía haber plasmado sobre el papel una opinión demasiado explícita y generalizada de la vestal máxima.

Miró a su alrededor, no quedaba nadie en la imprenta. Solo la luz que emitía su lámpara permanecía, el resto era solo penumbra. Cogió el quinqué con cuidado para no quemarse, el cristal de este ya estaba demasiado ahumado para emitir una luz clara más allá de sus propios pasos. Se acercó hasta la puerta que daba al archivo donde se conservaban las gacetas desde su inicio. Giró el picaporte, pero la puerta no se abrió.

—¿Qué haces? —La voz de Azucena hizo que le diera un vuelco el

corazón, que la mano le temblara y casi cayera el quinqué al suelo—. ¿Estás bien?

—¡No! —exclamó aun aturdida por el susto—. He sentido como se me escapaba la vida. ¡Que angustia!

—Exagerada. —Rio—. Solo venía a buscarte para ir juntas a la residencia. ¿Qué hacías?

—Acabo de terminar el artículo que, por cierto, es sobre ti. —Las últimas palabras las dijo un tanto más despacio por temor a la reacción de la vestal.

—¿Sobre mí?

—Bueno, no del todo, pero sí sales, sí. —Azucena se encogió de hombros restándole importancia. Violeta continuó—. Ahora quería echar un vistazo a las gacetas por algo que recordé al escribir el artículo.

—¿El qué?

—Quería saber qué había hecho la muchacha que nuestra vestal máxima sentenció a muerte. Dicen que fue porque aceptó la consagración y después rompió su voto por amor, pero creo que debió suceder algo más.

—¿Por qué? Se supone que quien acepta consagrarse a los dioses debe respetar los votos. Y, todos sabemos que el castigo por romperlos es la muerte.

—Sí, pero creo que este juicio fue diferente.

—Pues, entonces, averigüémoslo —sentenció Azucena divertida. Se acercó hasta la puerta, se levantó las faldas de la túnica y, ante el asombro de Violeta, mostró una cajita plateada atada a la liga—. Tranquila —dijo al ver la expresión de su amiga—, llevo este pequeño cofre desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo.

La joven vestal abrió la cajita de madera. Violeta acercó el quinqué para ver mejor. El interior estaba revestido de seda color hueso y terciopelo azul sobre el que descansaban varios útiles desconocidos para ella. Azucena cogió un par de agujas plateadas, un girón de tela y una botellita con polvo negro en su interior. Se acercó hasta la puerta, colocó ambas agujas con destreza, echó polvo sobre el girón de tela y lo enrolló con cuidado antes de insertarlo en el ojo de la cerradura, justo en el centro de las agujas.

—¿Tienes fuego? —preguntó Azucena sin mirar a su amiga.

—No —respondió Violeta.

—Sabes que tienes un quinqué en la mano, ¿verdad?

—Eh, sí —contestó Violeta con una amplia sonrisa—. Perdón.

Azucena guardó la botellita en la caja y la dejó en el suelo donde pudiera verla. Se envolvió la mano con la propia túnica, bajó la intensidad del fuego del quinqué y se dispuso a desenroscar el cristal de éste para dejar libre la llama. Hizo una señal a Violeta para que

retrocediera un poco y prendió el sobrante de girón de tela de la puerta. Se apartó ella también y una moderada explosión resonó por toda la sala.

Violeta cerró los ojos. Al abrirlos, Azucena había colocado de nuevo el cristal protegiendo el fuego del quinqué, se guardaba ya la cajita de nuevo en el liguero y la puerta estaba abierta.

—Se habrá escuchado por toda la academia —dijo Violeta todavía asombrada por cuanto acababa de pasar.

—¿Quieres investigar o no?

—Sí, supongo —respondió sin dar crédito aun.

—Pues adentro.

Azucena giró la tuerca del quinqué que daba más brío a la llama y la luz aumentó en la estancia a la que acababan de entrar. El lugar estaba repleto de carpetas con la inscripción del año y el mes en sus tapas.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Azucena mientras alumbraba hacia todas partes.

—No sé, algún momento entre el inicio de año y las vestalias de hace diecisiete años.

—Vale. —Azucena desvió la luz hacia una de las polvorientas estanterías—. 1862 —leyó en voz alta.

—Debe estar por aquellas de allí.

Violeta señaló hacia el fondo de la habitación.

Las dos chicas avanzaron con cuidado. Leían cada carpeta primera que iniciase una nueva estantería hasta llegar a la fecha señalada.

—Déjame el quinqué —pidió Violeta—. Debe estar por aquí. —Cogió una de las carpetas y leyó—. Martius, 1846.

De pronto, una sombra pareció moverse cerca de donde se encontraban.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Azucena.

—¿El qué? —Violeta alumbró hacia el lugar que su amiga señalaba, pero allí no había nada más que estanterías y carpetas viejas—. Como sea un alma de esas que solo ves tú, me muero aquí mismo.

—Yo no veo almas —contestó Azucena—. No todavía. Solo las siento. Y no siempre.

—Pues vaya relevo generacional estás hecha.

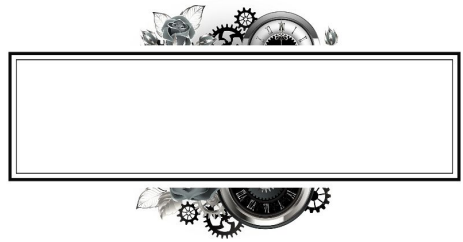
Un nuevo movimiento en la sombra llamó la atención de ambas.

—Ahora también lo he visto yo.

—Coge tus carpetas y vámonos de aquí ya —dijo Azucena asustada.

A Violeta le temblaban las manos. No acertaba a coger cuanto necesitaba. La sombra se acercaba. Azucena tiró de su amiga justo al tiempo que un rostro metálico se apareció ante ella. Violeta cogió un par de carpetas sin detenerse a saber cuáles eran. El quinqué cayó al suelo. Azucena empujó al autómata y las dos corrieron hacia el

exterior de la habitación al tiempo que las campanas daban los toques de silencio.



Capítulo 7

En casa siempre decían que el mundo había cambiado demasiado. Los imperiales habían entrado en España a sangre y fuego sorprendiendo a la corte española que había creído en su falso pretexto para con Inglaterra. La invasión se efectuó en apenas un par de años, el tiempo que el rey aceptara la mano de la hermana de Bonaparte e inundara las instituciones de sangre francesa. Los abusos no tardaron en llegar y España fue perdiendo territorios, históricas ciudades como Cáceres, Trujillo, Toledo, Santiago, Zamora… Las revueltas dieron comienzo y el Norte pirenaico se levantó en armas, el reino de Aragón bloqueó las rutas comerciales y Cataluña intentaba lidiar entre los frentes que usarían sus tierras como campo de batalla. Habían pasado más de cuarenta años cuando madre viera desde la ventana un mar de casacas blancas y azules. Un océano de imperiales que ocupaban toda la huerta que bordeaba la masía. Al frente de aquellas tropas, un hombre alto, corpulento y con el rostro lleno de ira agarraba a un viejo amigo de la familia por la hombrera de una levita rota y ensangrentada. Dijo que pronunció unas palabras en francés, que su madre la retiró de la ventana y la cubrió con su propio cuerpo. Después un sonido atronador y un grito. Alguien había delatado a los primeros rebeldes.

Las campanas sonaron con fuerza vaticinando un caos que no tardó en llegar. Unos fuertes golpes desde la puerta clamaron la atención de Violeta y Azucena que aguardaban en silencio en la habitación por temor a que las hubieran descubierto. Las dos amigas se miraron dubitativas. Los golpes volvieron a sonar con mayor intensidad. Violeta abrió la puerta.

—¡Vamos! Hay que salir de la residencia —gritó Marga angustiada —. ¿Acaso no habéis oído las campanas?

—¿Qué sucede? —preguntó Azucena que se acercó tras escuchar a

Marga.

—Un incendio está devorando toda el ala oeste.

Violeta y Azucena se miraron, acababan de huir de allí hacía apenas una hora.

—¡Vamos!

El grito de Marga hizo que ambas reaccionaran y corrieron tras ella. Una columna de humo se elevaba por encima de los tejados. Algunas alumnas corrían en todas direcciones en busca de recipientes que llenar de agua para sofocar el incendio. Otras se dirigían directamente hacia la imprenta para crear una cadena humana y salvar cuanto pudieran.

—Vestal, tu con nosotras —dijo la jefa de estudios al verlas aparecer. Azucena obedeció y corrió a su encuentro desapareciendo ambas entre la multitud.

—Venga, nosotras ayudaremos con el rescate de documentos —ordenó Marga.

Mientras pasaban cientos de carpetas polvorientas de unas manos a otras, Violeta vio a Amber dirigir una partida de alumnas que intentaban apagar el fuego por uno de los francos. Era buena en el liderazgo. Perfecta para ser de Oficialía y, sin embargo, allí estaba con el uniforme de un color que no le correspondía y Violeta no podía evitar preguntarse el por qué.

Una fuerte explosión hizo que todas se cubrieran para salvarse de los cristales que habían salido despedidos. Violeta y Marga seguían en el suelo cuando escucharon la voz del profesor Flavio.

—¿Están bien, señoritas? —gritó—. ¿Alguna está herida? —Se agachó y le ofreció su mano a Violeta que aceptó automáticamente—. ¿Se encuentra bien, señorita Alcázar?

Violeta asintió y el profesor continuó avanzando hasta el inicio de la cadena. Violeta siguió sus pasos con la mirada. Una de las alumnas de primer año señaló en el interior alterada, el profesor miró en la dirección que le mostraba la chica y corrió hacia el interior del edificio.

La cadena de rescate retomó la actividad. Violeta pasaba carpetas, documentos e, incluso, aparatos de la imprenta como un autómata. Esperaba con ansiedad ver salir al profesor del edificio en llamas. El tiempo corría, el fuego era inestable y se alejaba mucho de estar controlado.

—¡Ya llegan!

Una de las alumnas de la cadena señaló hacia el lugar de donde provenía un leve sonido de campanillas. Un carro tirado por caballos se acercaba a toda velocidad.

Los cuatro hombres que habían llegado montados sobre el vehículo contraincendios bajaron sin dilación. La bomba de vapor que ocupaba

la parte trasera del carro emitía un silbido espantoso. Los bomberos se hicieron cargo de la situación y las encargadas se dedicaron a dispersar a las alumnas y dirigirlas hacia un lugar seguro.

Violeta miró hacia la puerta por la que el profesor había ingresado en el fuego a tiempo de ver como salía, al fin, con alguien entre sus brazos.

—¡Sanadoras!

Una voz se elevó por encima del ruido y la conmoción. Alfonso caía de rodillas ante la atenta mirada de Violeta y de otra persona que también la observaba a ella.

—Tenemos que marcharnos. —Marga buscaba la atención de su amiga, pero el interés de ésta estaba en otro lugar—. Violeta, —Cogió a su amiga del brazo y la obligó a mirarle a los ojos—. Tenemos que irnos. —Violeta regresó su mirada hacia el lugar donde un grupo de vestales auxiliaba al profesor. Marga advirtió la preocupación de su amiga—. Estará bien. —Violeta la miró preocupada—. Te lo prometo.

Las dos amigas se alejaron del incendio. Las llamas menguaron y el profesor fue trasladado a la enfermería por una prolongada ingesta de humo. El cuerpo que portaba se había calentado demasiado y nada se pudo hacer por restaurar el autómata que guardaba el archivo. Azucena observó en la distancia la escena. Sonrió.

Aquella mañana no hubo toques de campanas, tampoco clases. Las jóvenes dedicaron sus esfuerzos a organizar sus enseres y preparar los bártulos para regresar a sus hogares durante el fin de semana.

En su habitación, Violeta revisaba el artículo que debía entregar esa misma mañana antes de que el cochero de la familia la recogiera. Sin embargo, lo vivido en la noche anterior ocupaba todo su pensamiento. No era capaz de concentrar toda su atención en las palabras escritas que tenía entre las manos. Miró a Azucena, estaba tranquila, tumbada bocarriba en su cama. No vestía el traje vestal. De hecho, nadie que la viera con su actual atuendo pretendería jamás adivinar qué era o, mejor dicho, quién era.

—¿Qué sucede? —preguntó Azucena sonriente—. No me digas que sigas dándole vueltas a lo de anoche. —Se incorporó y se sentó a orillas del catre—. Fue un accidente. Nosotras no tuvimos nada que ver y bastante suerte la nuestra al escapar de allí antes de que todo sucumbiera bajo las llamas.

—Fuimos nosotras, ¿verdad?

—Puede ser, pero no fue intencionado. —La vestal se acercó hasta la mesa donde Violeta intentaba trabajar y se sentó frente a ella—.

Escúchame, no fue culpa tuya y el único que sufrió daños fue una hojalata sin sentimientos, que ni sienten ni padecen. —Le cogió la mano y la miró a los ojos—. Ahora repasa ese artículo, guarda los archivos prestados en el arcón y relájate.

Violeta asintió. Releyó el artículo un par de veces más antes de introducirlo en una carpeta de pergamino y lazada de lino. Después, vestida ya con ropas de viaje, salió a entregarle el trabajo al profesor Flavio.

—Entiendo que está todo correcto —dijo el profesor al recibir los documentos que le entregaba Violeta. Ésta asintió sin decir palabra—. Muy bien. Si no hay más contratiempos ni incendios a su paso, —Violeta creyó ver en el rostro del profesor una expresión entre divertida y preventiva. ¿Podría saber Alfonso que ella y Azucena estuvieron allí unos instantes antes de que el incendio se propagara? —, este fin de semana les daremos el veredicto final. Muchas suerte, señorita Alcázar, y espero verla en el baile que ofrece la familia Nigrino. ¿Acudirá?

—Sí, profesor. Imagino que mi madre habrá dado ya buena cuenta de ello.

—Estupendo. —Sonrió—. Puede retirarse.

La tarde se avecinaba tranquila en casa de los Alcázar. Cuando Violeta llegó solo fue recibida por la Ama de llaves, doña Amparo, quién se cercioró de que se llevaran todos los bultos de la joven hasta su habitación, las ropas sucias a la lavandería y que su querida María prepara el baño para la joven dama.

Doña Amparo fue contratada cuando Violeta era tan solo un bebé de pocos meses y su hermano un muchachito de dos años. En aquel tiempo, doña Amparo, era una joven muchacha, una doncella, que buscaba empleo en unas tierras lejanas. Los padres de Violeta confiaron en ella para el cuidado de sus hijos y resultó ser mejor de lo esperado. Con el tiempo, la doncella se convirtió en ama de llaves, en persona de confianza de la señora de la casa y, curiosamente, la autoridad en la misma. Nadie en aquella enorme casa osaba desobedecer sus órdenes. Tal fue el aprecio que los Alcázar le tenían que, cuando unos años después la doncella se casó, el cabeza de familia mandó construir una casita en los terrenos de la finca para los recién casados. El joven esposo pasó a formar parte del servicio de la casa ocupándose de los jardines y las caballerizas. Es posible que para muchos pueda parecer pretencioso, pero se alejan mucho de la

realidad. A la señora Amparo le encantaba vivir con la familia que tanto había hecho por ella.

—Bienvenida a casa, señorita Violeta. En su habitación se ha dispuesto todo cuanto necesita para la noche.

—¿Esta noche? —preguntó confundida Violeta—. ¿El baile no es mañana?

—Así es, pero esta noche irán a cenar a casa del Gobernador. —Le informó el Ama de llaves mientras ambas subían por las escaleras camino a los aposentos de la joven—. Debe prepararse de inmediato, su madre dio por hecho que usted llegaría mucho antes debido al incendio.

—Me alegra que se hayan preocupado por mí —ironizó Violeta.

—Ahora báñese y vístase.

—A sus órdenes.

—Oh, sí, usted ríase, señorita, pero el tiempo apremia y no será a mí a quien su madre llame la atención si no llega puntual a la cena.

"*Qué gran oficial se ha perdido el mundo*", pensó Violeta.

Al llegar a su habitación comprobó que, efectivamente, sobre la cama un vestido añil estaba dispuesto, preparado. A su lado, unos preciosos zapatos plateados, unos guantes de ópera y un tocado.

La joven dejó que las doncellas obraran su magia. Que la bañaran, acicalaran, peinaran, maquillaran y vistieran a tiempo para ser recogida por orden de su madre a las siete en punto de la tarde.

—¡Alberto! —exclamó al ver a su hermano esperándola junto a la puerta del carro—. ¡Qué alegría! —Lo abrazó.

—¿No pensarías que te dejaría sola?

—Un poco. —Rieron—. Y, cuéntame, ¿a qué se debe esta cena?

—Cada cosa a su tiempo. —Alberto le tendió la mano a su hermana para ayudarla a subir al carro y, después, él mismo siguió sus pasos sentándose frente a ella y de espaldas a la marcha—. Primero, dime, ¿cómo estás? La noticia sobre el incendio ha corrido como la pólvora. Nunca mejor dicho.

—Estoy bien, aunque sigo sin comprender como pudo prenderse fuego. Si no llegamos a estar allí, se hubiera perdido todo el archivo de la gaceta.

—A veces sucede, sobre todo si ha habido algún descuido. Alguien que no apagara las lámparas, una pequeña chispa y *voilà* incendio en su plenitud.

Violeta miró por la ventana. Recordó el momento en el que el autómata las sorprendió e intentó repasar cuánto sucedió aquella noche. Ella llevaba el quinqué encendido y, después, ya no estaba. ¡Habían sido ellas!

—¿Estás bien, hermana?

—Sí, —dudó—. Sí. ¿Por qué íbamos a casa del Gobernador?

Alberto sonrió.

—Al parecer, cierto emisario francés, un barón creo, llegará próximamente a tierras valencianas y el ilustrísimo gobernador Cavanilles tiene cierta información que nos interesa para las inversiones de padre.

—¿Tiene algo que ver con las revueltas del norte?

—Posiblemente y, sobre ellas, me gustaría hablarte.

—¡No! —Se sobresaltó Violeta—. No irás.

—Es mi deber. Nuestro deber —enfatizó—. No puedo negarme. Padre no puede ir y uno de nosotros debe ocupar su lugar. —Alberto vio el temor en los ojos de su hermana—. No me pasará nada.

—Eso no lo sabes.

—Soy inventor, no un soldado. Seguramente me envíen con algún maestro armero. Dicen que están a punto de conseguir que funcione un enorme vehículo de acero con la energía del sol y la fuerza del carbón.

—¿Cómo mi mariposa?

—Eso es. Si consigo que me escuchen, podré explicarles los principios fundamentales que, aplicados a gran escala, serían capaces de movilizar cuerpos metálicos mucho más grandes.

—Que los dioses te oigan.

—Con que lo haga uno de los oficiales me conformo.

El carro paró frente al castillo de los Cavanilles y la puerta se abrió. Uno de los sirvientes les guio hasta la puerta de entrada donde el mayordomo tomó el relevo hasta el salón malva donde el resto de los invitados aguardaban inmersos en una animada charla.

Marga fue la primera en reaccionar ante la llegada de su amiga a quien se acercó sonriente, la cogió del brazo y se la llevó corriendo hasta una sala continua sin apenas darle a tiempo a saludar.

—Creo que Gabriel va a pedir mi mano —espetó Marga de golpe.

—¿Hoy? Espera un momento, —dijo Violeta intentando poner en orden sus pensamientos—. ¿Gabriel Pardo? ¿El Capitán? —Marga asintió emocionada—. ¿Va a pedir tu mano hoy?

—Así es. Justo la semana anterior del comienzo en la Academia me escribió. Es la carta más romántica que he leído nunca, Violeta. —Marga le cogió la otra mano y la miró a los ojos—. En ella me preguntaba si yo le aceptaría como esposo y, evidentemente, respondí que sí. Pronto recibiría noticias de su llegada a Edeta y ayer, al fin, visitó a mis padres.

—Me estás diciendo que aquel primer día, ese tan maravilloso en el que nos encontramos en la Academia, cuando te pregunté por la gran noticia y me contestaste que te nombraban oradora, en realidad, era que te casabas con Gabriel. ¿Eso es lo que me estás diciendo ahora mismo?

—¡Sí!

—Ah, bueno, me alegra que tu entusiasmo consiga obviar mi repentino disgusto —ironizó Violeta quien, al ver a su amiga tan llena de júbilo y sonriente decidió unirse a la turba de sentimientos que parecían inundar la estancia—. ¡Enhorabuena!

—¡Gracias! Tenía tantas ganas de contártelo que no veía el momento de que llegaras a la cena.

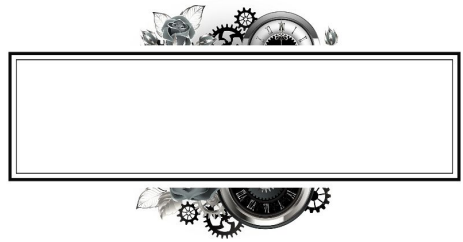
—Señoritas, la cena está dispuesta en el gran comedor —anunció la Ama de llaves de la casa Cavanilles.

—Muchas gracias, Angélica. Iremos inmediatamente.

La Ama de llaves hizo una leve reverencia y se marchó.

—Vayamos, mis padres no soportan la impuntualidad.

Las dos amigas se dirigieron hasta el gran comedor. Marga ilusionada por cuanto estaba sucediendo en su vida. Violeta reflexiva ante la falta de cordura de su amiga quien marcharía en breve al frente y, sin embargo, la idea de contraer nupcias con Gabriel parecía ocultar la realidad que se avecinaba.



Capítulo 8

Hacía tan solo un año que había disfrutado del primer encuentro social junto a las que fueron mis amigas. Todas habíamos oído hablar de aquellos bailes donde las familias mas poderosas de toda Edetania se reunían y gozaban de una velada repleta de música, comida y banales conversaciones. Le correspondía a la familia Nigrino el honor de su celebración, ya que era la heredera del mayor general romano que había ofrendado Hispania a Roma. El baile se celebraba en las antiguas termas que el propio general mandara construir allá por el siglo I de nuestra Era. Ahora, aquella increíble construcción se había convertido en el Palacio de los duques de Edetania y solo abría sus puertas en dos ocasiones. El baile de las flores al inicio del año y en la festividad de las Vestalias en canícula. Hacía tan solo un año que bailé, por primera vez, con quien esperé fuera el joven que pidiera mi mano y evitara así mi consagración a los dioses.

Formar parte de las familias invitadas al baile de las flores en el palacio de los duques suponía un honor y un privilegio inigualables. Toda la alta sociedad del reino de Valencia estaría invitada y, por supuesto, se esperaba que la reina francesa hiciera acto de presencia a pesar de saberse persona *non grata* en ciertos círculos.

El palacio era espectacular y de sobra eran conocidas sus piscinas termales de las que solo unos pocos habían podido disfrutar. El conjunto palaciego constaba de dos grandes edificaciones. Por un lado, en el más grande de los dos edificios, se encontraba la residencia de los duques cuyo interior era un completo desconocido para aquellos que no fueran de la familia. Y, por otro lado, en el edificio más pequeño, se encontraban las instalaciones visitables donde se sucedían las recepciones y bailes junto con el maravilloso jardín interior.

—Vamos, querida. —La señora Alcázar apremiaba a Violeta para que bajara de la calesa.

—Ya voy, madre.

Un sirviente del palacio acudió en ayuda de la joven para después ceder su mano a Alberto, su hermano, quien esperaba divertido a unos pocos pasos de la calesa.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Violeta un tanto molesta—. ¿Tengo algo en la cabeza?

—¿Aparte de un nido de avestruz? No, lo normal.

Violeta le pegó un contundente codazo.

—¿Podéis comportaros por una única noche? —Les regañó la señora Alcázar—. ¿Es mucho pedir que mis hijos, aparte de pertenecer a una gran familia, además lo parezcan?

—No, madre —respondieron ambos entre risas que exasperaron a su progenitora.

Como siempre, la recepción estaba repleta de luz, color, aromas y preciosas flores que adornaban cada rincón por insignificante que fuera. La familia fue bien recibida por los duques, incluido su recién llegado hijo que venía de disfrutar de un grato viaje de negocios en las américas.

—Señor Guillermo, le veo mucho más centrado que la última vez que le vimos —dijo el señor Alcázar tras ser recibido por el heredero Nigrino—. Le presento a mi hijo Alberto, inventor, y a mi hija, la preciosa Violeta, tan dulce y delicada como la flor que le da nombre.

—Encantado —respondió el joven Guillermo sin apartar la vista de Violeta.

—Estamos muy agradecidos porque hayan aceptado nuestra invitación.

—Es todo un placer y un honor, duquesa —respondió la señora Alcázar.

—Por favor, diríjanse al jardín —invitó con cortesía la duquesa a la familia Alcázar—, verán que les hemos preparado una, espero, agradable sorpresa para todos nuestros invitados.

Tanto los señores Alcázar como sus hijos ejecutaron un cortés saludo y continuaron hasta llegar al esperado jardín. La familia se separó casi al instante. La señora Alcázar pronto se reunió con el resto de las señoras que bebían un dulce vino de Requena, el señor Alcázar fue abordado por uno de sus inversores que pretendía tener una animada charla sobre negocios y, Alberto fue sorprendido por un antiguo compañero de juergas.

Violeta se vio sola, libre por unos instantes. Cerró los ojos y dejó que el arrullo de las aguas en las fuentes la transportaran lejos de allí, lejos del bullicio. El aroma de las flores la embriagaba de tal forma que parecía olvidar el lugar en el que se encontraba.

—Señorita Violeta, ¿querría acompañarme en el baile de apertura?

Cuando mi amiga abrió los ojos se encontró frente al joven heredero Nigrino que le sonreía cortés y tendía su mano hacia ella. Violeta se sorprendió ante aquella atención tan inesperada. Abrir el baile era una cosa, pero hacerlo de la mano del único hijo de los duques era otra.

—Por favor. —Insistió Guillermo.

—Será un placer, señor —respondió amable y complaciente Violeta.

—Por favor, señorita Violeta, llámeme Guillermo. Todavía soy joven para ser el señor de nada ni de nadie.

Violeta sonrió y aceptó la mano tendida. Juntos se presentaron en la pista de baile ante la atenta mirada de cuantos allí estaban. Ella sintió como las mejillas le ardían al verse tan expuesta y protagonista. Él disfrutó ante el sonrojo que aquella situación le producía.

Otras parejas se unieron a ellos, incluidas Marga y Amber quien bailó con Alberto Alcázar.

La música dio comienzo y las diferentes parejas comenzaron su danza al son de los instrumentos.

—Dígame, señorita Violeta, ¿cuáles son sus aficiones?

Guillermo parecía un joven decidido, resuelto y emprendedor a la par que desprendía amabilidad y cercanía. Era apuesto, más que los jóvenes conocidos en los círculos en los que se movían. Tenía la tez morena y los ojos del color de la miel. Sus labios eran finos y sus mejillas tenían el rubor propio de la juventud.

—Quizás le aburriría con mis gustos e intereses propios de una alumna de Valentia.

—Eso nunca podría suceder. —Guillermo sonrió.

Violeta no sabía si aquellas palabras eran una simple argucia, un embuste aprendido en las Américas para encandilar a las jovencitas o si, en realidad, hablaba con sensatez. En cualquier caso, decidió continuar la conversación y darle una oportunidad por educación y respeto hacia el lugar en el que se encontraban.

Resultó ser una agradable conversación. La música cesó y la pareja se separaba con la promesa de un próximo baile antes de que la velada llegara a su fin.

—Estamos surcando aguas turbulentas, gobernador. —El señor

Alcázar conversaba junto al bar con otros hombres de política y negocios.

—Efectivamente, —corroboraba el duque Nigrino—. Los imperiales se encuentran por todas partes. Uno ya no sabe en quién puede o debe confiar ciertos asuntos.

—¿Creen, señores, que no lo sé? —El gobernador dio una calada al puro que acaba de encenderse, chasqueó la lengua y, después, expulsó el humo ingerido—. Sin embargo, ayer mismo llegaron noticias del Norte. Nuestros ejércitos no soportan la presión francesa y el precio a pagar a los ingleses es harto elevado.

—Entonces, ¿son esas las razones que han llevado al rey a movilizar Oficialía? —preguntó indignado el duque—. ¿Pretende que nuestros hijos luchen contra los rebeldes?

—Eso parece, sí. Sin embargo, tenemos una oportunidad de salvar esta tierra que tanto nos ha costado industrializar. Salvar el comercio de la seda valenciana es el primer paso para mantener los ingresos que llenan nuestras arcas.

El gobernador apagó su puro y lo reemplazó por un vaso de vodka. El duque y el señor Alcázar cogieron también un vaso cada uno.

—A mi hijo lo han llamado a filas. —Rompió el silencio el señor Alcázar antes de pegar un trago de aquel licor—. No es un joven de guerras, es una mente privilegiada. Si se lo llevan, no sobrevivirá.

—Mi hija también ha sido llamada —dijo entonces el gobernador—. Mírenla, allí está. Vestida ya con el uniforme de gran gala que llevan los oficiales a pesar de no pertenecer a dicha facción. Jamás conocí mujer con mayor entereza que ella. Ni siquiera su madre. —Alzó la mirada y observó el cielo, allí aun podían verse las estrellas. Las fábricas quedaban lejos y las máquinas de vapor casi eran contadas con los dedos de una mano—. Ella es la razón por la que necesito contar con vuestro apoyo. Ella cree en el movimiento rebelde y, aun así, irá al frente e intentará unirse a la compañía aragonesa. —Miró entonces al señor Alcázar—. Dígale a su hijo que se una a Marga y a Gabriel. Formarán un buen pelotón.

—Buenas noches, señores.

El señor Becker, un viejo héroe de la guerra napoleónica en la península, fue ascendido a noble y a comandante tras luchar junto al General Wellesley en la batalla de Talavera donde las tropas inglesas derrotaron al ejército del rey francés. Sin embargo, tras el nombramiento del general como vizconde de dicha localidad, Becker traicionó a su compañía en el puente de Pontesampaio donde ingleses y españoles perdieron la vida frente a los imperiales.

Huyó cual cobarde a tierras valencianas y casó con la hija de un oficial francés, salvando así su vida y su honor.

—Buenas noches, comandante —saludó el duque—. ¿Cómo le va

con los viñedos? Dicen que esta temporada obtendrá uno de los mejores caldos hasta la fecha.

—Así es, parece que Baco se ha apiadado de este pobre hombre y le ha bendecido con una cosecha de primera. De hecho, —se dirigió al resto de los presentes—, espero verlos a todos en la primera cata.

—Por supuesto —respondió el señor Alcázar—. Será todo un honor asistir.

—Y extiéndale la invitación también a su hijo, pues parece que Amber y él han comenzado una amistad.

—Así lo haré, siempre y cuando esté aquí y no en el norte luchando.

El comandante recibió aquella respuesta como lo que realmente era, una declaración de intenciones. Si hombres como él no hubieran traicionado y boicoteado a los guerrilleros y a las propias tropas, quizás hoy no tendrían a los imperiales en tierras españolas.

Si había un lugar que Violeta adoraba de aquel palacio era el jardín. Era un lugar espectacular gracias, en cierta medida, al amor que la duquesa le profesaba. Ella misma se encargaba de revisar cada mañana todas y cada una de las flores, árboles y otras plantas que allí se cultivaran. Además, gustaba de mimar sus rosales, margaritas y claveles.

Las vallas estaban cubiertas de frondosos cipreses que evitaban las miradas indiscretas. En el lado más alejado de la entrada y la propia pista de baile se levantaban enormes palmeras que protegían del sol en verano. Dos curiosas balsas se refugiaban bajo las sombras de los árboles. En ambas podía verse el fondo cubierto de piedras y ladrillos que habían sido dispuestos para crear trazos en armonía. También podía verse un par de escalones y una bancada alrededor que el agua cubría donde los duques se sentaban para relajarse en los días de calor.

De estas balsas salía una acequia que portaba el agua hasta los diversos cuadriláteros que conformaban el resto del jardín. En cada uno de ellos había plantados flores y un árbol frutal en el centro. Y, todos, estaban bordeados por cuidados arbustos.

Violeta, desde que la edad fue razón de su asistencia a ciertos eventos, trataba siempre de esconderse, junto a sus amigas, en el lugar más alejado del jardín. Sonrió al ver que otras dos chicas de primer año habían tenido la exacta misma idea.

—Sabíamos que te encontraríamos aquí. —Escuchó la voz de Amber tras ella. Violeta se giró al tiempo que sus amigas, mis amigas,

aparecían tras uno de los caminos marcados por las flores—. Bueno, cuéntanos. ¿Cómo ha sido abrir el baile con el mismísimo hijo de los duques de Edeta?

—Oh, Amber, sabes que hubiera enterrado la cabeza bajo tierra de haber podido.

—¡No seas tonta! —Intervino Marga, quien infundía mucho más respeto engalanada con el uniforme militar—. Tarde o temprano algún joven captará tu atención y tú la suya.

—Quizás en un futuro, pero no esta noche. —Violeta enhebró su brazo con el de Marga e inició el paseo alrededor de la pista—. Tampoco creo que el joven Guillermo haya apreciado nada interesante en mí, más allá de la primera heredera que vio para iniciar el baile. Miradlo, no parece molesto ante el enjambre de jovencitas que lo acorrala.

—Sea como fuere, te eligió a ti y no a mí —dijo Amber tras ellas—. Y eso ya es un gran punto a tu favor, que no al suyo.

Las tres rieron. Violeta observó en silencio a Guillermo, por alguna razón le molestaba que disfrutara tanto en compañía de todas aquellas jóvenes casaderas. Ni siquiera le atraía, pero le ofendía que la hubiera arrastrado hasta la pista, agasajado con sus palabras y, después, ni una sola mirada. Sin embargo, os contaré un secreto, Violeta estaba muy equivocada.

—Vaya, tres de las mejores alumnas de Valentia huyendo de la música y la alegre conversación. —El profesor Flavio se acercaba a ellas desde uno de los caminos perpendiculares—. ¿Cómo están, señoritas? ¿Están disfrutando del baile?

—Buenas noches, profesor —respondieron las tres casi al unísono a la par que realizaban una leve reverencia.

—Oh, no, por los dioses. Nada de saludos formales y reverencias. —Sonrió—. Esta noche les pido que, por favor, me llamen Alfonso. Tan solo soy un joven más invitado por formar parte del claustro de profesores, nada más.

—Comprenderá que nos va a resultar harto difícil cumplir con su petición —argumentó Marga cuyo sentido de la responsabilidad y el deber rozaba la obsesión.

—Intenten hacer un esfuerzo —imploró Alfonso—. Solo por esta noche.

—Alfonso, un joven oficial hasta que el reloj marque las doce. —Amber adelantó un paso a Marga y Violeta quedando enfrentada al profesor—. Como Cenicienta.

—Algo así. —Alfonso volvió a sonreír—. Señorita Alcázar, ¿podría concederme el próximo baile? Me gustaría hablar con usted sobre un tema que le concierne en la Gaceta.

—¿No había dicho que esta noche era tan solo un joven oficial

invitado a un baile? —Ironizó Violeta. Marga le respondió con un contundente codazo que, para nada, fue sutil ni pasó desapercibido—. Lo siento —murmuró Violeta.

—Señoritas. —Alfonso se despidió para continuar su paseo hasta la pista de baile donde otros invitados estaban culminando el suyo.

—Oh, ahí está Alberto. —Amber señaló hacia un grupo de hombres que charlaban animadamente.

—¿Alberto? —Preguntó Violeta que, al no obtener respuesta, insistió—. ¿Mi hermano Alberto?

—Sí, me voy.

Marga y Violeta se miraron, una con expresión divertida y la otra perpleja. Siguieron a Amber hasta la pista donde Guillermo, separándose del mismo grupo en el que se encontraba Alberto, se acercó hasta ellas.

—Veo que la señorita Becker es tan decidida como comentabas. —Guillermo cogió la mano enguantada de Marga y le dio un casto beso en el dorso. Después prestó atención a Violeta—. Señorita Alcázar, es usted tal cual su hermano la describió.

—No sé si tomarme sus palabras como un cumplido —bromeó Violeta.

—Oh, desde luego que lo es.

—En ese caso, es usted tan gentil y amable como Marga le describió.

—Espero que esas no fueran las únicas cualidades que llamaran su atención.

—Jamás lo sabrá.

Los tres reían entre bromas. Intentaban olvidar la realidad del tiempo que corre en contra de los deseos.

—¿Podrá perdonarnos a mi prometida y a mí mismo por marcharnos hasta la pista, señorita Alcázar?

—Violeta, por favor. Llámeme Violeta, es usted ya un amigo. —Guillermo sonrió y aceptó el gesto—. Además, me temo que hay quien espera que yo haga lo propio y le acompañe también en este baile.

—Hablamos luego. —Se despidió Marga entre risas.

Violeta fue hasta donde la esperaba Alfonso con una amplia sonrisa dibujada en su rostro. La alumna sentía que el corazón le latía con fuerza. Temía que aquellas reacciones fueran más evidentes de lo que pretendía e intentó mantenerse firme, afable y habladora, pero solemne.

—Por fin cuento con su atención —dijo Alfonso. Sus ojos eran brillantes, atrayentes, como un océano que no permite a los hombres escapar de sus profundidades—. ¿Me acompaña a la pista? —Violeta aceptó y enhebró su brazo con el del profesor que la dirigió hasta la gran plaza donde el resto esperaba, también, a que la música

comenzara—. Sabe, señorita Alcázar, es usted una joven poco convencional. —Violeta lo miró sin saber muy bien qué responder—. He leído su artículo y, por supuesto, revisado su expediente académico.

Los músicos comenzaron a tocar y las parejas tomaron sus respectivas posiciones para danzar al ritmo de las notas que los instrumentos entonaban.

—Espero no haberle decepcionado, señor Flavio.

—Por favor, Alfonso, ya se lo dije una vez. Esta noche soy solo Alfonso.

—Muy bien, Alfonso.

La conversación resultó tan placentera como Violeta esperaba. Lo que no sabía es que para Alfonso también.

Capítulo 9

El otoño había llegado con fuerza. Los árboles, que en la primavera y el verano se habían vestido de gala y color, ahora se preparaban para recibir el frío invierno. Sus hojas caían y cubrían el suelo de un hermoso manto rojizo, anaranjado y marrón. Así era el otoño, la estación en la que los árboles lloran con lágrimas de hojas.

Las clases en la academia regresaron con normalidad, como si el incendio jamás hubiera tenido lugar. No así lo percibían las alumnas que veían en cada cambio de clase el edificio ennegrecido y casi consumido por las llamas. Violeta miró hacia la puerta por la que el profesor consiguió sacar al autómata y sintió como el corazón se le encogía.

—¿Dónde has estado todo el fin de semana? —Violeta acababa de regresar a la habitación después de un largo primer día de semana—. No te vi en el baile que organizaron los duques y tampoco anoche al llegar a la habitación. Es más, esta mañana tampoco estabas.

—Llegué esta mañana a la academia. Mi padre creyó conveniente no asistir a tan grato encuentro donde las familias más pudientes bailaban y comían como cerdos —respondió una Azucena malhumorada tumbada

bocarriba en la cama.

—Gracias. Es bueno saber tu opinión acerca de las personas que te han acogido y arropado en este lugar.

—No me refería a vosotras.

—Pues, entonces, ¿a quién te refieres exactamente? —Violeta se

acercó y dejó sobre la cama el fardo con los libros y demás útiles escolares. Se sentó frente a la cama de Azucena—. ¿A quién, Azucena?

—Nada. —Se giró hacia la pared dándole la espalda a Violeta—. No importa.

Violeta se levantó, quiso obligarla a encarar la conversación, pero sintió en su interior como si alguien le avisara del malestar que sufría, en ese momento, su compañera de habitación. Se fue hasta el armario. Extrajo el segundo cajón y lo depositó en el suelo con cuidado y dejó al descubierto un pequeño espacio oculto en el armazón de madera. En él se encontraban escondidos los documentos extraídos del archivo la noche del incendio. Los sacó y los dejó sobre la mesa. Volvió a colocar el cajón en su lugar, fue hasta la mesa y se sentó en una de las sillas.

Abrió la primera carpeta que, por azar, había quedado arriba del montón. Una serie de artículos de sociedad y sobre moda femenina ocupaban el grueso de cuanto se publicaba en la vieja gaceta de la academia. Curioseó una tras otra sin encontrar nada de especial relevancia hasta llegar a un curioso artículo muy similar al presentado por ella misma. Se trataba de un artículo sobre las vestales “negras” o médiums. Hablaba sobre la llegada de una joven de origen desconocido que había llegado a la academia de la mano de Coelia Concordia, la futura vestal máxima.

Junto al artículo la imagen de una muchacha de pelo oscuro y ojos almendrados miraba fijamente a la cámara, como si a través de ella pudiera ver a quien la observara. De pronto, unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Cerró la gaceta y guardó todo en sus respectivas carpetas antes de esconderlas en el armario.

—¡Ya voy! —exclamó a quien estuviera al otro lado—. ¡Un momento! —Cerró la puerta del armario, miró a Azucena que parecía dormida y abrió la puerta de la habitación.

—¿Qué estabas haciendo? —Amber entró primero como un perro que olfatea en busca de una presa.

—Nada en particular. —Violeta dejó que Marga también entrara y cerró la puerta tras ella—. ¿Qué os trae por estos lares?

—Marga tiene una noticia que darnos y, al parecer, teníamos que estar todas juntas. —Amber se sentó en el borde de la cama de Violeta y miró a Azucena—. ¿Está dormida?

—Ya no —respondió la vestal dándose la vuelta.

—Bueno, sentaros —pidió Marga. Cuando todas habían ya tomado asiento, reunió el valor que necesitaba y entregó una tarjeta a cada una.

—El gobernador del reino de Valencia y esposa —comenzó a leer Amber—, tienen el gusto de invitarle a la cena que, con motivo de las nupcias de su hija Margarita de Cabanilles y Gallach, tendrá lugar en

el castillo de Benisanó.

—¿Te casas? —Violeta se levantó tan sorprendida como ilusionada y abrazó a Marga—. Me alegro mucho por ti, Marga.

—Muchísimas gracias. —Amber y Azucena la felicitaron con semejante entusiasmo—. Aun hay que decidir la fecha. Todo depende de la incorporación al ejército, pero será pronto.

—Es muy precipitado —dijo Amber.

—No seas ceniza, Amber. —Violeta se giró hacia Marga cuyo rostro se ensombreció por unos instantes—. No le hagas caso. —Le cogió las manos y la obligó a mirarle a los ojos—. Será un día maravilloso.

—No estarás embarazada, ¿verdad? —Amber siempre buscaba el lado oscuro en cualquier situación.

—¡No! —contestó Marga sintiéndose insultada—. Es más que evidente las razones que nos llevan a casarnos tan pronto.

—No es tan evidente. La guerra no es una razón.

—Quizás no para ti. —La indignación de Marga hizo que soltara las manos de Violeta y desafiara a Amber con la mirada—. No todas dedicamos nuestras energías a intentar comprometer a los hombres en los bailes.

—¡Basta! —La voz de Violeta sonó más dura que nunca—. Ya está bien. Somos amigas, por los dioses.

—Una amiga celebra la suerte de la otra, no la cuestiona. —Marga se dirigió a la puerta, la abrió y antes de salir y cerrar de un portazo se despidió—. Nos vemos en la cena de calendas.

—Estarás orgullosa de tu gran aportación —dijo Violeta visiblemente enfadad.

—Solo he puesto de manifiesto lo que el resto pensará al recibir la invitación.

—¿Qué problema tienes, Amber? —Violeta se acercó hasta su amiga tanto que casi podía oler su aliento—. No sé qué te está pasando, pero no eres la misma de antes.

—O, simplemente, soy la única que sabe cuál es el lugar que nos corresponde y los principios que debemos respetar.

—Amber, será mejor que te marches. —Azucena se levantó de la cama. Nunca la habían visto con aquella expresión sacra, hierática. Solo bastó una orden para que Amber desapareciera sin mediar palabra.

Violeta, observada la escena, dejó que Amber marchara para después enfocar su atención en la vestal. Azucena se sentó de nuevo en la cama, sabía que su compañera de habitación tenía preguntas que ni siquiera ella sabía contestar.

Las clases quedaban pospuestas hasta después de las festividades de calendas. El año terminaba y la costumbre imperaba. En la academia era tradición una cena-baile con todas las alumnas, sus familias y el profesorado. Se invitaba también a las vestales consagradas al templo, a los embajadores franceses y a los imperiales que guarnicionaban la zona.

Violeta albergaba la esperanza de conversar de nuevo en un baile con el profesor, con quien, gracias a su puesto de redactora jefe, pasaba bastante tiempo y había comenzado a congeniar. El profesor veía en la alumna una joven de gran futuro alabando siempre cuanto artículo escribiera. Decía siempre que Violeta era alegre, sensata y juiciosa al hablar. Cada instante pasaba con él lo atesoraba en el corazón y esperaba que sus sentimientos fueran recíprocos, pero parecía que solo sucedía en su imaginario particular.

Había preparado ya el equipaje cuando uno de los mozos que servían en la academia llegaba a la habitación para bajarlo. Violeta le siguió con su maletín de cuero en la mano. En él guardaba los archivos robados.

No había podido despedirse de Azucena, ya que ésta había salido en la mañana y no había regresado.

"*La veré en la cena-baile"*, pensó.

Al llegar al patio principal, su carruaje la esperaba y el piloto ayudaba al mozo a cargar los bultos. Miró a su alrededor, ya pocas alumnas quedaban. Todas habían marchado hacia sus casas para celebrar en familia la salida de un año y el comienzo de otro.

Se subió al carruaje y, justo cuando el sonido de los cilindros señalaba que en breve comenzarían a moverse, vio por la ventanilla a Azucena sentada en un banco leyendo un viejo libro.

Violeta accionó tiró de la cuerda que accionaba la campana junto al cochero para indicarle que no arrancara y gritó desde la ventanilla del coche. Azucena la miró desconcertada y se acercó hasta el coche.

—¿No vienen a recogerte? —preguntó Violeta.

—No, creo que defenderé el fuerte un par de días más.

—¿Por qué no coges lo necesario y vienes a mi casa?

—No podría…

—¡Venga! —La animó Violeta—. Será divertido y siempre podemos dar aviso de donde te encuentras.

—Madre, he traído una amiga a casa. —Violeta entraba en el salón donde la señora Alcázar se encontraba vestida y peinada, preparada

para salir—. ¿Tenemos algún compromiso?

—Mi querida niña, ¿cómo te ha ido en la academia? —La señora Alcázar se dirigió hacia su hija sin tener en cuenta a Azucena que, en ese momento, aparecía por el umbral de la puerta—. Oh, tenemos una inesperada visita.

—Madre, acabo de decirle que traía a una amiga. —Se quejó Violeta con actitud infantil.

—Una amiga no, —dijo al repasar de arriba abajo a Azucena—, una vestal por lo que veo.

—Sí, señora Alcázar —saludó la joven con una leve reverencia—. Soy Azucena Espinosa.

—Espinosa —repitió la señora Alcázar—. ¿De qué me suena ese apellido? —Permaneció en silencio unos instantes, pensativa; pero pronto regresó a su actitud jovial—. ¡Bien! Pues cuanto más seamos, mejor. Vámonos.

—Madre, pero si acabamos de llegar.

—No importa. Vamos, vamos, vamos.

Las dos chicas siguieron a Beatriz, es decir, la señora Alcázar hasta el coche que acaba de traerlas de la academia. Las tres se acomodaron en el interior aterciopelado, la chimenea desprendió una considerable bola de humo en señal de la reciente alimentación de carbón en la caldera, los cilindros emprendieron su vaivén hacia arriba y hacia abajo y el coche comenzó su marcha.

—¿Se puede saber a dónde vamos, madre?

—Ah, claro, que no os he comentado nada —rio—. Vaya cabeza la mía. Y, bien, Azucena, ¿cómo es que has terminado estudiando en Valentia? No te había visto nunca por allí, bueno, ni por ninguna parte.

—¡Madre!

—Por los dioses, Violeta, no seas tan escrupulosa. No ha habido falta alguna. —La señora Alcázar miró por la ventanilla—. En fin, cuando lleguemos a la modista habrá tiempo de chismorrear.

En breve llegaron hasta el taller donde una mujer de mediana edad las recibía servil. El sonido de las máquinas de coser en la trastienda se filtraba sin permiso en la recepción.

—Estimada señora Alcázar, siempre es un placer verla —saludó la modista.

—El placer es nuestro, querida, no hay en todo el reino de valencia unas manos como las tuyas.

—Me alaga usted —sonrió—. Veo que viene acompañada de su hija. —Miró a Violeta complaciente—. Es toda una mujer. —Después, posó su mirada en Azucena y sus ojos se clavaron en el broche que adornaba su túnica vestal—. Así es que usted es la famosa médium.

—¿La conoce? —preguntó sorprendida la señora Alcázar—. Es la

nueva compañera de habitación de Violeta.

La modista asintió y las invitó a acompañarla hasta la sala de medidas. El local estaba repleto de telas maravillosas donde la seda y el algodón eran protagonistas.

Pronto Beatriz y la modista se vieron envueltas en una animada conversación que traía consigo un notable desfile de tejidos, alfileres y cintas. Violeta y Marga no pudieron más que dejarse llevar a pesar de las quejas mostradas.

A Violeta, como norma general, le gustaba ir a tomarse las medidas para un nuevo vestido, pero no disfrutaba tanto como su madre quien resultaba, en ocasiones, desesperante. Sin embargo, aquella tarde, bien fuera por la compañía de Azucena, o bien por las expectativas mostradas, resultó ser de lo más agradable.

—Tendrá los vestidos listos para el baile.

—No tengo la menor duda de que así será.

Las tres mujeres salieron del taller satisfechas con los encargos elegidos. El taller de Ana contaba con un amplio equipo de máquinas conducidas por las llamadas *sastras* que podían confeccionar vestidos sin más descanso que el necesario para su mantenimiento.

—¿Os gustan los diseños que hemos elegido? —preguntó la señora Alcázar antes de subir al carruaje.

—Sí, señora, pero no puedo permitir que se haga cargo del mío. —Azucena subió tras ella y se sentó enfrente.

—Tonterías, muchacha. Estoy convencida de que a tu padre no le importará, ¿verdad? —La señora Alcázar miró a su hija que acababa de sentarse al lado de su amiga. Le guiñó un ojo y Violeta sonrió.

A decir verdad, la señora Alcázar siempre había presumida de un sexto sentido. Por alguna razón supo, nada más ver a Azucena, que pocas oportunidades tenía de conseguir un vestido como aquel y lucirlo en el próximo baile.

Violeta se acercó a su amiga y en voz baja le aseguró que no debía preocuparse, pues su madre tenía un don especial para la alta costura y sabía que con el vestido elegido estaría deslumbrante. Azucena le sonrió pues, en efecto, jamás había contado con la atención de una madre y el afecto de una hermana.

El tiempo que Azucena pasaba en casa de los Alcázar terminó por ser uno de los más divertidos que Violeta había disfrutado en meses. Las cenas resultaban entretenidas a pesar de los frecuentes discursos relacionados con el malestar que los imperiales provocaban en las calles, en las instituciones y hasta en los bailes.

Alberto parecía sentirse especialmente a gusto cuando Azucena se encontraba cerca. Quien no viera la atracción que comenzaba a suceder entre ambos estaba falto de visión o de interés. Sin embargo, esa luz que comenzaba a brillar cuando se juntaban creaba una sombra difícil obviar: Amber.

Fue en la última noche que Azucena durmió en casa de los Alcázar que cierto juego abrió paso hacia un camino sin retorno.

Se encontraban ambas amigas en la habitación de Violeta cuando ésta extrajo las carpetas del archivo.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Azucena colocándose al lado de Violeta.

—Así es. Mira. —Violeta dejó en el suelo la gaceta que tenía entre manos cuando Marga y Amber entraron en su habitación de la academia. Las dos amigas se sentaron junto a la gaceta y Violeta la abrió por la página en la que se encontraba la imagen de la joven de ojos almendrados—. Se trata de un artículo semejante al que yo escribí, pero de hace veinte años.

Azucena reprimió un gemido al ver la fotografía impresa en aquella gaceta para jovencitas. Violeta continuó como si no hubiera visto la expresión temerosa en el rostro de su amiga. Sabía que algo le ocultaba.

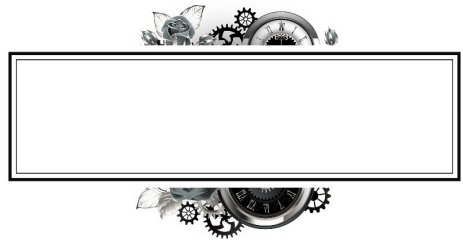
Leyó en voz baja el artículo lo más rápido que pudo para intentar obtener alguna pista. Casi todo lo expuesto era muy similar a lo que ella misma escribió hacía apenas unas semanas, todo salvo una curiosa, cuanto menos, revelación.

—Azucena, mira esto. —Violeta acercó la gaceta a su amiga y señaló con el dedo la frase destacada—. Según dice aquí, las vestales negras son las únicas de don hereditario. Es decir, tu madre debió ser una vestal negra. ¿Lo sabías? —Azucena negó con la cabeza. Sus ojos parecían expresar terror más que sorpresa, una reacción que no pasó desapercibida para Violeta—. ¿Crees que tu padre lo sabía?

—No.

—Pero… —Violeta volvió al artículo—. Hay algo que no consigo entender. Si las vestales negras sois tan inusuales porque solo se transmite el don por herencia, y solo hay una vestal negra en el reino de Valencia, ¿cómo es posible que tu seas una vestal negra?

Azucena desvió la mirada. Violeta no pudo saber si por tristeza, rencor o temor. Sabía que Azucena conocía su ascendencia, pero también sabía que conocer la verdad, a veces, es muy doloroso. Las lágrimas de la vestal recorrieron su rostro como cuando caen las hojas de los árboles en otoño.



Capítulo 10

Pronto se celebraría la cena-baile organizada por la propia academia y Violeta seguía sintiendo un hormigueo incesante en la boca del estómago. Justo la noche anterior a la partida de Azucena de casa de los Alcázar, Violeta había hecho un acto de rebeldía que jamás creyó ser capaz.

Las dos amigas habían estado hablando de sentimientos, miedos y deseos, cuando Violeta confesó que tenía interés en el profesor Flavio. Que sentía también culpa porque en el baile de los Nigrino tuvo esa misma sensación con el hijo del duque.

Azucena, divertida, le instó a escribir una misiva anónima al profesor confesando lo que sentía.

—Será liberador —dijo—. Como cuando escribes en un diario y sientes que todos tus sentimientos se guardan entre sus páginas para redimirte y tenerlos a salvo.

—¿Y si descubre que soy yo?

—¿Cómo? Escribir bajo el anonimato te dará la seguridad del misterio y entregándole la carta le prestarás tu corazón por un instante.

Y así fue, Violeta escribió aquella carta anónima confesando un amor que no entendía. La dobló y la cerró con cuerda y cera, pero no estampó el sello que delataría su procedencia. Después dejó que fuera Azucena quien obrara la magia de entregar la misiva sin descubrir quién era la autora.

En la mañana en la que las alumnas de la academia debían adelantarse a la misma para asistir a uno de los actos específicos para

ellas, Violeta descubrió cierto objeto que heló su corazón.

En la puerta de su habitación, un papel cuidadosamente doblado se encontraba a la madera clavado con una oxidada tachuela y, en el anverso del papel, su nombre escrito.

—¿Qué estas mirando con tanto interés? —Azucena aparecía en aquel momento por el pasillo de la residencia.

Violeta rescató el papel clavado en su puerta y se lo mostró a su amiga cuando ésta llegó a su lado.

—¿Es una carta? —preguntó entusiasmada—. Ábrela.

—No, y baja la voz. —Violeta abrió la puerta y empujó a la vestal dentro de la habitación para entrar ella después.

—¿De quién es?

—No lo sé. Nunca nadie ha clavado un mensaje en mi puerta. —Miró el papel entre sus manos. Seguía doblado y el misterio de su contenido parecía no quererse desvelar. Violeta se guardó la carta en la liga y se dirigió a Azucena—. Vamos, cojamos las bandas y vayamos al oratorio.

—¿No la vas a abrir? —La vestal fingió estar muy decepcionada—. Violeta, he de confesarte que no me caes nada bien.

—Anda, vamos.

Se pusieron la banda que las distinguía como alumnas de último año y se dirigieron con paso firme hasta el oratorio.

Todas las jóvenes convocadas y vestidas para la ocasión, entraban, con el decoro apropiado, en el edificio. El cuadro de profesores permanecía fuera para comprobar que todas las alumnas accedían y ocupaban los bancos dispuestos en el interior.

Alfonso, quien también permanecía junto al oratorio, llamó la atención de Violeta indicándole que se acercara.

—Buenos días, señorita Alcázar.

—Buenos días, profesor.

—¿Podría hablar con usted un momento? —Violeta asintió y ambos se apartaron unos pasos insignificantes, pero justos para poder conversar fuera del alcance del resto—. Sé que le parecerá una pregunta absurda, pero tengo especial interés en conocer un gusto muy particular. —La joven miró a su profesor confundida y curiosa al mismo tiempo—. ¿Podría indicarme cuál es su color favorito?

—El azul, supongo —respondió sin comprender.

—Estupendo —sonrió—. Puede regresar con sus compañeras. Muchas gracias.

Perpleja y todavía confundida, Violeta se reunió con el resto de las alumnas, entró en el oratorio y se sentó junto a Marga y Amber. Buscó entre las vestales a Azucena. Estaba un par de bancos más adelantada que ella, atenta a cuanto la vestal máxima tuviera que contarles.

Al terminar el sermón Violeta recordó que llevaba la misteriosa

misiva, que encontró clavada en su puerta, en la liga. Se separó del resto de alumna e intentó pasar desapercibida.

—¿Dónde vas a hurtadillas? —Amber se encontraba a tan solo unos metros de ella junto a Marga.

Le pareció ver a Azucena tras ellas, al otro lado de la plaza donde se encontraba el oratorio. Creyó verla cruzar alguna palabra con la vestal máxima, que ésta la agarraba, pero la perdió de vista en cuanto sus amigas se acercaron más.

—Me gustaría pasear un poco —mintió e intentó ver sobre los hombros de Amber la escena que ya no estaba—. Quiero ir al árbol de los secretos.

—¿Esperas correspondencia? —preguntó Marga divertida.

—No, en absoluto. Solo quiero sentarme y apoyar mi espalda en su tronco.

De pronto el ensordecedor sonido de unas enormes hélices provocó que la mayoría tapara sus oídos. Una enorme sombra avanzaba hacia ellos hasta cubrirlos por completo. Las chicas miraron hacia arriba y vieron el casco de un barco, de un dirigible con el emblema imperial que surcaba el cielo demasiado bajo.

—No tardes. —Le imploró Marga a Violeta antes de volver su vista al imponente navío que ya las abandonaba.

"*Comprendí que estaba enamorado cuando solo deseaba tomar tu mano, besar tus labios*".

Violeta leyó y releyó las palabras escritas en la carta anónima recibida en la mañana. Había regresado a la habitación a la espera de los ejércitos de doncellas que en breve llegarían de la mano de madres, hermanas y tías para vestir a cuantas alumnas en la academia había.

Unos golpes en la puerta anunciaban que su madre y María ya habían llegado. Fue a abrir la puerta y solo vio a María que cargaba con una gran caja. Tras ella, un sirviente de la academia la ayudaba con otro bulto, un baúl no muy grande donde, de seguro, se encontrarían los útiles de maquillaje y peluquería.

—Buenas tardes, señorita Violeta —saludó María en cuanto el sirviente salió por la puerta.

—Mi querida María, cuánto he echado de menos nuestras confidencias.

—Ya será para menos. —María dejó la caja sobre la cama de su señora—. ¿Y su compañera?

—No creo que tarde en regresar. Ya sabes, las vestales tienen otros

quehaceres. Otro horario supongo. —Se acercó hasta María y abrió la caja. Se trataba del vestido que confeccionó la modista de Valencia en la visita que realizó junto a su madre y Azucena. Lo extrajo de la caja y colocó con cuidado sobre la cama—. Es bonito, ¿verdad?

—Precioso —contestó María quien ya se estaba encargando de abrir el baúl y extraer cuanto necesitaba de él—. Por cierto, señorita, tengo algo para usted. —La doncella había traído a escondidas un paquete envuelto con lino azul—. Lo trajeron esta mañana, al poco de su partida.

—¿Quién? —Violeta cogió el paquete y lo abrió con cuidado.

—No quisieron decirme el remitente. De hecho, ni siquiera querían que yo lo recogiera por usted. Decían que debía entregarse en persona.

En el interior del paquete había una nota y una caja.

—Espero que te guste. Alfonso —leyó en voz alta. Miró a María que la observaba curiosa y divertida—. ¿Qué será?

—Ábralo —instó María impaciente.

—Ya voy, ya voy —rio.

Al abrir la caja encontró un precioso collar con un coqueto colgante color turquesa.

—No puede ser —susurró Violeta. De pronto se sintió mareada, se sentó sobre la cama y dejó a un lado la cajita con el collar.

—¿Qué sucede, señorita? —María palideció al verla—. ¿Llamo a una sanadora?

—No. —Violeta le entregó la carta que había recibido esa misma mañana—. Es una nota anónima. Una declaración de amor sin nombre. ¿Podría ser él, María? ¿Podría ser la misma persona?

La puerta de la habitación se abrió en aquel preciso instante dando paso a Azucena que llegaba exhausta. Al ver que su compañera se encontraba cabizbaja y sentada en la cama se acercó preocupada.

—¿Ha sucedido algo?

—Buenas tardes, señorita Espinosa.

—María, ¿qué ha pasado?

—En realidad, nada. La señorita ha recibido, al parecer, atenciones de cierto joven que le interesa.

—¡Por los dioses! —rio ya tranquila—. Violeta, amiga, compañera, amor de mis amores. ¿Se puede saber qué te pasa? ¡Si has conseguido cuanto querías!

—Me tiemblan las piernas —susurró Violeta sin levantar la vista del suelo.

—Muy bien. María, ni una palabra de cuanto vas a ver. —Le advirtió la vestal sacándose del canalillo un pequeño frasco y dándoselo a Violeta—. Vamos, bebe un poquito. —Violeta miró el frasquito que le entregaba su amiga y lo cogió—. Solo un poquito —insistió Azucena.

—¿Qué es? —preguntó Violeta antes de abrir el tapón de corcho que salvaguardaba el líquido dorado del interior.

—Un elixir que he aprendido a preparar en esta gloriosa escuela —ironizó la vestal—. Bebe, te dará seguridad.

Violeta tomó un sorbo de aquel elixir que sabía a óxido y le devolvió el frasquito a su compañera de habitación.

—Sabe horrible —protestó.

—Pero funciona. —Azucena, traviesa, le guiñó un ojo—. Será mejor que nos vistamos para el baile si no queremos tener problemas. —La vestal se dirigió a su armario y extrajo una caja idéntica a la que había traído María—. Tu madre ha sido muy amable en hacerme llegar esta joya textil. Si no la viera esta noche, por favor, agradéceselo.

El salón en el que se había dispuesto todo para el baile había quedado espectacular. Las familias se encontraban ya disfrutando del cocktail y la música cuando Azucena y Violeta entraron.

Violeta vestía un elegante vestido de noche donde la falda no sobrepasaba las rodillas por su parte delantera, pero sí caía en cola en la trasera. Arriba, un corsé con cierre de ojo de gancho por delante y cuerdas cruzadas por detrás, estaba decorado con mangas de malla estampadas y encajes. Las botas de mediacaña estaban también decoradas con encaje en su parte superior en la línea del tacón. Solo sobresalía un color en todo su atuendo, un collar turquesa atado al cuello.

—Hermana, creo que de este baile te sale un pretendiente mínimo. —Alberto salió al encuentro de las recién llegadas.

—Muy gracioso, hermanito —respondió Violeta—. Supongo que recuerdas a mi amiga Azucena.

—Por supuesto. —Alberto saludó con cortesía a la vestal—. Y, dígame, señorita Espinosa, ¿cómo es que no la vi en el baile de los duques?

—Mi padre no es bien recibido en esa casa, me temo.

—¿Cómo? —Intervino Violeta—. Nunca me has comentado nada.

—Bueno, no me preguntaste.

—Creo que sí lo hice y también creo que mi hermano tiene más poder de persuasión que yo por lo que veo —bromeó.

Los tres se fundieron con el resto de los presentes. Charlaban animadamente sin percatarse que cierto profesor se acercaba.

—Señoritas, Alberto, veo que disfrutan del baile —saludó Alfonso.

—Profesor Alfonso, quién nos hubiera dicho en el pasado que acabarías formando señoritas de alta cuna. —Alberto le tendió la

mano a modo de saludo.

—El destino, amigo mío. El destino. —Alfonso estrechó la mano que se le ofrecía—. En realidad, venía en busca de tu hermana, necesito comentarle cierto tema académico.

—¿Esta noche?

—Claro, nosotros vamos a bailar —intervino rápida y audaz Azucena. Cogió del brazo a Alberto y lo arrastró hasta la pista para dejar a solas a profesor y alumna.

—¿Dónde están las señoritas Cabanilles y Becker?

—Pues, para serle sincera, no tengo ni la más remota idea —respondió Violeta.

—Por favor, esta noche tutéeme o no tendrá sentido que lleve puesto el collar que le envié.

—Yo… —Violeta sintió que enmudecía, que las palabras quedaban recluidas en su garganta y que el corazón se le encogía hasta doler. Miró a Alfonso que la observaba ajeno a tantas emociones despertadas en su alumna—. Muchas gracias. —Acertó a decir a la par que toqueteaba el colgante turquesa—. Solo quería darle las gracias.

—Darte las gracias, Alfonso. —El profesor la miró con intención de que ella repitiera sus palabras.

—Darte las gracias, Alfonso —sonrió.

—Violeta. —Le tendió la mano invitándola a bailar en la pista. Ella sintió que la respiración se le agitaba y el corazón se aceleraba, pero aceptó y volvió a ser el centro de atención en un baile ajeno.

Los músicos tocaban sin descanso y las parejas más jóvenes mantenían la pista ocupada. Las conversaciones se sucedían animadas. Padres y profesores charlaban sobre los adelantos de sus hijos, pero ninguno afrontaba el reclamo, por parte de los imperiales, para que muchos de los allí presentes se incorporaran a filas en las próximas semanas.

Pasadas las primeras horas hicieron acto de presencia las vestales del templo flanqueadas por soldados imperiales y vestidas con sus túnicas de gran gala. La música cesó y las conversaciones se pospusieron.

Abría la comitiva la vestal máxima, la única vestal negra conocida hasta la llegada de Azucena. Tras ella, otras once vestales de diversos dones seguían sus pasos en silencio. No fue hasta que Coelia Concordia llegara a su lugar reservado que hiciera la seña a la directora para que el baile continuara.

Las alumnas que habían sido reconocidas como vestales comenzaron su desfile para mostrar sus respetos a la vestal máxima. Violeta observó atenta, recordó el día en que su mejor amiga, el día en que yo participé en ese mismo acto hacía tan solo un año. Entonces vio a Azucena que cerraba el desfile serena, callada. Al llegar a la

altura de Coelia, ésta se levantó por primera vez, tocó con su frente la de Azucena y, al apartarse, le sonrió.

A pesar de la música que había comenzado a sonar, todos los allí presentes solo podían observar a las dos vestales negras que se acababan de encontrar, por primera vez, en público.

Después, el baile y las conversaciones pospuestas se retomaron con presteza. Y la suerte acompañó a Violeta quien, gracias a cuanto acababan de presenciar, su baile con el profesor quedaría olvidado. O no.

—¿Me permite este baile, señorita Alcázar?

El joven heredero de los Nigrino se interponía entre profesor y alumna sin pretender más allá de las atenciones de Violeta.

—Será un placer —respondió ésta. Aceptó la mano que Guillermo le ofrecía, miró por última vez al profesor y regresó a la pista.

Entre charlas y risas buscó de nuevo a su amiga que bailaba con un joven desconocido. Observó a la vestal máxima quien hizo una señal a Azucena, pero no supo qué pretendían.

—¿Sucede algo, señorita Alcázar? —preguntó curioso Guillermo.

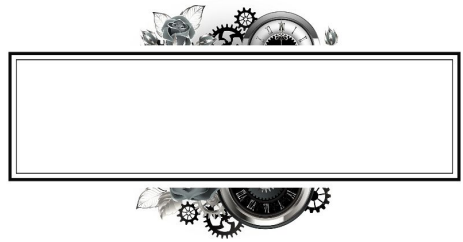
—Nada. Discúlpeme —dijo Violeta regresando a el baile en el que se encontraba—. Solo estaba preocupada por una amiga.

—¿Se refiere a la vestal negra?

—Así es. No sé quién es el joven con el que baila.

—No deberíais preocuparos por ella —sentenció Guillermo—. Son los hombres los que deberían recelar de su presencia.

Violeta miró a su pareja de baile sin comprender las razones que podrían llevarle a decir semejante afirmación. Después recordó que su familia no aceptaba al padre de Azucena y sentenció al joven, aunque de él jamás dependiera el decreto de sus padres.



Capítulo 11

Decían que los bailes de salón siempre estarían de moda, que eran algo mágico y que hacían renacer el ánimo y despertar los corazones. Tanto fue así que en una recién llegada familia que había hecho fortuna gracias al nuevo mercado de la seda, quiso convertir su salón en uno de los más creativos e innovadores de Edeta. Tenía dos hijos de los que presumir sin medir la modestia pues, el mayor se encontraba ya en línea de fuego luchando contra rebeldes, y se le pronosticaba ya una de las carreras militares más prósperas. Por otro lado, el pequeño parecía tener intereses menos castrenses y más filosóficos y pictóricos.

—¿Dónde estabas? —Violeta había perdido de vista a Azucena en el baile y se había preocupado al no verla en la habitación.

—Tuve el honor de acompañar a la vestal máxima en un acto santo.

—¿En noche cerrada?

—Sí, pero ya estoy aquí y necesito dormir hasta que amanezca.

En realidad, Violeta no podría juzgar cuanta verdad había en las palabras de su compañera. Si bien es cierto que yo nunca había regresado a horas intempestivas a la habitación, también lo era que yo no era una vestal única, sino, más bien, del montón.

Las campanas sonaron apenas unas horas después y las alumnas despertaron para regresar a sus hogares y celebrar sin interrupción el fin de año. Violeta se levantó animada. El baile había sido un encuentro maravilloso y su corazón se decantaba ya por Alfonso amable, culto, divertido y de rasgos casi perfectos. La conversación con él fluía sin esfuerzo y los silencios jamás eran incómodos.

Se vistió con una falda de corte irregular y una blusa con cuello y puños decorados con encajes y entredoses bordados. Se sentó en la cama para calzar sus botas de tacón ancho y cómodo. Fue entonces

que algo en el suelo llamó su atención. Las huellas embarradas avanzaban en dirección al armario de Azucena, pero no eran las únicas, había otras menos intensas, mojadas, que llegaban hasta su cama.

Violeta miró a su compañera dormida, quien ya daba buena cuenta de tener un pacto con Morfeo para no despertar con las campanas. Se acercó hasta ella y le dio unos suaves golpes en el hombro para despertarla.

—Azucena —dijo en voz baja—. Azucena —repitió esta vez con un tono de voz más alto. —Al fin su compañera de habitación despertó—. Ya sonaron las campanas. Debes contarme ese secreto que tienes para no oírlas y permanecer en tus sueños.

—No es una gran habilidad para aplaudir. —Bostezó y se estiró cuanto pudo—. Créeme.

—¿Adonde fuiste anoche? Llegaste muy tarde.

—Ya te lo dije, fui con la vestal máxima a realizar un acto santo —respondió. Se destapó y se sentó apoyando los pies en el suelo—. Creo que intenta convencerme, de un modo poco sutil, que me consagre al templo.

—¿Fuiste al templo? ¿Al lago?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—Hay huellas de barro en el suelo. —Azucena se asomó para ver dónde señalaba Violeta—. Y también restos huellas de pies descalzos y… mojados.

—¡No puede ser! —Azucena se tapó la boca y abrió los ojos tanto como sus párpados le permitían. Después miró a Violeta y con voz entrecortada dijo—. Sabe dónde estoy. Debemos irnos —susurró—. ¡Ya!

—¿Qué? ¿Quién sabe dónde estás?

—Vamos, recoge tus cosas y vámonos.

Violeta se puso el abrigo entallado hasta la cintura como un frac de hombre, pero con los hombros más relajados y no tan marcados. El cuello alto y el faldón que arrancaba desde la cintura hacia atrás en marcadas ondas conseguían refugiarla del frio en el exterior. Abrochó su bandolera de cuero ajustándola a la cintura y muslo, guardó en ella su mariposa y un par de enseres más y dejó sobre la cama el vestido de la noche anterior para que algún sirviente, o su propia doncella, lo recogieran y lo mandaran de vuelta a casa.

Azucena, quien ni siquiera se había desvestido en la noche antes de acostarse en la cama, se calzó cogió un abrigo similar al de Violeta e instó a ésta para salir juntas de la habitación.

La vestal echó un último vistazo a la habitación vacía en busca de algo que llamara la atención y, por un instante, creo que me vio.

—Si le dejo entrar, ¿qué garantías tengo de que no robara nuestra industria? —Al llegar a casa, Violeta se encontró con una concurrida reunión en la que se encontraban algunos de los más influyentes hombres de negocios. El señor Alcázar parecía estar en desacuerdo con el gobernador—. ¡Es francés! Por los dioses.

Siguió las voces hasta llegar al despacho de su padre.

—Efectivamente, es heredero de una de las más poderosas estirpes francesas. —El gobernador se encontraba de pie junto al bar escondido en una gran bola del mundo, una de las joyas más apreciadas por el señor Alcázar—. Sin embargo, amigo mío, debe usted saber que no es infiel a la corona. Por razones de desacuerdos con el emperador Napoleón, nuestro confidente y proveedor encontró en nuestras tierras el nuevo comienzo que necesitaba.

—No sé —titubeó el señor Alcázar sentado tras su enorme escritorio —. Puede que tengáis razón, pero si nos traiciona…

—No lo hará —confirmó duque. Estaba sentado en uno de los sillones, con un puro en una mano y una copa en la otra. Expulsó el humo de cuerpo y continuó—. Sé que le causa cierta reticencia, pero le doy mi palabra de que no lo hará.

Violeta dio un par de golpecitos en la puerta. Se sentía poco menos que una espía al escuchar los asuntos de negocio de su padre a escondidas.

—Hija, pasa. Pasa, querida.

—Buenos días, señores —saludó. Fue hasta el escritorio donde su padre ya se había puesto en pie para recibirla. Le dio un beso en la mejilla—. Discúlpeme, padre. No quería interrumpir. Solo quería darle aviso personalmente de que había llegado a casa.

—Una mujer tan bella como usted no molesta nunca, señorita. —El duque alzó su copa en señal de saludo.

—Tu hermano está encerrado en su taller. —Le informó el señor Alcázar—. ¿Podrías hacerme el favor y pedirle que se presente aquí de inmediato?

—Sí, padre.

—Cómo le decía…

La voz del duque iniciaba de nuevo la conversación cuando Violeta salía del despacho y cerraba, tras de sí, las puertas. Si aquella charla no era apropiada para ella, era muy posible que tampoco lo fuera para el servicio.

Al pensar en ello se dio cuenta que la casa se encontraba en un inusual silencio. No había visto a ningún sirviente, salvo a Cándido, el

mayordomo, y alguna doncella que colocaba en su lugar algún jarrón.

Se dirigió hacia el jardín trasero donde, al terminar éste, se encontraba el cobertizo transformado en taller. Desde lejos se escuchaban ya los sonidos de metales al chocar. Miró al cielo, despejado, tan azul e hipnótico que no vio pasar junto a ella uno de los animalejos mecánicos de su hermano.

Estuvo muy cerca de abrir la puerta sin previo aviso, pero las malas experiencias del pasado le recordaron que debía tirar de la cuerda que había a su derecha. Cualquiera hubiera pensado en que ésta, simplemente, accionaba el movimiento de una campanilla que llamara su atención. Sin embargo, el constante ruido en el taller impedía que oyera el repiqueteo de una campanilla. No.

Lo que en realidad accionaba la cuerda era un curioso mecanismo donde una pequeña bola de plomo recorría varios metros de tubos y plataformas de cobre. La bolita terminaba su trabajo al caer al vacío y accionar una palanca hecha con una cuchara que cedía al peso del plomo, caían ambos objetos hasta una serie de pequeños tambores de piel dispuestos a modo de escalera. Según la bola caía, el sonido del siguiente tambor resonaba con más fuerza.

“De este modo, el aviso no es inmediato, ni puedo tener un sobresalto porque la llamada es gradual. No puedo herir a nadie, ni puedo matarme yo de un susto”, dijo Alberto en una ocasión.

A los pocos minutos la puerta se abrió y aparecieron ante ella millones de bichos mecánicos que correteaban por el suelo.

—No sé cómo puedes moverte con todos estos cachivaches danzando por el medio. —Se quejó Violeta al entrar—. ¿No te molestan?

Alberto dejó el cuerpo en el que estaba trabajando y posó la herramienta justo a su lado. Se giró sin quitarse la máscara que le cubría el rostro y le daba, además, un aspecto bastante siniestro.

—Yo también me alegro de verte, querida hermana. —Su voz sonaba opaca a consecuencia del filtro de la máscara. Alberto comenzó a destensar las cintas que sujetaban la máscara y, con cuidado, se la quitó y la posó sobre la mesa. Después, se retiró la bata que llevaba y la colgó en su lugar para, por último, retirarse los guantes—. Sé que es lento, pero es la única manera de no levantar polvo de cobre, acero o mercurio que pueda matarme antes de tiempo.

Violeta se fue a acercar para darle un beso, pero su hermano se lo denegó.

—Primero debo lavarme las manos y enjuagarme la cara.

—Tienes sangre en la frente —dijo Violeta al verle de cerca—. Te aprietas demasiado las cintas.

—Posiblemente —sonrió. Se secó las manos, miró la hora en su reloj de bolsillo y se dirigió hacia su hermana—. ¿No has llegado

demasiado pronto?

—Sí, de hecho, aparte de venir porque padre quiere verte y, al parecer, no hay servicio en casa —ironizó—, también quiero comentarte algo.

Alberto rodeó con un brazo a Violeta por los hombros y ambos recorrieron el camino de vuelta a casa, dejando a los bichos autómatas libertad absoluta para merodear por el jardín.

—¿Guarda relación con cierto profesor de historia? —bromeó.

Violeta le propinó un codazo en la cintura.

—No, listillo. —Entraron en la casa y escucharon como la conversación, antes sosegada, ahora se encontraba en plena ebullición —. Será mejor que te lo cuente luego.

—Sí, será lo mejor. —Alberto le dio un beso en la frente y se marchó con paso firme hasta el despacho de su padre.

Habían pasado un par de horas desde que dejara a su hermano reunirse con su padre. Estaba sola en su habitación. Ni siquiera había cambiado sus ropas, tan solo quitado el abrigo, las botas y la bandolera. El tacto de la alfombra bajo sus pies le relajaba, era reconfortante. Se sentía segura. En casa.

A veces se descubría mirando en todas direcciones, como si esperara que algo, o alguien, apareciera de la nada. Extrajo de la bandolera la mariposa, la posó sobre la palma de una mano y con la otra la acarició hasta que ésta emprendiera el vuelo. Verla aletear por la habitación la calmaba.

Entonces, la campanilla de su habitación sonó. Era su hermano, el artífice de aquella llamada secreta que comunicaba sus respectivas habitaciones. Violeta sonrió, recuperó la mariposa y la posó sobre la placa. Después salió al encuentro de su hermano que ya avanzaba hacia ella por el pasillo.

—¿Te apetece comer? —preguntó sonriente.

—Me encantaría.

Los dos bajaron hasta el comedor donde una de las doncellas preparaba la mesa.

—Por cierto, ¿dónde están todos?

—El Ama de llaves y las principales doncellas se han marchado con mamá aun no sé muy bien a donde. —Alberto se sentó en una de las sillas que bordeaban la mesa—. Supongo que habrán ido a por telas y flores para la fiesta de fin de año.

Violeta hizo una mueca al darle sentido a la incógnita que le había acompañado desde que entrara en la casa. Se sentó junto a su

hermano y dejó que la camarera les sirviera el vino y unos entrantes.

—¿Qué era lo que tenías que contarme?

—Es un poco difícil de contar, aunque creo que va a ser aun más difícil de creer.

—Tu dirás. —Alberto cogió la copa de vino y bebió.

—¿No esperamos a padres?

—Pues no. —La miró—. ¿No puedo creer que no te hayas enterado?

—¿Enterado de qué?

Alberto se levantó en busca del último periódico traído en la mañana y se lo entregó a su hermana. En portada aparecía el característico "EXTRA", propio de las impresiones hechas por un suceso de última hora.

Según avanzaba en la lectura, sentía como su propio rostro se contraía en contra de su boca que cada vez más se abría. Los ojos comenzaron a humedecérsele, aunque no lloró. Lo que en un principio era tan solo una sospecha, ahora comenzaba a transformarse en una realidad.

Según se informaba en aquel periódico, esa mañana había aparecido una nueva víctima en el lago vestal. Un hombre se había ahogado en sus aguas vestido con las galas propias de un baile. Decían que había sido visto en compañía de una de las más esperadas vestales, que ese fue su último baile.

Violeta dejó el periódico sobre la mesa y miró a su hermano. Intentaba organizar cuanta información había recabado. De cuánto testimonio había sido protagonista.

—¿Qué sucede? ¿Lo conocías? —Alberto cogió el periódico y buscó algo que pudiera darle luz sobre la reacción de su hermana—. Sé que era un joven heredero, un patricio venido no hacía mucho. Era hijo de una familia amiga de padre y madre, ellos iban a presentarle sus condolencias al terminar la mañana. Por eso no vendrán a comer.

—Creo que lo vi bailando con Azucena —dijo de golpe Violeta sin mirarle a la cara.

—Eso no prueba nada.

—Hermano, sé que siente atracción hacia ella, pero creo que no eres consciente de ello, sino que estás bajo su influjo.

—¡No digas tonterías!

—Anoche, cuando regresé a la habitación, ella no estaba en su cama. —Miró entonces a Alberto con los ojos empañados en lágrimas —. Esperé hasta quedarme dormida, pero no llegó. —Alberto guardó silencio, quería comprender cuanto le estaba contando Violeta—. Al sonar las campanas esta mañana, me desperté y ahí estaba. Tumbada con las ropas del baile, con las faldas mojadas y con las botas llenas de barro.

—No puede ser —susurró Alberto.

—Le pregunté dónde había pasado la noche y me dijo que había ido con la vestal máxima y nada más. —Se pasó la lengua por los labios resecos y bebió vino una vez más—. Sin embargo, eso no es todo. Cuando vi las huellas de barro que Azucena había dejado en el suelo, descubrí que no estaban solas, sino que había otras de menor intensidad.

—¿Otras? ¿De quién?

—No lo sé, solo sé que cuando se lo dije a Azucena entró en pánico y me obligó a abandonar la habitación de inmediato.

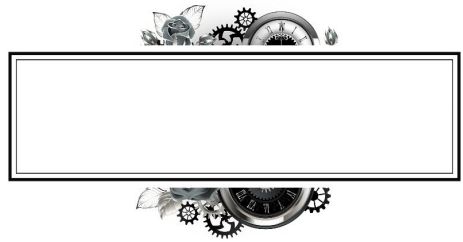
—No lo entiendo. Y, ¿no dijo nada más?

—Sí, dijo que alguien la había descubierto y sabía dónde estaba.

—Tengo que conseguir hablar con ella.

—¡No!

—Puede que la que esté en peligro sea Azucena —gritó—. ¿No lo ves, Violeta?



Capítulo 12

Habían pasado ya un par de días desde que Violeta huyera de la academia y se refugiara en su hogar. Tan encerrada estaba que no recibió noticias de amigas o cotilleos de la ciudad.

El día en que enterraron al pobre desgraciado ahogado en el lago, el cielo se cubrió de nubes grises. Las calles se llenaron de cirios en las puertas para mostrar sus condolencias. Y buscaron un culpable.

Después, los preparativos para la noche que despedía el año continuaron. Beatriz Alcázar decoró cada rincón de la casa con flores blancas y guirnaldas del mismo color. La mesa para la cena estaba adornada desde la noche anterior con un hermoso mantel blanco con bordados en sus extremos. La vajilla era de porcelana, traída de una fábrica ubicada en Sevilla que comenzaba a labrar su nombre en toda Europa. Y, las copas eran de cristal con la base y el cuello decorados con muescas de oro.

En el centro de la mesa, la madre de Violeta había dispuesto un hermoso ramo de rosas blancas flanqueado por sendos candelabros de plata.

Las sillas estaban igualmente cubiertas por telas del color del mantel y lazada en tonos burdeos.

Violeta paseaba por el interior de la casa sin prestar mayor atención al continuo movimiento de sirvientes que iban y venían con flores, adornos y telas.

—Buenos días, señorita Alcázar. —María, su doncella, se había interpuesto en su camino con intención de hacerse notar—. ¿Cómo se encuentra esta mañana? —Violeta no respondió—. Quizás tenga algo que puede hacerla sonreír.

La doncella captó al fin la atención de su señora.

—Ha llegado el correo. —María descubrió una carta que escondía tras de sí y se la entregó a Violeta—. Y, si no me equivoco, es de un

joven muy especial —susurró.

Violeta cogió la carta, la observó, le dio varias vueltas y, por fin, leyó su nombre escrito con la caligrafía inconfundible del profesor. Miró a María, sonrió y corrió hasta su habitación. Entró en ella y cerró la puerta tras de sí con la esperanza de no ser interrumpida.

Se sentó frente a su escritorio que, también, hacía las veces de tocador. Rompió el sello de lacre que cerraba la carta y desplegó el papel. De su interior cayó un billete para el teatro, lo recogió y lo miró con atención. Era para dentro de unas horas, para esa misma tarde y, de pronto, no supo cómo debía reaccionar.

Después leyó la carta:

"Estimada señorita Alcázar,

Siento que, a pesar de nuestros encuentros en sociedad, es un atrevimiento por mi parte el invitarle al teatro de un modo tan inesperado. Sin embargo, sería muy dichoso de ser aceptada la invitación.

Entiendo que su hermano pueda venir en su compañía, no querría ser partícipe de las habladurías que pudiera suscitar su sola presencia sin acompañante que guarde su virtud.

De aceptar esta invitación, ruego que nos veamos en el café de Ca Susi, próximo al teatro.

Siempre suyo,

Alfonso Flavio".

Violeta volvió a mirar el billete de entrada al teatro. Necesitaba que su hermano se ofreciera a acompañarla o sería imposible asistir a aquella cita que tanto había ansiado.

Bajó al salón donde solía reunirse la familia antes de dirigirse a sus quehaceres.

—Madre, no es más que una joven que necesita escapar de los dimes y diretes de la alta sociedad. —Escuchó a su hermano decir a su madre—. Ya la conoce. ¡Si hasta le compró un vestido!

Violeta entraba en aquel preciso instante en la sala. Miró a su hermano con reprobación. Conocía todo cuanto ella sabía y, aun así, la influencia de Azucena le hacía perder la razón.

—Buenos días, hija mía —saludó la señora Alcázar—. ¿Te encuentras mejor esta mañana? Llevas dos días muy apagada, querida.

—Sí, madre.

Violeta se dirigió hasta una de las sillas aterciopeladas que se encontraban cerca de la mesita de té importada desde la mismísima Inglaterra. Cogió una de las pastas servidas y se sirvió una taza de café.

—Me comentaba tu hermano la posibilidad de invitar a la cena de fin de año a tu amiga la vestal. —La señora Alcázar se cambió de lugar y se sentó junto a su hija—. ¿Crees que podrías enviarle una invitación

formal?

—Creo, madre, que no es un buen momento. Quizás disfrute de estas fiestas con su padre y familia.

—Bueno, sea como fuere, tenéis mi beneplácito para invitar a quien gustéis. —La señora Alcázar se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Eso sí, avisadme. No me gustan las sorpresas.

—Alberto tengo que comentarte algo importante —dijo Violeta en cuanto su madre hubo salido por la puerta.

—No quiero escuchar más teorías conspiranoicas, Violeta.

—No. No tiene nada que ver con Azucena. —Se levantó y se sentó junto a su hermano en el sofá. Bajó el tono de voz y casi en un susurro le comentó—. He recibido carta de una persona que quizás me interese y me ha invitado al teatro esta misma tarde.

—¿Qué quieres exactamente, Violeta?

—¿Podrías acompañarme? —Suplicó—. Por favor.

—¿Quién es el joven que te pretende?

—No es un pretendiente.

—Sí lo es y, ni siquiera, ha pedido permiso a padre para serlo. —Alberto se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro pensativo —. ¿No será el oficial Flavio? —Violeta desvió la mirada sin decir nada—. Quien calla otorga, hermanita.

—Sí, vale. Es el profesor.

—Pues siento informarte de que no seré cómplice de esta falta.

—¡Por favor! —Imploró.

—No. El oficial es un hombre de honor, o eso se espera de él, y debería conocer los pasos básicos a seguir para cortejar a una heredera.

—¡No me está cortejando!

—¿Quién está cortejando a quién? —El señor Alcázar hacía acto de presencia en el salón. Los hermanos se quedaron paralizados sin saber cómo afrontar la nueva situación—. Y, bien, ¿quién de los dos me va a explicar las razones por las que vuestras voces se oían hasta en mi despacho?

—Soy yo, padre. —Se adelantó Alberto—. Tengo interés en cierta heredera y le pedía a Violeta que, por favor, tuviera a bien invitarla a nuestra cena de fin de año.

—Bien. —Asintió el padre—. Muy bien. Espero que esa joven merezca la pena.

El señor Alcázar se marchó del mismo modo en que había llegado. En silencio.

—Bueno, hermanita, pues ya sabes el precio a pagar.

La tarde seguía llorando la muerte del joven del lago. Era fría y húmeda. Por las calles empedradas se formaban pequeños ríos por la lluvia.

Violeta, Alberto y Azucena se encontraban dentro del café sentados alrededor de una mesa de forja teñida de blanco. Sobre ella, un vaso de whisky y dos tazas de café acompañadas por un platito de pastas obsequio del local.

La calle estaba repleta de gente que subía y bajaba por ella, que conversaba animada a pesar del mal tiempo. Sin embargo, en la mesa del interior de Ca Susi, dos hermanos y una vestal parecían no tener lengua. Alberto intentaba entablar conversación, pero siempre recibía respuestas breves y escuetas.

—Creo que ha llegado ya tu acompañante. —Señaló Alberto hacia la puerta donde Alfonso permanecía de pie fuera del local. Miraba hacia arriba con atención.

Las tazas, los platillos y las lámparas comenzaron a vibrar y zarandearse. El sonido de las hélices pronto acompañó a la improvisada orquesta de menaje en la cafetería y, como no, trajeron consigo la oscuridad por unos instantes.

—Cada vez pasan más a menudo —susurró Alberto para no ser escuchado por los afrancesados. Un paso en falso y podía ser juzgado sin opción—. Si la situación sigue así…

Violeta le dio una patada por debajo de la mesa al ver que dos imperiales les observaban desde una mesa cercana. Se giró e hizo un gesto con el brazo para que Alfonso los viera y poder así disimular ante las miradas indiscretas.

—Buenas tardes, Alberto y señoritas —saludó—. Me alegro de que hayáis podido venir y acompañarnos en esta salida que espero os agrade tanto como a mí.

—¿Quieres una copa antes de encerrarnos en el teatro? —Alberto se levantó para acompañar al recién llegado hasta la barra.

—Violeta —dijo Azucena con cierto recelo—, quisiera hablar contigo. No quiero que pienses lo que no es.

—¿Y qué pienso exactamente, Azu?

—¡Azu! —Sonrió—. Quiero pensar que es buena señal que me sigas llamando así.

Violeta la miró con ternura.

—No te odio, si es eso lo que temes.

—Pero tampoco me aprecias, al menos no como antes.

—No me gusta que me escondan información, sobre todo, si esa información puede suponer una gran diferencia entre ser culpable o inocente.

—Yo solo…

—Señoritas. —Tanto Alberto como Alfonso regresaban ya junto a ellas—. ¿Habéis oído hablar de esta obra?

—No —dijo con sinceridad Violeta—. Tengo mucha curiosidad en conocer de qué trata la obra que has escogido para este primer encuentro.

—¿Primer encuentro? ¿Es esa señal de que vaya a haber otros?

—Eso dependerá del beneplácito de mi padre cuando, espero, vayas a hablar con él. —Intervino Alberto. Se bebió lo que le quedaba en el vaso de un solo trago y dejó contundente el recipiente sobre la mesa.

—Por supuesto —respondió Alfonso. Sacó del bolsillo de su chaleco un viejo reloj, miró la hora y se lo guardó de nuevo—. Bien, ha llegado la hora. ¿Me acompaña? —Le dijo a Violeta ofreciéndole una mano para ayudarla a levantarse.

Salieron los cuatro del café y orientaron sus pasos hacia el teatro que se encontraba apenas a una calle. Ninguno dio cuentas de cierta pareja que les seguiría de cerca.

El teatro era uno de los espectáculos preferidos de la sociedad valenciana, que acudía a ver y, por supuesto, a dejarse ver. En especial, las familias patricias y las vestales cuando la ocasión las requería. Solían contar con palcos de abono hermosamente tapizados desde donde poder disfrutar de conciertos, óperas, operetas y zarzuelas y, por supuesto, teatro.

Sin embargo, en aquella ocasión se sentarían en el patio de butacas, eso sí, en unas muy bien situadas y desde las cuales no perderían detalle.

Violeta observaba a su alrededor. El teatro estaba repleto de hombres y mujeres dispuestos a disfrutar de una excelente velada en familia o entre amigos. Buscó el palco de su familia para descubrir a sus padres aparecer tras las cortinas y sentarse sin mirar siquiera a las personas que se encontraban en el patio.

Siguió la línea de palcos hasta ver a Marga junto a su familia en el palco del gobernador. Le sorprendió ver a una quinta persona en el palco, un hombre que no había visto jamás. Entonces observó con mayor atención. Marga y Guillermo vestían ya los uniformes de gala militar, un golpe de realidad que le costaba asimilar. Tras ellos, una pareja de imperiales los flanqueaba.

Miró tras ella y pudo ver una línea de soldados imperiales entre los que se encontraban los dos que vieron en el café. Regresó su mirada al frente e inclinó la cabeza hacia su hermano para hablar con sumo cuidado.

—¿Has visto el hombre que hay en el palco del gobernador?

—Sí —respondió en un susurro su hermano—. Se trata del embajador francés.

—¿Por él está repleto el teatro de imperiales?

—Sí. Intenta no mirarlos. Céntrate en la obra de teatro y olvida que están aquí.

Violeta no pudo evitar mirar de nuevo hacia atrás, hacia la línea de soldados que bloqueaban el patio de butacas. Cuando iba a devolver su mirada hacia el escenario descubrió que uno de los imperiales del café la observaba. Evitó su mirada tan rápido como fue capaz.

—¿Pasa algo? —preguntó Alfonso preocupado.

—Nada —contestó Violeta sin apartar la mirada del escenario.

Sin embargo, Alfonso sí miró y sorprendió de nuevo al imperial observándolos.

Al fin el foco de atención se materializó en presentador de la obra de teatro y pronto todos los presentes disfrutaban de una gran historia representada por magníficos actores.

Al terminar la obra, salieron primero los ocupantes de las butacas del patio y, como era habitual, los últimos serían los que se encontraban en las filas más favorecidas.

Al salir, la calle estaba repleta de corrillos en los que se hablaba sobre generalidades y la obra en particular. Las dos parejas pronto se apartaron del gentío para pasear de regreso a la casa de los Alcázar. Las dos jóvenes charlaban delante mientras intentaban comprenderse la una a la otra. Atrás, Alberto y Alfonso comentaban la intrusión imperial en el teatro.

—La situación cada vez es más insostenible —comentaba Alberto—. ¿Has recibido la orden de levas?

—No, aun no —contestaba Alfonso—, pero no creo que tarde en llegar. Ya han activado a varios oficiales en Castellón, sería absurdo pensar que tardarán en activarme a mí.

—Es increíble, activados para enfrentarnos a nuestra propia gente.

El grupo giró por una de las calles comerciales que ya habían echado el cierre y pocos transeúntes quedaban.

—*Arrêtez là.*

Los cuatro frenaron su caminar y se giraron para ver de quién era la voz que les daba el alto. La misma pareja de imperiales del café y el teatro se encontraban ahora a pocos pasos. Uno de ellos, el más alto, se descolgó el fusil y lo terció con actitud un tanto amenazante.

—*Bonne nuit messieurs* —Alfonso adelantó un paso dejando a sus acompañantes atrás—. *Je suis un officier de l'armée. Que voulez-vous sergent?*

—Nosotros no debemos lealtad a los oficiales españoles. —El imperial más bajo habló en perfecto castellano.

—Tiene usted un acento muy castizo para ser francés. —Intervino Alberto a pesar de que su hermana lo amarraba por el brazo.

—Identifíquense, señores —ordenó el imperial.

El soldado armado avanzó con paso firme hasta el grupo. Tras él avanzaba el segundo con una sonrisa dibujada en su rostro. Ninguno de los cuatro amigos se movió.

—He dicho que se identifiquen —repitió.

—*Rouge* —dijo el del fusil sin apartar la mirada de Violeta que se cubría con un abrigo rojo.

El bajito sonrió y miró en la misma dirección. Alfonso se interpuso al averiguar las intenciones de aquellos soldados del ejército imperial.

—Señorita, por favor, acérquese.

—No. —Alberto se puso delante de su hermana—. Ella no irá con vosotros a ninguna parte.

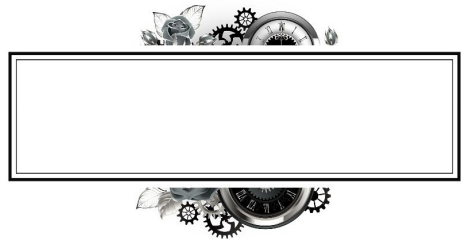
—Eso lo veremos. —El soldado armado les apuntó con el fusil—. Una sola señal y mi amigo disparará.

Alfonso palpó con disimulo la cartuchera que escondía bajo la levita. El fusil del imperial seguía apuntando hacia uno de ellos, de pronto el soldado bajó el arma y comenzó a caminar hacia el grupo despacio, como hechizado, con la mirada perdida.

—*François, qu'est-ce que tu fais?* —El que parecía estar al mando de ambos intentó parar a su compañero, pero este lo obvió y continuó su caminar. Sacó una pistola, un Espingole francés reforzado con un alcance que doblaba el habitual—. ¿Qué le han hecho? —El grupo no respondió. El soldado abrió el depósito de pólvora líquida alterada, la pequeña válvula del costado marcaba el límite de cantidad permitida para que el arma no saltara por los aires tras detonar la carga.

Violeta asustada miró en todas direcciones buscando alguien que les ayudara, pero en aquel maldito boulevard ya no quedaba rastro alguno del bullicio de la mañana. Un cartero rodado pasó a toda velocidad sin reparar en cuanto sucedía, esos cacharros solo llevaban y recogían el correo. Después vio a Azucena, estaba en trance, con los ojos cerrados y los brazos caídos.

—¿Qué está pasando aquí? —Una voz conocida se escuchó, la vestal abrió los ojos, el soldado armado recuperó su posición y el sonido de un disparo resonó en la noche.



Capítulo 13

Marga corrió. Extrajo su arma de la cartuchera y apuntó en dirección a la pareja de imperiales que atosigaban a sus amigos. Gabriel imitó a su prometida y, segundos después, se encontraban rodeados por veteranos de la Guardia Imperial que acompañaban al embajador francés.

—¡Por favor! —gritó el gobernador con las manos extendidas y los brazos a media altura. Intentaba mostrar conciliación, pero ni su hija bajaba el arma, ni los imperiales tampoco—. *S'il vous plait!* —Miró al embajador pidiendo colaboración, pero éste se mantenía firme ante la estupefacta mirada de su anfitrión—. ¡Marga, por los dioses, baja el arma!

—Que la bajen ellos primero.

—*Nous sommes amis, nous ne sommes pas ennemis.* —Alfonso alzó la voz sobre el resto con la misma pose que el gobernador—. Mi amigo y yo somos activos de la próxima leva al norte, no creo que su Emperador agradezca que sus soldados maten a sus oficiales, aunque éstos sean afrancesados y no imperiales.

—*Ma fille et mon gendre ont également été activés.* —Intervino el gobernador—. Irán en la próxima leva. —Miró de nuevo al embajador.

El diplomático francés hizo un leve gesto con la mano al suboficial al mando quien, a su vez, dio la orden de bajar las armas.

—*Merci* —dijo agradecido el gobernador—. *Merci beaucoup.*

Marga y Gabriel bajaron las armas y se reunieron con el grupo y el binomio francés se retiró para unirse a la guardia.

A Violeta le llamó la atención como el imperial armado con el fusil mantenía la vista fija en Azucena, una mirada que no sabría descifrar con seguridad, pero que incluía sentimientos como el temor y cierta atracción.

—¿Estáis bien? —preguntó Marga dirigiéndose a Violeta casi en

exclusiva.

—Sí —respondió Violeta que aun seguía los pasos del soldado. Miró después a Azucena que parecía ajena a las reacciones que causaba—. Sí. Ha sido un malentendido.

—De malentendido nada. —Alberto se acercó hasta su hermana con la mirada llena de ira y frustración—. Sabemos muy bien qué buscaban esos dos.

—Mas bien a quién. —Intervino Azucena. Marga la miró—. La buscaban a ella.

—¿Por qué? —Quiso saber Gabriel.

—Creo que nos oyeron hablar en el café —respondió Violeta cabizbaja.

—Pero no fuiste tú quien habló, sino nosotros, pero no le interesábamos al parecer.

—Bajemos la voz. —Advirtió Alfonso al comprobar que el suboficial de la guardia les observaba con atención al igual que el embajador—. Intentemos no llamar más la atención.

—¡Margarita!¡Gabriel! —llamó el gobernador acercándose hasta donde se encontraban los jóvenes—. Será mejor que acompañéis a vuestros amigos hasta casa.

—Pero, padre, ¿y usted?

—A mí no pueden tocarme. —Sonrió el gobernador antes de darle un beso en la mejilla y despedirse del grupo recién formado—. Nos vemos en casa. Por favor, Gabriel, no dejes que le pase nada.

—No lo haré, señor.

—Debe de haber una forma de expulsarlos.

Alberto caminaba de un lado a otro de la habitación. Su padre lo observaba desde la comodidad de su sillón.

—La hay, hijo —dijo incorporándose—. La hay.

—Y, ¿cuál es, padre?

—Cada cosa a su debido tiempo, hijo mío. Hoy es un día de júbilo y debemos intentar que la situación no nos absorba.

Aquella noche se celebraba en casa de los Alcázar la última cena del año y, aunque ellos jamás celebraban bailes, sí eran los responsables de organizar una de las cenas más esperadas entre los amigos de la comunidad patricia.

Mientras, Violeta, se encontraba sumergida entre Gacetas del pasado que mostraban con artículos y relatos, historias del pasado. Sabía que Azucena escondía más de lo que decía y, si ella consideraba que no era digna de confianza, entonces, el sentimiento sería mutuo.

Debía conseguir pruebas palpables para que su hermano se olvidara de una vez de la vestal que había entrado en su hogar del mismo modo que lo hiciera el ejército napoleónico: con un pretexto de lealtad que no existió jamás.

Fue en ese momento cuando el mayordomo dio aviso de la llegada de una visita inesperada, al menos, a esas horas de la mañana en la que aun no había sido convocados los invitados. Violeta salió de su habitación al creer escuchar la voz de una joven que hablaba con su hermano.

Desde la escalera pudo ver a Azucena que charlaba animada con Alberto. Traía consigo una pequeña maleta que dejó fuera recogida por el servicio de los Alcázar y la subieran hasta la habitación de Violeta sin que ésta siquiera preguntara.

—Buenos días, Azucena. —Saludó Violeta cuando ya tuvo el valor de bajar por las escaleras principales—. ¿Cómo es que has venido tan pronto?

—La invité yo —dijo Alberto provocador—. Quería mostrarle el taller y cierto proyecto que espero tenga especial repercusión en un futuro próximo.

—Siento no haberte avisado. —Se disculpó Azucena.

—No pasa nada.

—Si nos disculpas, me gustaría enseñarle a Azucena el proyecto que te he comentado.

Alberto y Azucena salieron raudos hacia la gran puerta trasera que daba al hermoso jardín. Violeta se quedó allí, sin saber a dónde ir ni qué hacer. Se sentó en las escaleras pensativa, hecho que no le resultaba en absoluto extraño para el servicio de aquella casa.

La campanilla de la puerta sonó en aquel momento. Violeta ni se inmutó, se quedó sentada y vio como el mayordomo abría la puerta para recibir a uno de esos carteros inertes que recorrían las calles a gran velocidad, expulsando humo y repartiendo misivas, paquetes e, incluso, bandos.

El mayordomo revisó cuanto se le había entregado. Miró hacia la escalera y sacó una misiva del montón para mostrársela a Violeta.

—Señorita Violeta, es para usted.

Violeta bajó las escaleras al reconocer el sello inconfundible de Alfonso. Usaba siempre una cera color cerúleo para destacar sus misivas sobre las demás.

Cogió la misiva y subió hasta su habitación. Se acercó hasta el gran ventanal cuyas vistas daban al jardín y vio a su hermano y Azucena reír sentados en uno de los bancos de piedra rodeados de bichos hechos con restos metálicos, engranajes y cuerda. De pronto, se vio sorprendida por Azucena que la miró directamente, como si supiera que estaba allí observándoles. La vestal la saludó con la mano, y

Violeta solo cerró las cortinas como respuesta.

Se fue hasta el escritorio y abrió la misiva. Era, en efecto, carta de su querido Alfonso.

“Mi querida Violeta,

Me entristece desearte con palabras escritas lo que me hubiera encantado en tu presencia. Decirte que tengas una grandiosa entrada de año, que despidas el anterior y dejes atrás los temores, las tristes vivencias, el dolor y el desconsuelo. Decirte que mantengas aquello que te ha ofrecido: el amor y la amistad de este pobre oficial que no hace más que pensar en la profundidad de tus ojos.

Sueño en ese día en que nos volvamos a encontrar.

Siempre tuyo,

Alfonso.-“

La cerró y pensó en cuanto le hubiera gustado que estuviera aquella noche tan especial con ellos, pero no podía ser. No pertenecía al círculo de sus padres.

De pronto, recordó que ni Azucena ni su padre eran amigos de los Alcázar y sintió una punzada de envidia hacia su hermano. Sus pretensiones siempre eran aceptadas, mas no las de ella.

Unos golpes en la puerta le alertaron de que alguien ingresaba en su habitación.

—¿Puedo pasar? —Azucena se asomaba con timidez por la puerta. Su cara, en realidad, sí mostraba a una joven arrepentida por no haber hecho nada y, sin embargo, necesitada de perdón—. En realidad, he venido para estar contigo.

Violeta sonrió y la instó a pasar.

—¿Cómo estás? No hemos hablado nada de lo que pasó la última noche en la academia. —Violeta se levantó para abrir de nuevo las cortinas y dejar que la luz del sol entrara antes de esconderse por el horizonte. Tiró de la cuerda que activaba la campanilla de su doncella e invitó a Azucena a sentarse junto a ella en la mesita de café que tenía frente al ventanal—. Míralo, rodeado de siempre de sus cachivaches y con olor a hollín. De verdad, que no entiendo qué ves en él.

Azucena rio.

—Amiga mía, lo ves con ojos de hermana y así jamás podrás sentir lo que otras sentimos al verle, o eso espero.

Las dos chicas rieron. María entró en la habitación con un servicio de chocolate caliente y churros que acababan de hacer y lo dejó sobre la mesita de café. Después, con una reverencia, se marchó.

—No te mentiré, Azu, quiero saber quién eres y necesito saberlo ya

porque leo y descubro historias que me hacen pensar y lo que pienso, a veces, me da miedo.

—Y a mí —respondió Azucena—, créeme. Cuanto más sé, menos quiero ser esa vestal que todos esperan.

—¿Qué es lo que todos esperan? ¿Quiénes lo esperan?

—Mi padre, nuestra directora, la vestal máxima y ella.

—¿Quién es ella?

Azucena la miró y sus ojos reflejaban un terror que jamás hubiera visto en otros. Violeta sintió que sobre aquella joven vestal pesaba un enorme secreto y pensó que, por una noche, por esa noche en la que un año muere para ver nacer a otro, la dejaría en paz.

—¿Sabes? Hoy va a ser una gran noche —dijo Violeta. Le ofreció una taza de chocolate a su amiga y, después, cogió una ella. Las dos brindaron en el aire y tomaron la cálida bebida mientras miraban como el sol desaparecía para dar paso a la noche.

Al fin llegó la hora en la que la casa de los Alcázar recibiría a un selecto grupo de familias para celebrar juntos el fin de un año que había sido detonante para un futuro que aun debían descubrir. Solo una familia faltó a la cena, la mía.

Los salones se llenaron de hombres y mujeres que charlaban animados sobre diversos temas de actualidad, como fuera las nuevas máquinas que los Alcázar estaban a punto de incluir en sus fábricas, o los colores de temporada para sedas y otros textiles, o de los movimientos institucionales que acontecían a la antigua ciudad de Edeta.

Sin embargo, la principal atracción se dividió entre dos de los invitados a aquella cena: la joven vestal negra y el nuevo embajador francés.

—Por lo que he podido escuchar en casa, el nuevo embajador puede tener otros motivos más, digamos, industriales por los que aceptar el puesto brindado. —Marga cogió uno de los canapés que se servían en bandejas que paseaban entre los invitados antes de continuar—. Al parecer, no es solo un diplomático más, sino que es un gran visionario y arquitecto que, por supuesto, brinda sus servicios al Imperio.

—Efectivamente. —Corroboró Alberto—. Tanto es así que padre teme que le sea robado el nuevo cargamento venido de Asia. El embajador Lesseps tiene especial interés en la industria de la seda que tantos ingresos nos aporta al reino de Valencia.

—¿Para qué? Si nuestra seda es suya. —Intervino Violeta.

—No lo es. Saben que es nuestra principal fuente de ingresos, si nos

la arrebatan, no tendremos con qué financiar a los rebeldes —respondió Alberto en voz baja.

—Atentos. —Advirtió Gabriel al ver que Amber se acercaba.

La familia de Amber se había pronunciado afrancesada de pleno derecho, había renunciado a la ley de los suyos para someterse a la del Imperio. Esa era una opción que los imperiales ofertaron al invadir la península, aunque se aceptó la no expulsión de los que nunca firmaron el acuerdo bajo juramento de las colonias.

—Buenas noches —saludó—. Os veo muy animados. ¿Algo interesante que no me hayáis contado?

—Poco, si eres la única que no se ha enterado aun del percance de anoche al salir del teatro —respondió Azucena.

Amber la miró con un desprecio mal disimulado.

—No sabía que estarías aquí hoy.

—La he invitado yo —dijo Alberto sin saber que aquella afirmación provocaba una reacción en Amber un tanto espeluznante.

—Hablábamos sobre el nuevo embajador. —La inteligente prudencia de Marga apareció en el momento, como siempre, más oportuno—. Sobre sus trabajos como arquitecto.

—Eso he oído. Sé que habláis sobre los imperiales, no soy estúpida.

—Nosotros no pensamos eso, Amber —dijo Violeta.

—¿Qué queréis? ¿Queréis que os diga que todo lo francés es aterrador, terrible o espantoso? ¿Que prefiero los ideales de la España borbónica de nuestros abuelos? —Amber, en realidad, se sentía atrapada entre lo que se esperaba de ella, lo que había estudiado y aprendido en la academia y lo que se hablaba en su hogar. Sentía el dolor de una tierra perdida, pero también sentía que el Imperio había aportado mucho a una tierra que ya no era suya.

—No, pero… —comenzó a hablar Marga.

—¿Y tú, Marga? Estarías ya cargada de hijos, castiza y beata. Tu abuela se estremecería al pensar que llevas una pistola en la liga y que pronto podrás legislar como cualquier hombre. —Se giró después hacia Violeta—. Y tú, Violeta, ¿te imaginas una vida bordando junto a la ventana a la espera de que tu marido regrese al hogar? ¿Dejarías tu sueño de escribir, de informar al mundo con tus artículos por una España que ya no nos pertenece?

—Confundir un gobierno liberal con la libertad es casi una afrenta a nuestros antepasados. —Alberto sentía que la sangre le hervía, solo pudo controlar su ira gracias al contacto de la mano de Azucena sobre la suya.

—No soy una de ellos si es eso lo que pretendéis. —Por primera vez pudieron ver a una Amber mansa, dócil, triste que sentía su camino alejado al de quienes fueron sus amigos en el pasado—. Aborrezco este absurdo gobierno francés tanto como vosotros, pero tengo una

obligación igual que la vuestra.

Bebió el último trago de su copa y se la entregó a una de las bandejas que pasaban en ese instante frente a ella. Dio media vuelta y se dispuso a marcharse. Violeta la siguió.

—Amber —dijo cogiéndola del brazo—, por favor.

—¿Por qué la has invitado, Violeta? —La agresividad propia de Amber acababa de regresar—. Ella no es de los nuestros y sabes lo que Alberto significa para mí.

—Yo no…

Ni siquiera pudo excusarse. Amber la había dejado allí sola, pero la soledad real se había marchado con su amiga a pesar de estar rodeada de hombres y mujeres que charlaban animados.

La noche transcurrió como se esperaba, sin mayores altercados que alguna que otra discrepancia entre invitados. Alberto acaparó la atención de Azucena, Marga disfrutó de la compañía de su prometido, Amber se unió al enjambre que revoloteaba alrededor del nuevo embajador y Violeta deseó estar sola en su habitación.

Las campanas anunciaron el fin del año viejo y el comienzo del nuevo. Todos los presentes brindaron con vino añejo y se desearon los más afortunados anhelos.

Al acabar la velada, la familia Alcázar despidió a todos los invitados salvo a Azucena y Marga que aceptaron gustosas pasar la noche junto a Violeta. Las tres amigas subieron a la habitación de la anfitriona entre risas y bromas.

—Mirad lo que tengo. —Azucena sacaba de debajo de sus ropas una botella de vino.

—¿La has robado? —Marga se encontraba entre la diversión que aquella situación le provocaba y su entereza y dignidad propias.

—En realidad lo estoy confesando en su presencia, de ser un robo creo que soy una pésima ladrona.

Las tres rieron hasta recibir un toque de atención por parte de Alberto que ya se marchaba a sus aposentos.

—Tengo que confesarte una cosa… —Comenzó a decir Azucena.

—¿Otra? —Se rio Violeta.

—Tu hermano es un hombre maravilloso, ¿lo sabías? —Azucena le dio un trago a la botella y se la pasó a Marga. Pidió a sus amigas que se acercaran a ella y en un susurro les dijo—. Nos hemos besado.

—¿Qué? —gritaron Marga y Violeta.

—Chssst… —Azucena se puso un dedo sobre los labios para que sus amigas bajaran la voz.

—Eres una vestal, Azu. No puedes besar a los hombres —dijo Violeta preocupada.

—Solo si me consagro al templo.

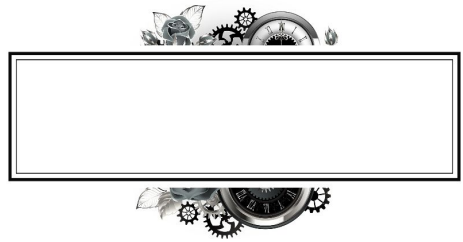
—¿No te vas a consagrar? —Marga formuló la pregunta que las dos

pensaban.

—No lo sé. —Azucena se echó sobre la cama de Violeta—. Estoy un poco mareada.

—Sí, será mejor que nos echemos a dormir —dijo Marga quitándose la casaca.

Las tres se echaron a dormir. La casa quedó en silencio, salvo por las pisadas mojadas que subieron por las escaleras.



Capítulo 14

María entró en la habitación de Violeta tras dar aviso con los tres suaves golpes estipulados. Pasó junto a las jóvenes dormidas con sumo cuidado y descorrió las cortinas para que la luz del nuevo día ingresara en la habitación.

Marga, la primera en despertar, se levantó mareada por la fiesta de la noche anterior.

—Buenos días, señorita Cabanilles.

—Buenos días, María —respondió Marga con los ojos entrecerrados que intentaban acostumbrarse a la claridad—. ¿Podría hacerme un favor?

—Lo que guste, señorita.

—Necesito un baño caliente antes de bajar, no quiero dar una imagen equivocada a los señores Alcázar.

—Por supuesto. Mandaré que preparen el baño para las tres, las acicalen y vistan como corresponde.

—Muchísimas gracias, María. Violeta no sabe la suerte que tiene al tenerte —sonrió—. Vaya —dijo para despedirla— Yo me encargo de despertarlas.

María se despidió agradecida y cerró la puerta al salir. Tanto Violeta como Azucena comenzaban ya a despertar entre estiramientos y bostezos.

—¿Cómo habéis pasado la noche, señoritas mías? —preguntó Marga divertida sentándose al borde de la cama.

—He tenido un sueño extraño —contestó Azucena aun dormida. De pronto sintió que el corazón se le aceleraba y miró a sus amigas asustada. Se levantó y corrió hacia la puerta para abrirla y mirar algo en el exterior, pero allí no había nada.

—¿Qué sucede? —preguntó Marga preocupada.

—Nada, ha debido ser solo una pesadilla.

—¿Qué pesadilla, Azu? —dijo ahora Violeta—. Tus pesadillas pueden ser peligrosas.

Marga observó a las dos amigas sin comprender.

—Soñé que venía, que subía las escaleras y …

—¿Azu?

—¡Tu hermano! —Azucena volvió a salir al pasillo y corrió hacia la estancia en la que se debería encontrar Alberto. Marga y Violeta la siguieron de cerca sin encontrar una explicación a los arrebatos de su amiga—. ¿Dónde es?

La vestal buscaba la puerta exacta. Miraba en todas direcciones hasta que al fin la vio, una huella mojada de pies descalzos se perdía en el umbral de la puerta de la habitación. Azucena la señaló. Violeta palideció al recordar lo que vio en la academia. Marga solo pudo especular casi con acierto lo que suponía aquella pisada humedecida.

La heredera de los Alcázar no dudó en abrir la puerta sin esperar los minutos de decoro que preceden a la entrada en los aposentos de un hombre, aunque de la familia se tratase.

Alberto se estaba vistiendo y solo llevaba puesto los calzones y pantalones dejando al descubierto su modelado torso. Miró sobresaltado a las tres muchachas que ingresaban en su habitación.

—¿Qué hacéis? —preguntó enfadado—. ¿No tienes otra cosa mejor que hacer, hermanita? ¿Qué tienes? ¿Ocho años?

—¿Estás bien? —Fue la única respuesta que obtuvo de Violeta.

Alberto comprendió que algo había sucedido y calmó sus ánimos mientras terminaba de abrocharse la camisa.

—Sí, supongo.

—¿No has notado nada raro en la noche? —preguntó Azucena temerosa por la respuesta.

—¿Una visita tal vez? —dijo Alberto divertido al creer que la expresión de la joven vestal era consecuencia de un episodio que jamás vivió.

—¿Qué visita? —Reiteró Violeta.

—Creo que eso deberías preguntárselo a tu amiga —respondió harto por el juego de las tres amigas—. Ahora, largo de aquí, tengo que vestirme y, por lo que veo, vosotras también.

Alberto las expulsó sin darles opción a réplica. En el pasillo, Violeta se dirigió a Azucena.

—¿Visitaste anoche a mi hermano? —La vestal negó con la cabeza —. Entonces, ¿quién lo hizo?

—Señoritas. —La doncella María las llamaba—. Tienen el baño ya preparado.

—Gracias, María —respondió Violeta—. Ahora vamos.

Los baños en la casa de los Alcázar eran un verdadero ritual de esencias y aceites. Cuatro bañeras se encontraban enfrentadas por

parejas y, en medio de cada pareja, una mesita se disponía para dejar sobre ella cuanto fuera necesario: libros, revistas e, incluso, herramientas.

Los Alcázar sentían el baño como un momento de relajación y paz con el que desconectar de cualquier problema que hubieran dejado justo al entrar por la puerta.

—Este lugar es maravilloso —dijo Azucena al observar los increíbles frescos con motivos marinos que decoraban las paredes.

Uno de ellos llamó especialmente la atención de la vestal. Uno en el que se representaba el lago y el templo de las vestales. En el agua, una serie de figuras humanas parecían flotar de espaldas a ellas y de cara al templo.

—¿Qué son?

—Ninfas del agua —respondió Marga que estaba en la bañera contigua a ella—. Dicen que en tiempos pasados existían unas hermosas criaturas que vivían bajo las aguas del lago. Las vestales eran las únicas que podían invocarlas para los juicios del agua, para sanar a un herido de gravedad o para llevarse con ellas el cuerpo sin vida de una vestal caída.

—¿Existen?

—¡No! Son solo cuentos, leyendas de la antigüedad. —Marga extrajo su mano mojada para coger la de Azucena que parecía, cuanto menos, impresionada por la imagen—. No debes preocuparte.

—Azu —llamó Violeta desde una de las bañeras enfrentadas—, debes contarnos qué soñaste, qué sucede. Es evidente que hay una gran conexión entre tu llegada a Edeta y las repentinas huellas.

—Es difícil.

—¡No lo es! —Violeta comenzaba a impacientarse con las esquivas de la vestal—. Hoy, sea lo que sea, ha visitado a mi hermano. ¿Y si lo han elegido a él para su próximo sacrificio?

—Violeta…

—¡No! —gimoteó—. No quiero que las revistas se llenen con la noticia de que mi hermano ha aparecido ahogado en las aguas del lago de las vestales.

—Muy bien, señoritas. Vamos a guardar la calma y me vais a contar, exactamente, qué está pasando. —Ordenó Marga con ese don tan particular para apaciguar a las masas.

—Cuando la vestal máxima me llamó aquella noche —comenzó a relatar Azucena—, fue para explicarme los verdaderos dones de las médiums.

—¿La noche del baile en la academia? —preguntó Marga.

—Así es. Las vestales negras no solo somos capaces de percibir las almas que todavía no han sido juzgadas, sino que podemos invocar la de los vivos.

—¿Cómo? —dijo Violeta sorprendida.

—Por favor, no digáis nada o sabrá que he sido yo.

—¿Quién lo sabrá?

—Ellas. —Azucena señaló al fresco de la pared.

—¿Las ninfas? —Marga estaba confusa.

—No son ninfas —susurró Azucena—. Ahora lo sé.

Las tres chicas observaron con atención el fresco una vez más. En el templo, justo en el centro del atrio que antecedía a la cella una mujer vestida con la tradicional túnica vestal parecía dirigirse a las mujeres del lago. En su hombro izquierdo una piedra oscura insertada en un broche parecía identificar a la vestal como médium.

Tan solo quedaban un par de días para que las clases se retomaran en la academia, pero no todas volverían. Marga tendría que enfrentarse en unos días a varias semanas de instrucción militar junto con el resto de la leva.

—Señorita Cabanilles, su padre la espera en el despacho. —El mayordomo del gobernador recibía a Marga tras la noche pasada en casa de los Alcázar—. Mandaré que recojan su equipaje.

—Muchas gracias, Tenorio.

Sin dilación, Marga recorrió los largos pasillos del castillo hasta llegar a la antesala del despacho de su padre. Estuvo a punto de llamar a su puerta, pero escuchó voces al otro lado y consideró que debía esperar y no interrumpir cualquiera que fuera la reunión emprendida.

No pasaron ni diez minutos cuando la puerta se abrió y de ella salió un joven imperial que la observó sin decoro alguno. Marga se levantó y mantuvo la mirada al frente, fría, altiva. Nunca permitía que ningún imperial o afrancesado viera en ella temor o melancolía. Y, si debía luchar, jamás mostraría cobardía.

Tras el soldado de la Guardia Imperial salió el embajador francés quien sí saludó a Marga con educación y respeto. Lo que ella devolvió con sumo gusto.

Se asomó al fin al despacho y encontró a su padre en el bar escondido en el aparador. Junto a él se encontraban el señor Alcázar y un hombre que no había visto antes. Dio unos golpes en la puerta para anunciar que ya se encontraba en casa y que había acudido a la llamada de su padre.

El gobernador se giró y sonrió al verla.

—Mi querida hija, pasa. Pasa. ¿Quieres tomar algo?

—No. Gracias, padre. —Marga entró en el despacho y saludó al

señor Alcázar.

—Margarita, déjame que te presente al señor Dupoy. —El gobernador se acercó a su hija para presentarle al misterioso hombre que los acompañaba—. Él es un inversor que quiere trabajar con el señor Alcázar.

—*Mademoiselle* —El señor Dupoy se inclinó para besar la mano que Marga no tuvo más remedio que ofrecerle—. Es un honor conocer a la protagonista de tantas historias contadas por su padre.

Marga no pudo evitar alternar la mirada entre los tres hombres que tenía enfrente. No entendía que hacía su padre y el señor Alcázar aliándose comercialmente con un inversor francés. El gobernador debió leer la mente de su hija e invitó a todos a sentarse en el pequeño salón anejo a su despacho.

—El señor Dupoy pertenece a una familia de estirpe francesa que ya, antes de la invasión, vivía en el reino de Valencia. —Marga notó el énfasis que hizo su padre en esa frase. Sabía que quería que ella comprendiera que no era afrancesado ni imperial—. Trae consigo un invento que revolucionará el taller que nuestro querido amigo, el señor Alcázar, tiene en Valencia.

—Así es. El señor Dupoy ha tenido a bien considerar las hilaturas textiles de mi propiedad para introducir su máquina. —El señor Alcázar bebió de su vaso—. Por cierto, ¿cómo habéis pasado la noche? Debo decir a vuestro favor que no escuché una voz más alta que la otra. Quizá unos pasos a deshora por el pasillo, pero fueron bastante sigilosas.

—Oh, no. Nosotras no tardamos en dormirnos y no salimos en toda la noche de la habitación —dijo Marga. Se le erizaron los vellos de los brazos al suponer que esos pasos de los que hablaba el señor Alcázar fueran los mismo que dejaron sus huellas en la habitación de Alberto —. Pero no hablemos de nosotras. Por favor, tengo interés en conocer los pormenores de esa alianza comercial de la que me hablaban.

—Verá. —El francés participaba por fin en la conversación—. Se trata de introducir en la fábrica una caldera de vapor capaz de producir fuerza con la que mover todos los telares y devanadoras. —Marga asintió atenta a cuanto el señor Dupoy le comentaba—. La fábrica usará las aguas de la acequia de regadío, la caldera, alimentada con madera y carbón, la calentará, creará vapor y éste presionará los engranajes que pondrán en marcha la maquinaria textil.

—Además, podremos, al mismo tiempo, hervir los capullos del gusano de seda. —Destacó el señor Alcázar con cierto orgullo.

—Parece una gran oportunidad, pero, con todo el respeto, padre, ¿qué obro yo aquí?

—Querida niña, tu serás nuestro enlace con el norte.

Los tres hombres la miraron en busca de algún atisbo que les

informara de su parecer, pero Marga permanecía hierática. Seguía sin comprender las razones que habían llevado a su padre a tomar semejante determinación.

—Verás, tanto el señor Alcázar como el señor Dupoy financian con grandes cantidades el movimiento rebelde, pero nuestros aliados en el norte han perdido el contacto que les proporcionaba tales subvenciones.

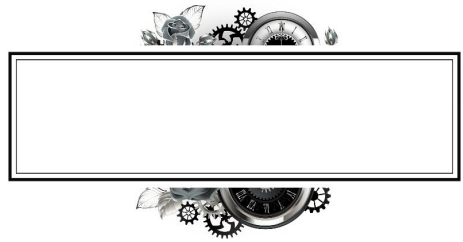
—¿Y quiere que yo ocupe su lugar?

—No estarás sola, Marga. Gabriel, Alfonso y Alberto estarán contigo. Tu papel como pacificadora hará que pocos puedan sospechar sobre tus actividades clandestinas. Pasarás inadvertida, si así lo deseas.

—Eso es. Usaremos el oro francés para combatir al francés, no hay mayor karma —declaró el señor Alcázar.

—No te preocupes, durante la instrucción recibiréis toda la información. —Intentó tranquilizarla el gobernador—. Jamás mandaría a mi hija a una muerte segura.

Marga asintió y los hombres terminaron sus copas.



Capítulo 15

Violeta trató de vivir el resto de la semana entre libros, cartas y revistas repletas de sensacionalismos, política o sociedad. Pocas veces retomaba la lectura de los artículos publicados en las gacetas que guardaba en su habitación, parecía que ya no tenían más luz que ofrecerle y eso hizo que se hastiara de leer y releer siempre las mismas líneas.

Los paseos por el jardín y los balanceos en el columpio bajo el gran árbol le ayudaban a desconectar. Escuchaba a su hermano trastear en el taller y se entristecía al pensar que en unos días él ya no estaría.

Aquella mañana convenció a su madre para que la dejara viajar antes a la academia, no soportaba seguir hundida en el pozo que ella misma se había cavado. Necesitaba escapar, aunque fuera a su habitación en la residencia.

—Por favor, no te vayas hasta que yo haya regresado. —Le pidió a su hermano.

—Lo prometo.

Violeta subió al vehículo que la devolvería a la academia, como un recuerdo cruel del primer día en el que las clases comenzaron. De pronto se acordó, metió sus manos en los bolsillos buscándola, pero no estaba. Bajó del coche sin previo aviso y corrió hasta el interior de su habitación ante la expectación de todos los que allí estaban. Miró en la ventana y allí estaba, justo donde la había dejado, su mariposa.

Al llegar a la academia se dirigió directa a la residencia. Por alguna razón esperaba encontrar una nota clavada en la puerta, pero no fue así.

Allí no había nada.

Entró en la habitación desilusionada, empujó la puerta para que se cerrara, pero el sonido de la madera al trancar nunca llegó. Se acercó a empujarla. Le resultó imposible y buscó la razón hasta que, al mirar

hacia abajo en busca de la causa descubrió la punta de una bota que le resultaba familiar. Sonrió y abrió. Frente a ella estaba Alfonso que traía consigo una botella de cava y un par de copas.

—He pensado que podíamos brindar por el nuevo año, ya que no pudimos hacerlo en su momento.

—Has pensado bien —afirmó Violeta divertida—. Pasa, iba a echar un último vistazo a unos artículos.

—Pues echemos ese último vistazo juntos.

Alfonso entró en la habitación sin siquiera comprobar que hubiera alguien en el pasillo. Craso error.

Violeta dispuso sobre la mesa todo cuanto tenía.

—Quería hablar contigo sobre algo que he estado investigando éstos últimos días.

—¿Son gacetas?

—Sí —respondió titubeante—. Las salvé del fuego y llamaron mi atención —mintió.

Alfonso pareció creerla, aunque no prestaba demasiada atención. Descorchó la botella y sirvió el espumoso en las dos copas. Le entregó una a Violeta y brindaron por el nuevo año.

Violeta dejó su copa sobre la mesa y un beso la cogió desprevenida. No era como los otros besos que de él había recibido. Éste seguía siendo dulce, pero, a la vez, era ardiente, como si deseara devorarla y ella sintió que quería ser devorada.

Creían estar solos en toda la residencia, las alumnas todavía no deberían recorrer sus pasillos y el profesorado se encontraba en otras instalaciones.

El calor que de sus cuerpos se desprendía solo podía sofocarse quitándose la ropa y dejándose llevar por el deseo.

Sentimientos encontrados bullían en el interior de Violeta. Por un lado, se sentía enamorada, dichosa y feliz, pero, por otro lado, lo sucedido en la noche anterior jamás debió ocurrir.

Mantener la distancia se complicaba en la academia. Las miradas furtivas, los roces involuntarios, susurros…

Se mantenían distantes, sí, pero raro era el día que no se les viera en la biblioteca o sentados en algún banco con pretextos relacionados con la gaceta. Solo cuando estaba a su lado, Violeta sentía que los temores desaparecían.

En unos días Alfonso se marcharía al centro de instrucción y adiestramiento, pero, a diferencia de Marga, Alberto y Gabriel, Alfonso lo haría como oficial al mando. Esa marcha provocaba la

difícil decisión de no verse o verse cada día hasta que él marchara.

—Violeta. —Azucena se le acercó por detrás—. Sabía que te encontraría en la biblioteca. Por cierto, ¿dónde está el profesor?

—Aun no ha llegado. Supongo que estará preparando el petate para incorporarse al CIR.

—Supongo que es mejor así. —La vestal echó un vistazo a la sala para comprobar si alguien les prestaba atención, pero solo había un par de corrillos de alumnas que trabajaban o estudiaban en compañía. Se sentó frente a Violeta y extrajo una nota que guardaba bajo las ropas—. Toma, creo que el profesor y tu tenéis un problema.

—¿Por qué? —Violeta cogió el papel y lo desdobló para leer lo que en él había escrito.

—Cuando he llegado a la habitación, alguien había metido esa nota por debajo de la puerta.

—Alguien nos vio anoche.

—Alguien os vio anoche, sí.

—¿Qué hago? Si alguien se entera de lo sucedido será mi ruina y su perdición.

—Salvo que os comprometáis antes.

—No puedo pedirle que se case conmigo, no quiero que mi matrimonio sea la respuesta a un rumor infundado.

—Hombre… Infundado, lo que se dice infundado no es. ¿O me equivoco? —Violeta no respondió—. Creo que por ahí viene la solución a tus problemas. Habla con él. Cuéntaselo todo.

La vestal negra se levantó y le pegó un suave apretón en el hombro con intención reconfortante. Saludó en silencio al profesor y se marchó.

—Estás muy seria. —El profesor se sentó en el lugar donde antes había estado Azucena—. ¿Qué sucede?

Violeta le informó de todo cuanto la vestal le había contado. Le entregó la nota para que él mismo la leyera y la destruyera en ese mismo instante rompiéndola en cientos de pedacitos pequeños.

—¿Quién ha podido ser?

—No lo sé —respondió Violeta afligida—, pero puede que haya una solución si tú y yo…

—No. —La rotundidad de su respuesta hizo que los ojos de Violeta se humedecieran—. Lo siento, pero esa no puede ser la solución.

Se levantó sin dar justificación alguna y se marchó. La joven se quedó en la biblioteca, en silencio, con las lágrimas amenazantes y el corazón desbordado.

“Y, ahora… ¿qué?”, pensó.

Confundida salió de la biblioteca, incluso se marchó de la academia. Necesitaba escapar de una realidad que le golpeaba con fuerza. Quería estar sola, evitar cualquier mirada o conversación que la juzgara. Salió

con el uniforme puesto, pero no le importaba. Regresar en aquel momento a la residencia sería atormentarse sin necesidad. Solo quería pasear, aclarar su mente y buscar una solución que no la hiriera aun más.

El cielo estaba ennegrecido, mucho más que en su Edeta natal. La industria de Valencia, los motores que conseguían movilizar la ciudad y el vapor de los navíos dirigibles del puerto, habían conseguido ensombrecer la urbe. Echaba de menos el azul del cielo, el color en las flores, el piar de los pájaros y hasta el sonido del agua al correr por el riachuelo.

Solo andaba y andaba. Pensaba en como solventar aquél contratiempo del modo más adecuado y discreto.

Unas gotas cayeron del cielo. No solo de vapor y humo estaba cubierta la ciudad, sino que también daba lugar a una tormenta.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía sola. Tenía miedo. No sabía a quién recurrir. Notó como sus ojos se cubrían de lágrimas una vez más y le fue imposible disimular su pesar. Yo quería abrazarla y decirle que seguía allí, pero nada podía yo hacer salvo observar.

Su andar le llevó hasta un parque cercano y buscó un árbol en el que resguardarse de la lluvia que comenzaba ya a caer con brusquedad. Por suerte, las gotas que caían del cielo disimulaban las suyas.

Observó a las gentes que pasaban con paso ligero para protegerse de la lluvia. Algunos habían sido previsores y se resguardaban bajo los paraguas. Eso sí, todos parecían saber el lugar al que sus pasos los llevaban. Sabían su destino. Violeta les envidiaba.

La lluvia cada vez caía con mayor fuerza, pero ella era incapaz de regresar a la residencia. Quizás debería buscar el apoyo de su familia, pero el disgusto que provocaría la echaba de nuevo hacia atrás.

"*¿Por qué es tan cara la virtud de una dama?*", se preguntó, pero nadie le dio la respuesta.

Pensó en hablar con Alberto, pero desechó la idea al momento. Si su hermano se enteraba de que ella había perdido su valor, iría de inmediato a buscar al profesor y solo los dioses saben qué podría suceder. Por supuesto, tal escándalo saldría a la luz con la familia Alcázar como protagonista. Le provocaría un terrible disgusto a su madre y, por supuesto, el señor Alcázar haría cuanto fuera necesario para casarla antes de que aquello estallase sin solución.

Las campanas de la iglesia que se encontraba justo al otro lado del parque sonaron. Ocho tonos dieron la pista a Violeta para regresar a tiempo a la academia.

La lluvia cesaba paulatina, como si el cielo hubiera llorado con Violeta y, después, calmara su ánimo.

Llegó a tiempo, el reloj de la torre marcaba dos minutos para el

cierre de la entrada principal y el inicio de la cena. Se dirigió con paso firme hacia el comedor. Seguía empapada por la lluvia. Sentía las miradas del resto de alumnas sobre ella, pero no respondió a ninguna.

Buscó un lugar en el que sentarse alejada de cualquiera que pudiera darle conversación. En una de esas mesas que nunca suele tener comensales más allá de alguna alumna despistada. Sabía que Alfonso la observaba, pero no se dignó a compartir ni una sola mirada.

La camarera le sirvió el primer plato. Era sopa caliente.

—¿Dónde estabas? —Azucena se sentó a su lado preocupada—. Te he buscado por todas partes.

—Podrías haberme encontrado si de verdad hubieras querido.

—¿En serio? ¿De verdad quieres que lo use contigo?

—No. Lo siento. —Violeta seguía con los ojos rojos por el llanto, mustia, sin ganas ni siquiera de comer—. Me fui a dar una vuelta. Necesitaba salir de este lugar.

—Ese malnacido ha dicho que no, ¿verdad? —La vestal miró al profesor. Sus ojos emitían la ira que sentía y Alfonso temió haber cometido un grave error. Azucena volvió su atención hacia su amiga —. No te preocupes. Me quedaré aquí contigo. En silencio.

La vestal solicitó que le sirvieran también a ella. Las camareras iban y venían con platos de todas las mesas con rapidez y gran sincronización. Los rieles que recorrían todo el suelo conseguían que sus caminos nunca se cruzaran.

Las dos amigas cenaron sin mediar palabra mientras que en el resto del comedor las conversaciones se escuchaban a cientos. Violeta no levantó la mirada del plato en ningún momento, no soportaba el hecho de que alguien la observara a sabiendas de que le podía arruinar su futuro.

—Creo que esta noche eres el plato principal —susurró Azucena—. Siento informarte que en todas las mesas descubro miradas mal disimuladas. —Violeta seguía sin hablar—. Desde luego, amiga mía, si tu intención era no llamar la atención esta noche, debo informarte de que lo has hecho fatal. Entre tu desaliñado aspecto y el haberte sentado en la mesa más apartada de todas, el misterio está servido. ¡Se lo has puesto en bandeja!

—No me importa.

—Pues debería. Tu no has hecho nada que él no haya hecho y no debes culparte, ni tu ni nadie, por nada. —Violeta la miró—. Hemos adelantado tanto para ellos y, ¿nosotras cuándo? No has hecho nada, Violeta, y cuando antes lo tengas claro, antes podrás clavar tu mirada en quien te dé la gana.

Violeta asintió.

—Tienes razón. Me van a hundir, pero con la cabeza alta.

—Creo que lo has entendido a la mitad…

Las dos amigas rieron. La última mesa se animó y la conversación comenzó a fluir de nuevo. Si debía suceder, que sucediera, pero no cambiaría quién era ella.

Marga miraba por la ventana cuando un emisario francés cruzaba la verja que protegía el castillo. Vestía con el uniforme propio de la Guardia Imperial. De ellos se decía que eran la élite del ejército de Napoleón, curtidos en mil batallas. Heridos, pero nunca caídos.

Cogió el catalejo que tenía preparado para guardarlo junto al resto de equipo que llevaría en el petate, desplegó los cuatro cuerpos que lo componían y miró a través de él. Por las divisas que decoraban el uniforme del recién llegado, debía tratarse de un viejo comandante ya licenciado que ahora dedicaba su tiempo y esfuerzo a servir como diplomático y representante castrense.

Recogió el catalejo de cobre y madera, lo guardó en su funda y se dispuso a bajar a recibir lo que ya sabía que aquél emisario traía.

—*Bonjour mademoiselle Cabanilles.*

El oficial francés había sido acompañado hasta el pequeño salón que precedía al despacho del gobernador. Allí habían dispuesto café, zumo, fruta y pastas.

—*Bonjour moiseur* —saludó Marga con una leve reverencia y con un gesto invitó al oficial a sentarse. Sirvió ella misma dos tazas de café con un toque de leche y le entregó una al emisario—. *Mon père vous verra bientôt.*

—Gracias —contestó el oficial.

—¿Habla usted español?

—Un poco —sonrió—. Le he traído este presente en nombre de mi nuevo escuadrón. —Le tendió una cajita de madera con el cierre como único adorno—. Espero que le guste.

Marga lo abrió y descubrió en su interior un cuidado reloj de bolsillo con un ala de murciélago grabada en él.

—Es nuestro emblema. —Le indicó—. Confíe solo en el emblema.

La joven lo miró sin comprender, pero lo guardó y agradeció el gesto.

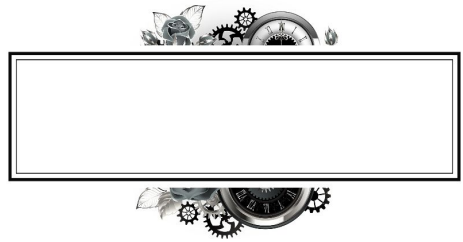
—Comandante, siento la espera. —El gobernador entraba en aquel momento—. Veo que ha estado bien atendido en mi ausencia.

—*Moiseur Cabanilles,* es todo un honor ser recibido en su casa. —El oficial se levantó por respeto y esperó a que el gobernador tomara asiento—. Espero que no haya inconveniente en que le haya entregado en su ausencia un presente a su hija.

—En absoluto. —El gobernador miró a su hija—. Hija mía, el

orgullo que siento ahora mismo se mezcla con la tristeza de una amarga despedida. Por ello, quería hablar contigo en presencia de nuestro amigo para comunicarte que ya se ha establecido la fecha de tu partida y, por consiguiente, la de tu enlace.

Marga no supo qué contestar. Cómo podían dos noticias ser las causantes de su mayor alegría y peor desdicha.



Capítulo 16

Azucena había recibido la llamada de Coelia Concordia, o como todo el mundo la conocía: la vestal máxima. La más influyente de las vestales acordaba ir cada semana en el día en que la diosa vestal le había encomendado. Tenía, eso sí, un lugar sagrado en el que reunirse con las jóvenes vestales que preparaban su futuro en la academia.

Solía escuchar, en secreto de confesión, los temores, alegrías y pudores de las muchachas. Después, en una piscina colmada de agua traída del lago vestal, hacía que las jóvenes se bañaran y purificaran si así consideraba oportuno.

—Vestales, hijas de la diosa vestal y mías por extensión, agradezco que hayáis acudido una semana más a mi llamada. —La vestal máxima se encontraba sentada en una humilde silla de madera y sobre una modesta tribuna. Desde esa altura podía observar a todas y cada una de las jóvenes vestales que, como se les había inculcado, se sentaba en el suelo sobre un cojín blanco—. Pronto veremos a compañeras patricias partir a la guerra y nosotras deberemos velar por ellas. Nuestras oraciones, nuestro culto las protegerá. Y, aquellas vestales que también partiréis, no temáis pues nosotras estaremos a vuestro lado. Ahora, encendamos las llamas de nuestros cirios y oremos.

Las vestales se levantaron. En orden fueron cogiendo un cirio de color naranja para, después, encender su mecha con el fuego eterno que las vestales del cuadro de profesores se encargaban de mantener. Por último, se acercaban hasta un altar donde rezar una plegaria y dejar la vela hasta que se consumiera.

Cuando todas hubieron terminado su rezo y regresado al cojín en el suelo, Coelia continuó con una nueva historia. Así era en cada jornada que las jóvenes vestales se reunían con ella. Contaba historias de vestales legendarias, desde Rhea Silvia que fue madre de los

fundadores de Roma hasta Virginia Claudia que puso a salvo la estatua de Cibeles cuando su navío quedó encallada en la desembocadura de un río.

Tampoco faltaban las que habían sufrido crueles castigos por los más diversos incumplimientos, o por infligir los votos. Incluso hubo quien fue sepultada en vida por acusaciones de otros. Tal era la historia que correspondía a aquella reunión.

—Sabed que la consagración al templo no es una simple pérdida de libertad como pretenden hacer creer algunos. Las vestales sacerdotisas gozamos de un gran poder, somos dueñas y señoras de nuestra vida, de nuestro cuerpo y de nuestros deseos. —La vestal máxima hizo una breve pausa y comprobó que las chicas prestaban atención—. La castidad no es un voto de castigo, sino una prueba que solo las más fuertes son capaces de superar. Sé que la edad no perdona y la vuestra es aquella que en la que la sangre hierve y el corazón palpita incesante.

Muchas de las presentes se sonrojaron. Azucena sonrió al creerlas enamoradas y lo difícil que sería para la gran Coelia que aquel grupo se consagrara.

—Hace tan solo dieciocho años se celebró el último juicio del agua. ¿Sabe alguna de vosotros qué es?

Una de las chicas de último año alzó el brazo.

—Se trata de un proceso por el cual se determina si alguien es inocente o culpable. En los juicios del agua, la persona a la que han acusado de realizar un acto contra la ley es lanzada al agua con una losa atada a sus pies. Si se hunde, entonces es inocente, pero pocas veces sobreviven.

—Efectivamente —confirmó Coelia Concordia, la vestal máxima—. Como comentaba, hace dieciocho años tuve el honor de conocer a una joven que prometía un gran futuro y que, de no ser castigada, hubiera sido mi afortunada sucesora. Se trataba de Rosa Nigrino y heredera de los duques de Edeta. Era una vestal negra. —Cerró los ojos, inspiró y se llevó ambas manos al corazón como si de verdad le doliera lo que iba a describir—. Fue como una hija para mí. Le enseñé todo cuanto conocía y llegó el día de su consagración. Estaba radiante. Única. Iba a ser ella, los dioses me lo confirmaron, pero ocurrió una terrible tragedia.

»Pasado un año se confirmaron los rumores que protagonizaba. Se decía que se veía con un joven comerciante de la urbe. Que en las noches, el joven se escabullía entre los árboles y ella salía a su encuentro con la única compañía de la luna. —Con los gestos de sus manos y el tono de su voz, conseguía enfatizar la historia, le daba vida y las jóvenes vestales atendían a cada palabra—. El tiempo y la naturaleza obraron y Rosa dejó de sangrar con la marea. Sí, señoritas,

la joven vestal estaba encinta. —Una serie de susurros se escucharon por toda la sala—. Había quebrado el mayor de los votos jurados ante el fuego, ante los dioses, sobre las aguas.

»Cuando el fenómeno de la naturaleza dio su fruto en el primer día de vestalias, la joven fue castigada dos veces. La primera al saberse madre de un bebé nacido muerto y, la segunda, conocer las consecuencias de su falta confesa.

»Tan solo dos lunas después, la joven Rosa fue sometida al último juicio del agua. Los dioses la creyeron inocente, pero su alma se liberó antes de que su cuerpo se rescatara.

El silencio, al terminar aquella terrible historia, fue sepulcral. Azucena sintió que aquella historia no se la contaban más que a ella. Que el juicio bien podría ser un aviso y quiso conocer más sobre lo acontecido en las vestalias de hacía dieciocho años.

La vestal máxima se levantó y todas siguieron sus pasos. Se acercó hasta la puerta para que las jóvenes vestales besaran su mano antes de salir.

—Querida, por favor, espera a que todas tus compañeras salgan, pues me gustaría concederte un obsequio sin igual.

Azucena asintió y retrocedió hasta el final de la cola y esperó a que la vestal máxima le hablara.

—Acompáñame, querida.

La joven vestal la siguió hasta llegar a una pequeña puerta por la que jamás les habían dejado pasar. Entró Coelia en primer lugar y alentó a Azucena a seguirla. Se trataba de una pequeña estancia con tan solo un lecho, un armario y una gran estantería repleta de antiguos libros de cuero.

Coelia buscó entre los volúmenes de uno de los estantes hasta encontrar aquello que buscaba. Se trataba de un libro de oscura piel con un grabado desconocido en la cubierta.

—Toma. —La vestal máxima le entregó el libro a Azucena que lo aceptó en silencio—. En él encontrarás toda nuestra historia. Espero que de él aprendas tus orígenes y las razones por las que debes consagrarte al templo y, quizás, tu compañera descubra cuanto necesita encontrar. —Sus miradas se cruzaron. La vestal máxima con ojos sagaces, la joven médium desconcertada ante la intuición tan clarividente de Coelia—. Puedes marcharte.

Azucena asintió. Besó el dorso de la mano de la vestal máxima y salió con el libro entre sus brazos. Necesitaba hablar con Violeta cuanto antes.

—Espero, señoritas, que cumplan y terminen el programa a pesar de mi ausencia. —Alfonso Flavio recogía sus apuntes, libros y enseres de clase guardándolos en su maletín—. Sé que les espera un gran futuro y espero regresar el próximo año para verlo. —Miró a sus alumnas de primer año y, por un momento, deseó que fueran las compañeras de Violeta—. Pueden retirarse.

El sonido de las sillas al moverse y el barullo de sus voces inundó el aula hasta que, al fin, salieron por la puerta. Alfonso borraba lo escrito en la pizarra cuando doña Urraca entró en la clase.

—Alfonso, tenemos que hablar.

Su voz era firme. Auguraba serias noticias. Alfonso dejó el borrador sobre la estrecha repisa, se espolsó las manos y se giró hacia la recién llegada.

—Buenas tardes, directora. ¿Qué le trae por los suburbios de su academia?

—Sobrino, déjate de bromas y explícame esto. —Doña Urraca le lanzó un panfleto sobre la mesa—. Está por todas partes y no dice nada bueno.

—Creía que la gaceta estaba cerrada tras el incendio.

—Esto no es la gaceta de la academia, es un insulto al periodismo.

Alfonso cogió el panfleto. Quien fuera que lo hubiera escrito lo había llamado "La dama del lago", sin firma, ni identidad. El cabecero era sencillo, no tenía las florituras de las revistas típicas del momento, ni tampoco se dirigía a un público concreto.

Muchos son los periódicos de diversas índoles que hoy brillan, pasan y mueren sin dejar una sola huella de su vida efímera y transitoria.

Granos de polvo, irradiados algunos instantes por el sol de la novedad, que aparecen como estrellas fugaces y caen instantáneamente para volver a confundirse con el polvo que cualquiera puede borrar con sus huellas.

El secreto de su existencia fugaz es, a mi parecer, porque no se hallan en armonía con la época que cruzamos.

En esta época, en que tantas y tan grandes cosas ha llevado a cabo el hombre. En esta época en que se agitan mil ideas grandes y sublimes, mil luminosas ideas que tiene por móvil regenerar moral y físicamente nuestro ideal. En esta época en que nuestra tierra se ha convertido en campo de batalla, se disputan encarecidamente su imperio afrancesados y rebeldes.

Es, en esta época, que se pide a los jóvenes el decoro que es valor fundamental para una sociedad que crece. Sin embargo, siento ser quien porte semejantes noticias. Acontecimientos que ponen de manifiesto la falta de algunos jóvenes que traspasan la amplia línea de la moral.

Herederas que consideran los valores que cimientan nuestra reino un mero bache que pueden sortear impunes.

Si, lectores, esta es la razón de esta publicación: informar. De pocos es sabido que cierto profesor, oficial y caballero, ha mantenido relaciones con una de las herederas de la industria de la seda. Quién es quién lo dejo a vuestra especulación, pero sé que quienes lean estas líneas sabrán de inmediato la identidad de estas almas condenadas.

Atentamente,

Quien suscribe.-

Alfonso miró de nuevo a la directora, tan pálido como cabía esperar. Sin voz. Sin aliento.

—No hay que ser un lince, querido sobrino, para saber que una de esas almas condenadas eres tú —sentenció enfadada—. ¿O estoy equivocada?

—Necesito hablar con…

No terminó la frase, temía que si nombraba a Violeta la sentenciaba sin opciones y necesitaba que tuviera una salida digna.

—Quiero que hoy mismo prepares el petate y te marches. Ya has hecho bastante y, si de verdad quieres a esa chica, te olvidarás de ella y dejarás que tenga una oportunidad con otro hombre.

Alfonso asintió. Era muy posible que su tía tuviera razón y Violeta estuviera mucho mejor sin él, aunque su corazón le dictaba lo contrario.

—Tu también tendrás una nueva oportunidad, sobrino.

Por primera vez, después de mucho tiempo, sintió que doña Urraca Flavia, directora de la academia Valentia y miembro del Consejo, se compadecía de él.

Marga sentía que sus fuerzas se desvanecían. Todo su cuerpo temblaba ante la idea de casarse con Gabriel. No era temor, sino todo lo contrario. Deseaba unir su futuro al de su prometido, que sus familias fueran una y, si la guerra se lo arrebataba, en los campos elíseos tendrían que abrirles las puertas a ambos.

—Va a ser una novia preciosa. —La modista se había trasladado hasta el castillo de los Cabanilles para tomar medidas a la futura esposa—. ¿Tenían pensado algún tema en particular para los bordados?

—Flores —contestó la madre—. Quiero margaritas de mil colores para los adornos florales que decoraran cada rincón de este viejo castillo. Y, por supuesto, me gustaría que también las luciera en el vestido.

—Me gustaría, si no es inconveniente, encargarle un pequeño detalle. —Intervino Marga—. Bueno, en realidad, serían cinco detalles.

—Por supuesto, señorita Marga. Lo que necesite —dijo la modista.

—Tenemos que hablar de las invitaciones, querida. —La madre de Margarita estaba más nerviosa que su propia hija, quizás también porque aquella boda suponía, entre otros, un baile de despedida—. He pensado que un toque dorado iría estupendamente y…

La voz se le entrecortó, sintió un nudo en la garganta y sus ojos se humedecieron. Como toda madre intentó disimular su disgusto, pero

fue en vano.

—Madre. —Marga se giró hacia ella y bajó del tablón que la modista había dispuesto para tomar medidas—. Mamá, —dijo esta vez agarrándole las manos y obligándola a que le mirase—, no tengas pesar. Va a ser un gran día y, cuando marchemos al norte, regresaremos victoriosos.

—Que los dioses te oigan, Margarita —suspiró—. Que los dioses te oigan.

—Ya verás como sí —sonrió Marga—. Y, dime, ¿cómo son esas invitaciones que tenías en mente?

Marga subió de nuevo al tablón y dejó que la modista continuara con sus medidas y apuntes. Y, su madre, se recompuso al poder dirigir sus pensamientos hacia una de las tareas más importantes de un evento de semejantes características.

Violeta se encontraba en la habitación de la residencia cuando escuchó el sonido intermitente de unos pasos metálicos. Llamaron a su puerta. Abrió. Se trataba de uno de los sirvientes que había luchado contra los franceses y había perdido una de sus piernas. Por suerte, acababan de encontrar una solución maravillosa para aquellos combatientes mutilados. Su pierna ahora de acero y podía caminar, correr y saltar como si nunca la hubiera perdido.

—Le traigo una carta para la señorita Espinosa.

—Gracias.

Cerró la puerta en cuanto el sirviente ciborgizado desapareció por el pasillo. Dejó la misiva sobre la mesa y se dirigió a su cama donde había dejado los diversos artículos de la gaceta robados. Estaba tan inmersa en la búsqueda de alguna pista que la ayudara a comprender qué significaban las muertes en el lago, las huellas que aparecían de la nada y qué relación guardaba todo aquello con su compañera de habitación, que no supo que Azucena había llegado hasta que escuchó la puerta cerrarse tras ella.

—¡Violeta! —La vestal corrió a sentarse junto a su amiga y dejó el libro frente a ella—. Me lo ha dado Coelia Concordia ahora mismo —dijo antes de que Violeta llegara a preguntar—. Dice que en él encontrarás respuestas.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí. No sé qué habrá visto, sentido o escuchado, pero sé que se refería a ti.

Violeta enarcó una ceja y miró, después, el libro que su amiga había dejado sobre su cama, encima de los artículos que trataba de estudiar.

Lo cogió y lo abrió con sumo cuidado. Todo estaba en latín y en cada página una serie de miniaturas conseguían dar algo de luz a lo allí expuesto.

—También nos habló de la última vestal juzgada en el lago y tengo una extraña sensación.

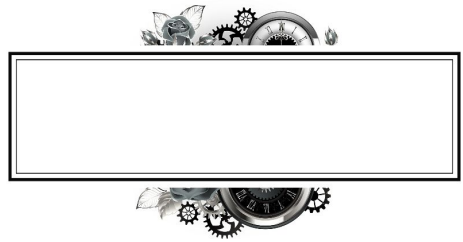
—¿Por qué?

—Dice que fue hace casi dieciocho años, en las vestalias, cuando fue juzgada por quebrantar el voto de castidad —susurró como si temiera que alguien las escuchara—. Que era una Nigrino.

—No puede ser.

—¿Cuándo comenzaron las muertes de hombres en el lago?

Violeta abrió los ojos tanto como pudo y miró a la vestal. ¿Qué querría decir con todo aquello? ¿Qué el espíritu de una vestal negra no tenía nada mejor que hacer que matar hombres inocentes? No lo cuestionó en voz alta, pero cerró el libro de las vestales y se dispuso a buscar algún dato entre los artículos esparcidos por la cama.



Capítulo 17

Mi muy estimada Azucena,

No veo otra oportunidad para hablarte que esta a través de las letras escritas en una misiva que espero consiga trasladarte todo cuanto siento.

Debes saber que mi afecto hacia ti es sincero y mis intenciones honestas. Me atrevo a escribirte esta carta porque tu misma me lo pediste si volvía a sentir que alguien me reclamaba en la noche. Si despertaba con el suelo cubierto de huellas mojadas. Si descubría unos ojos que en la oscuridad me observaban.

Siendo éstas las premisas para recibir de mi puño y letra una misiva, es evidente que así ha sucedido. Que en mis sueños eran tus ojos los que veía, tu voz la escuchaba y tus manos las que sentía. Sin embargo, al despertar, la habitación estaba vacía y, en la mañana, las manchas de agua prevalecían.

Dime, entonces, mi muy estimada Azucena, ¿qué es aquello que me persigue? ¿Por qué tu corazón es el que lo dirige?

Esperaré paciente tu respuesta y, si ésta no llegara, debo reiterar mi afecto e intenciones.

Siempre tuyo,

Alberto de Alcázar.

Violeta le devolvió la carta a la vestal y se sentó, de nuevo, en su cama. Si su hermano seguía recibiendo esas visitas, ¿cómo es que seguía vivo?

—¿Crees que las otras víctimas recibieron visitas antes de fallecer en el lago? —Elucubró en voz alta Violeta— ¿Cuánto tiempo estuvieron recibiendo la visita misteriosa?

—No lo sé.

—Necesito conocer las fechas en las que murieron ahogados todos

los hombres. —Violeta se dispuso a revisar todos y cada uno de los artículos que daban la noticia de los diversos ahogamientos—. Toma, tu revisa estos —dijo entregándole a Azucena un buen fajo de papeles.

El día daría paso a la noche en breve y tanto Violeta como Azucena habían conseguido apartar un gran número de artículos relacionados. La vestal se levantó para encender el quinqué y giró la tuerca para que la llama aumentara cuanto pudiera.

Violeta, a su vez, buscó entre sus enseres su diario y la pluma que la vestal le regalara. Se sentó junto a su compañera en la mesa.

—Veamos, ¿en qué fecha fueron encontrados?

—A ver, Francisco Solis fue hallado muerto en el lago de las vestales el ocho de junio.

—¿Dicen la edad que tenía?

—Un momento. —Azucena leyó por encima en busca de algún dato más que les pudiera servir—. Sí, dice que a la edad de veintiún años.

Violeta transcribió cuanto su amiga le fue dictando hasta conseguir una lista de catorce nombres. Les faltaron tres que, en principio, debieron quemarse en el incendio.

—Todos fueron encontrados durante la vestalia —dijo Violeta—, y ninguno superaba los veinticinco años de edad.

—¿Crees que guarda relación con la festividad?

—No, creo que guarda relación con la vestal negra juzgada en el lago. —Azucena la observó sin comprender muy bien a qué se refería —. Piénsalo. Las muertes se suceden desde el año siguiente a su juicio del agua. Nunca hay testigos, ni huellas que seguir porque esas huellas son de agua y se secan en la mañana.

—Entonces, ¿por qué apareció ahogado el muchacho con el que bailé en la cena de la academia? Las vestalias se habían celebrado hacía meses.

Unos golpes en la puerta las sobresaltaron.

—¿Quién es? —preguntó Violeta.

—Soy Amber. Necesito hablar con vosotras. —Azucena le abrió la puerta al tiempo que Violeta trataba de organizar todos los documentos—. ¿Qué hacéis?

—Intentamos averiguar una cosa —respondió Violeta evadiendo la verdad. Amber hizo una mueca, estaba claro que no la creía—. Es por mi hermano. Necesita que le ayude con un tema.

—Por tu hermano sabes que puedes contar conmigo siempre. — Amber miró a Azucena con descaro—, pero no es por él por lo que estoy hoy aquí, sino por ti. ¿Has visto esto? —Dejó uno de los panfletos que se habían repartido por toda la academia sobre la mesa —. Por tu cara creo que no. Es una nueva revista, no sé de dónde ha salido, pero estoy convencida de que dará mucho que hablar.

—La dama del lago. —Leyó Violeta—. ¿Podría ser más irónico?

—¿El qué? —Amber continuaba sin comprender nada—. Veo que estáis liadas con vuestras conjuras y teorías de la conspiración. Será mejor que me marche, pero para ti será mejor que no te vayas a dormir sin leer a la dama del lago.

Amber pronunció la última frase con una ridícula imitación a la voz de un fantasma.

Aunque, en ocasiones, Amber no era trigo limpio, Violeta sabía que siempre era mejor no cuestionarla y hacer cuanto pedía. Cogió el panfleto y se lo llevó a la cama. Apenas podía ver las letras. Buscó su mariposa, accionó sus alas y la luz que desprendía fue suficiente para leer cuanto allí decía.

—No puede ser —repetía una y otra vez.

Azucena la observaba inquieta, necesitaba saber qué sucedía y, en cuanto vio que Violeta ya no leía le arrebató el panfleto para dar cuenta ella de lo que ponía.

—Como se enteren mis padres me matarán —gimoteó Violeta—. Deshonrada. Eso es lo único que verán y tendrán razón. ¡Qué estúpida he sido! —El aire le faltaba y comenzó a hiperventilar—. Lo sabía. Sabía que quien escribió la nota no esperaría.

—Tranquila. Respira. —Azucena se sentó a su lado. Trataba de consolarla, pero le resultaba imposible—. Voy a buscar a una sanadora. Tu ni te muevas.

—¡No! Si lo haces sabrán a ciencia cierta que se trata de mí.

—¡Que va! Tranquila, segura que ese panfleto no ha llegado más allá de las murallas de esta vieja academia.

—¿Una heredera de la seda? ¿Con un profesor? ¿En serio, Azucena? —El corazón le latía demasiado rápido. Sentía opresión en el pecho y la dificultad para respirar era cada vez mayor—. ¿Cuántas herederas de la seda conoces, Azucena?

—Bueno, para ser sincera, yo no soy, precisamente, la persona más adecuada para responder a esa pregunta.

—He sido una idiota.

Violeta dejó que Azucena la tumbara en la cama, le quitara las botas y la arropara. Lloraba y, con las lágrimas surcando su rostro, se durmió. La vestal recordó el dolor que su amiga mostró el día que el profesor le dijo que no. La había insultado dos veces. Una al dejar que la lujuria cegara la razón y la segunda al dejar que fuera ella quien implorara su unión.

Miró a Violeta. Estaba dormida. No podía soportar estar ahí quieta sin hacer nada y en un arrebato se levantó, salió por la puerta y se marchó. Estaba enfadada y necesitaba aclarar sus ideas. En los pasillos no había nadie, todo estaba oscuro. Sintió por un momento que alguien la seguía, pero al mirar atrás, no había nadie.

Aligeró el paso, quería llegar a algún lugar que le transmitiera

tranquilidad y como si del destino se tratase, su caminar la llevó hasta el santuario de la academia donde las vestales solían reunirse cada semana. Entró y sintió como la luz y el calor del fuego la protegía. Ya no estaba a oscuras, tenía luz.

Se sentó en el suelo hasta que el cansancio la obligó a cerrar los ojos y caer en un profundo sueño.

—¿Ha sido pesado el viaje, primo?

La mañana daba comienzo con la llegada de unos familiares al castillo de Cabanilles. Se trataba de la hermana mayor del gobernador y su hijo, el primo hermano de Marga, quien apenas contaba con quince años.

Se parecía a Marga, cualquiera que no les conociera pensaría que eran hermanos. Tenía el cabello castaño, pero el sol conseguía aflorar el caoba de sus reflejos dándole luz y vitalidad. Sus ojos eran grandes y verdes, como los de su prima. Y su sonrisa iluminaba cualquier estancia en la que estuviera. Era jovial, educado y gran amigo de sus amigos.

—Tengo el trasero dormido —respondió el muchacho para diversión de unos y vergüenza de otros—. Madre, no se ruborice, no es más que Marga.

—Vaya, gracias —dijo su prima.

—Simón, te ruego un poco más de decoro. Hoy es un día importante para tu querida prima. —Le regañó su madre.

—No se preocupe, tía. Sebas tiene una bula permanente en esta casa —sonrió—. Vamos, te enseñaré tu habitación.

—¿Me habéis cambiado de dormitorio?

—No, pero este año tiene algo especial.

Marga le guiñó un ojo y divertida le cogió del brazo, tiró de él y ambos corrieron escaleras arriba.

—Son como niños —dijo el gobernador sonriente—. Querida hermana, cuánto tiempo sin verte. Espero que el viaje no haya sido arduo y pesado.

—En absoluto, pero sí me gustaría dar un pequeño paseo por los jardines —sonrió—. Tengo las piernas entumecidas.

—Será un placer acompañarte, cuñada.

La mujer del gobernador le ofrecía su brazo para que ésta enhebrara con él el suyo propio. Las dos mujeres se dirigieron hacia los jardines que en breve estarían decorados con cintas y tules. El olor a hierba mojada, a arbustos podados y flores cortadas embriagaba a cualquiera que por aquél pequeño edén paseara.

—Y, estos son sus aposentos, señor —dijo Marga imitando la voz de su mayordomo al abrir la puerta.

Los dos primos entraron. La habitación había sido preparada con sumo esmero. Las cortinas estaban corridas y podía verse en todo su esplendor.

—¿Qué es eso? —preguntó Simón al descubrir una caja sobre su cama.

—Es un regalo y una invitación —dijo Marga divertida con las manos en la espalda y dando pequeños saltitos por la emoción—. Venga, ábrelo.

Simón fue directo a por el paquete. Era pequeño, pero regular. Tiró de uno de los cabos de la lazada y el cordón cayó al suelo. Abrió con cuidado la caja. Solía ser bastante brusco a la hora de abrir regalos, pero temía que aquel fuera demasiado especial como para tener un triste desenlace.

Al abrirlo miró a Marga impresionado. Se trataba de un revolver de bolsillo, con empuñadura de roble y carga rápida. Simón temía tomarla entre sus manos. Parecía tan delicada.

—Es una Kumbley original. Mira. —Marga se acercó hasta su primo, cogió el arma y se sentó en el borde de la cama. Dio unos golpecitos a su lado para que Simón también se sentara—. Es una verdadera maravilla. ¿Ves las cachas? Son de marfil auténtico y los grabados son espectaculares. ¿Te gusta? Yo tengo una exactamente igual.

—Me encanta, pero mi madre…

—No te preocupes por ella. Ya eres un hombre y debes tener tu propio revolver, además, te dije que llevaba invitación, ¿no es cierto? —Simón asintió con curiosidad—. Me gustaría que fueras testigo en mi boda. Gabriel no tiene hermanos y su padre falleció el año pasado en el norte. He pensado que tu podrías acompañarlo esta tarde.

—Será un honor, prima.

—Así me gusta. Ahora, ponte cómodo. Te voy a enseñar a usarla. —Marga se levantó y se dirigió a la puerta—. Te espero abajo.

No habían pasado ni diez minutos cuando Simón se encontraba con Marga en el jardín. Sus madres paseaban y charlaban animadas sobre la boda y los preparativos.

—Estoy esperando a Simón. —Marga respondía a su madre que se preguntaba por qué había bajado al jardín—. Que ya ha aparecido —dijo al verlo salir por la puerta.

—Nosotras entraremos a tomar un refrigerio y, así, os dejamos hablar de vuestras cosas.

—Gracias, madre. —Marga se dirigió hacia Simón—. ¿La has bajado? —Simón asintió—. Estupendo. Vamos, he preparado un par

de blancos para disparar y comprobar tu puntería. Mira, si accionas en esta palanca, esta pequeña pistola se transforma en una mortal arma blanca.

Simón accionó la palanca que su prima le indicó y el filo de una navaja apareció como de la nada.

—¡Ten cuidado! Podrías cortarte un dedo sin darte cuenta.

—Lo siento.

—Déjamela antes de que te hagas daño —dijo Marga. Recogió la hoja y le devolvió el revolver a su primo—. Ya hemos llegado. Hago una muestra con la mía y tu repites con la tuya, ¿de acuerdo? —Simón asintió y Marga extrajo su revolver de la cartuchera que se había puesto antes de salir—. Mira, esto de aquí es el martillo y esto el gatillo. Cuando presionas el gatillo para disparar, el martillo cae y crea una chispa que prende fuego a la pólvora y el proyectil se expulsa a gran velocidad. Siempre que presiones el gatillo, debes asegurarte de apuntar hacia donde no haya nadie, salvo que quieras disparar a alguien, claro.

—¿Así? —Simón apuntó hacia el cielo.

—No, siempre busca una pequeña curvatura porque si disparas hacia arriba, en algún momento el proyectil caerá con igual o similar fuerza y podría lastimarte.

—No sé si ha sido buena idea que me regalaras esto.

—Tranquilo, es fácil. Toma, en este estuche tienes todo cuanto hace falta e intenta mantener siempre un proyectil en su interior, porque no tendrás una oportunidad para cargarlo en caso de necesidad.

—Vale —Simón cogió el estuche que Marga le entregaba. En su interior, protegido por un mullido forro aterciopelado, se encontraban una pequeña botella de metal, una cajita con proyectiles y varios trozos de algodón.

—Lo primero que vamos a hacer es limpiar el cañón con una varilla y un trozo de algodón —dijo Marga extrayendo los materiales de un estuche similar al de Simón—. Después introduciremos un poco de pólvora, ten cuidado en no echar más de la cuenta o la pistola te explotará en la cara.

—Muy seguro, sí.

Marga lo miró condescendiente.

—Calla y repite lo que yo hago. Ahora, coge de la cajita un proyectil e introdúcelo y, después, cogemos la tela de algodón de antes y la metemos. Presiona con la varilla hasta que quede todo bien compacto y no se salga *et voilà* tu arma está lista para disparar. —Marga apuntó y disparó a uno de los blancos que cayó al suelo—. Soy lo que se llama una tiradora intuitiva. Te toca. Apunta y dispara.

Simón obedeció, pero su proyectil impactó en el tronco de un naranjo que había justo detrás del blanco que Marga había preparado.

—No pasa nada. Vuelve a cargar. —Simón limpió el cañón tal y como su prima le había enseñado, introdujo la pólvora, el proyectil y selló con el trozo de algodón—. Dispara.

Un nuevo fallo.

—Otra vez —ordenó Marga. Hicieron falta seis tiros para que al fin Simón diera en el blanco—. ¡Sí! Señor Simón de Basel y Cabanilles, le declaro tirador oficial de esta casa. —Marga hizo una reverencia exagerada.

—Gracias. Gracias —dijo Simón saludando como si de un regio se tratara.

—Señorita Marga, Señorito Simón, sus padres les reclaman —anunció el ama de llaves.

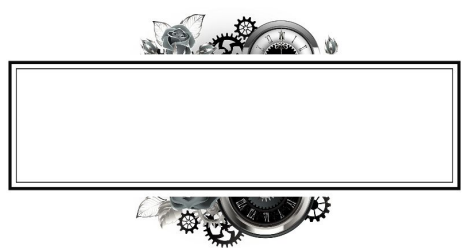
—Gracias, enseguida entramos —respondió Marga—. Se acabó la diversión. Recojamos y entremos, mis tiempos de niñez llegan a su fin.

—Serás muy feliz, Marga. —Simón posó su mano sobre el hombro de su prima, la miró a los ojos y ambos se fundieron en un cariñoso abrazo.

—Gracias, Simón. Gracias por ser el mejor primo del mundo.

—Es todo un placer.

—Y, tonto, eso también. Anda vamos.



Capítulo 18

Había llegado el momento en el que uno de los acontecimientos más esperados por toda la alta sociedad se iba a celebrar. En todas las casas el servicio se preocupaba de que sus señoras lucieran como reinas y los señores como emperadores. Las mejores galas se reservaban para eventos como el de aquella tarde y los más notables apellidos se darían cita.

—¿Vendrá tu amiga la vestal? —La señora Alcázar daba los últimos retoques a la vestimenta de sus hijos.

—Eso espero, madre, pero quizás deberías preguntarle a Violeta.

—¿A mí? Esa chica aparece y desaparece sin dar explicación alguna, ¿cómo voy a saber si estará presente o no en la boda?

—Pensé que erais amigas —dijo Alberto.

—Y lo somos, pero no como con Liliane.

—No pretendía…

—Lo sé.

—¿Y vuestro padre? —La señora Alcázar seguía con sus arreglos sin prestar atención a lo que sus hijos comentaban—. Siempre nos tiene que hacer esperar. ¡Vicente! —gritó.

—Desde luego madre es un ejemplo a seguir —dijo entre risas Alberto a su hermana.

—El señor Alcázar quiere que le informe de que le faltan un par de documentos por sellar y se reunirá con ustedes de inmediato —anunció el mayordomo—. Si quiere, señora Beatriz, puedo acompañarlos hasta el carruaje mientras el señor acaba.

—Lo mejor que tiene mi marido eres tú.

Cuando Violeta bajó del carruaje se quedó prendada. El castillo de los Cabanilles parecía otro. Tan iluminado y repleto de flores blancas. Los blasones de ambas casas habían sido colgados a la entrada y caminos de pétalos guiaban a los invitados hasta el claustro donde podrían disfrutar de la música y un pequeño cocktail de bienvenida.

—Señorita Alcázar, cuanto tiempo sin verla.

El joven Nigrino, vestido con un espectacular traje negro y sombrero de copa, se acercó a Violeta con sendas copas de cava. Le entregó una a la joven y alzó la suya en un inicio de brindis de saludo.

—Señor Nigrino, no le había visto.

—Por favor, llámeme Guillermo. —Bebió—. El señor Nigrino es mi padre.

—Entonces permítame sugerirle que me llame por mi nombre: Violeta.

—Un placer, Violeta. —Guillermo tomó la mano de Violeta y le dio un beso en el dorso—. Tengo entendido que la afortunada novia es amiga suya.

—Así es. Una de las mejores para serle sincera.

—Entonces deberé felicitarla a usted también.

—¿A mí?

—Bueno, dicen que de una boda suele salir otra.

Cuando Violeta estaba a punto de responder el mundo a su alrededor quedó en silencio. El murmullo provocado por las

conversaciones de los invitados cesó. Los músicos tomaron un breve descanso y hasta la brisa del atardecer pareció detenerse.

Violeta y Guillermo miraron en la dirección en la que el resto lo hacía para descubrir la razón de aquel silencio. Las vestales habían llegado. Solo la señal de Coelia Concordia podía reanudar la música y las conversaciones. La vestal máxima miró a todos los allí presentes e hizo una sutil inclinación de cabeza.

Los músicos regresaron a sus instrumentos y la música sonó de nuevo. Coelia, sonriente en todo momento, se acercó hasta los jóvenes que habían detenido su conversación tras la llegada de las vestales.

—Guillermo, querido sobrino, ¿quién es la joven que te acompaña?

—Estimada tía, —respondió Guillermo adoptando una actitud mucho más caballerosa y educada—. Se trata de la joven heredera de la casa Alcázar.

—La heredera de la seda. —Violeta palideció al escuchar ese nombre en boca de la vestal máxima. Si ella había averiguado quién era, todos los allí presentes también lo harían—. ¿Dónde están sus padres, señorita Alcázar?

—Se encuentran junto a los Becker, señora.

La vestal la miró de arriba abajo, sonrió a su sobrino y se marchó.

—Creo que tu tía acaba de juzgarme y no he superado la prueba.

—Tranquila, ninguna joven es buena para su único sobrino. A fin de cuentas, soy el único heredero. —Azucena aparecía en escena en ese mismo instante junto a un hombre cogido del brazo—. O no —dijo Guillermo al verla llegar.

Violeta lo miró extrañada. ¿Qué tenía que ver Azucena con él? ¿O con los Nigrino?

La joven vestal y el hombre que la acompañaba se dirigieron hacia donde Violeta se encontraba.

—Violeta, estás guapísima —saludó Azucena antes de darle dos besos—. Te presento a mi padre.

—¿Tu padre? —Violeta se giró hacia el hombre—. Discúlpeme, ya pensaba que era usted una invención de Azucena. —Los tres rieron—. Es un honor y un placer conocerle al fin.

—Igualmente, señorita Alcázar. Me han hablado mucho de usted.

—No sé si conocen a…

Violeta se volvió para presentar a Guillermo a los recién llegados, pero éste se había marchado sin decir nada.

Amber había sido la primera en llegar a la celebración en el castillo de Cabanilles junto a sus padres. Tras tomar un par de copas había

decidido sentarse en uno de los bancos de piedra que bordeaban la fuente del claustro. Desde allí tenía una visión perfecta de todo el patio y de quienes allí se encontraban.

Observó a Azucena cuando llegó justo detrás de las vestales consagradas y al hombre que la acompañaba. Pronto llegaron los rumores de que se trataba de su padre, un antiguo mercante de Edeta que había marchado por razones comerciales cuando la joven vestal era todavía un bebé.

Advirtió el escrutinio al que lo tenía sometido la vestal máxima. Como si tratara de averiguar algo sobre él desde la distancia y, si no conseguía lo que buscaba, al menos, había logrado que el padre de Azucena la mirara con temor. Como si sintiera el peso de sus ojos, de su conciencia, de su poder.

Por su parte, Azucena pronto recibió la compañía de Alberto de Alcázar. Ambos mantenían una animada conversación ajenos a cuanto sucedía a su alrededor. Al igual que Violeta, quien recibió, de nuevo, la compañía del joven Nigrino.

Todo parecían divertirse mientras ella se encontraba sola, sentada en un viejo banco de piedra como una solterona cualquiera. Solo que los allí presentes no sabían que llegaría a ser en tan solo unos meses y sonrió.

—Amber, ¿qué haces aquí? —Colette Fontaine, una de las gemelas Fontaine, se sentó a su lado—. No deberías estar aquí sola. Levántate, no dejes que te vean como lo que no eres.

—¿Cuándo van a llegar? La ceremonia debe estar a punto de terminar —dijo Amber en contra.

—No tardarán —respondió Eléonore Fontaine, la otra gemela.

Las tres se quedaron en silencio mientras vigilaban la entrada al claustro.

—Señor gobernador, siento informarle de que aun no ha llegado.

El mayordomo del castillo se había acercado sigiloso hasta el señor Cabanilles. La ceremonia había terminado y los novios debían realizar la entrada protocolaria en el claustro antes de dar comienzo al convite.

—No importa. —Intervino Marga desde el altar tras escuchar lo que el mayordomo le había comentado a su padre—. Entraremos igualmente.

—Debemos esperar —dijo el gobernador—. Sería un agravio inaceptable para el embajador.

—El agravio es suyo por considerarse más importante que una

novia en el día de su boda.

—Hija mía, ya habrá lugar para ello.

—No. Entraremos con o sin él.

—Por lo dioses, Gabriel, ayúdame a hacerla entrar en razón.

—Quizás Marga tenga razón, gobernador, y seguir con la celebración sea un toque de atención hacia los franceses.

—Por menos se han declarado guerras y yo no estoy dispuesto a traerla a nuestras tierras, Margarita. Esperaréis. Es una orden.

—Padre…

—No, Margarita. Si no aceptas el consejo de tu padre, entonces acatarás la orden del gobernador.

Tanto los novios como los testigos y familiares acordaron permanecer en la capilla del castillo hasta que el séquito francés hiciera acto de presencia.

—¿Es cierto que la joven vestal negra ha venido a la boda? —Simón se acercó hasta los recién casados.

—Eso espero —respondió Marga—. Invitada está.

—Me encantaría hablar con ella. Me gustaría con la vestal máxima, pero creo que la tendré demasiado lejos de mi alcance.

—Y de cualquiera, primo.

—He oído que las vestales negras solo pueden heredar el don de otra vestal negra.

—¿Dónde has escuchado eso?

—En realidad lo he leído en un antiguo manuscrito que hay en la biblioteca de mi escuela —contestó inocente—. Si es eso cierto, la madre de esa chica tuvo que ser una vestal negra.

—Cierto. Se lo preguntaremos —dijo Marga con una sonrisa.

De pronto las puertas se abrieron sin previo aviso y un pelotón de imperiales ingresaron en la capilla. Tras ellos el embajador francés hacía lo propio y se acercó hasta los recién casados. Tomó a la novia por los hombros y le dio un beso en cada mejilla. Después, se acercó al novio para estrecharle en un fuerte abrazo.

—*Toutes nos félicitations.*

Tras desearles la enhorabuena, se dirigió hacia el gobernador y le autorizó a continuar con la celebración. Y, así, en ese orden, entraron en el claustro el pelotón de imperiales, el embajador, los novios, los testigos y el resto de la comitiva.

Todos los invitados estallaron en un sonoro aplauso que los recién casados aceptaron con ilusión. El embajador se acercó hasta el centro del patio, se subió al templete donde los músicos tocaban y esperó a que la música cesara.

—Amigos, gracias por haber asistido a este evento tan significativo para nuestras familias. Por favor, dejadnos que compensemos la espera con un delicioso banquete en el salón principal.

—*Non. Parle français ou ne parle pas.*

El pelotón imperial apuntó con sus armas a los invitados que quedaron inmóviles ante la amenaza. El gobernador miró a su hija repleta de ira contenida y después al embajador que de seguro no daría su brazo a torcer.

—*Chers amis, bienvenue à cette cérémonie. Je vous invite au banquet préparé dans la grande salle.* —El gobernador repitió cuanto había dicho y dio paso a los invitados al interior del castillo.

—Padre. —Marga quiso llamar la atención del gobernador, pero este la eludió a propósito.

—Vamos, querida. —Gabriel se acercó a su recién estrenada esposa, le cogió de la mano con los dedos entrelazados, la miró y asintió—. Hoy no. Pronto llegará nuestro momento —susurró y le dio un casto beso en los labios.

En el salón se había dispuesto una mesa de gran tamaño adornada con guirnaldas de azahar y margaritas prendidas al mantel de color blanco. Habían vestido la mesa con el más exquisito ajuar de la familia, la mejor vajilla y una distinguida cristalería.

En la mesa había platos de gran valor culinario: gelatinas, jamones, ensaladas de salmón y langosta, emparedados, frutas exóticas, dulces y hasta el gran pastel de bodas presidiendo el centro de la mesa.

Alrededor se habían colocado una serie de mesitas auxiliares con tres o cuatro sillas donde las mujeres comenzaban a crear sus corrillos. Los hombres, sin embargo, permanecían de pie atentos a las necesidades de sus esposas a la par que charlaban sobre política, comercio o viajes.

—Estás preciosa, Margarita, ahora señora de Pardo. —La señora Alcázar se acercó a saludar a los recién casados—. Hacéis una pareja espléndida y espero que sea por muchos años.

—Gracias, señora Alcázar. Y gracias por habernos acompañado en este día tan importante en nuestras vidas. Por cierto, ¿podría decirme dónde se encuentra su hija? Quisiera saludarla.

—Eso quisiera saber yo. Desde que hemos llegado he perdido a mis dos hijos —sonrió.

Marga buscó entre los invitados a sus amigas. Descubrió a su marido inmerso en una animada conversación y sonrió al pensar en Gabriel como su esposo.

—¡Marga!

La novia se giró en busca de las voces que la llamaban. Como no, se trataba de Violeta y Azucena que divertidas movían las manos para reclamar su atención. Marga sonrió y se dirigió hacia ellas entusiasma. Las tres se fundieron en un eterno abrazo.

—¿Cómo te sientes?

—Casada. —Rieron—. ¿Dónde está Amber? La he buscado por todas partes y no la encuentro.

—Creo que estaba junto a las gemelas Fontaine. Voy a buscarla. Un momento —dijo Azucena.

—¿Esa era la vestal negra?

—Violeta, no sé si recuerdas a mi querido primo Simón.

—Han pasado muchos años. —Violeta le tendió la mano a Simón para que éste la besara—. Encantada de conocerte, de nuevo.

—Igualmente.

—Simón está un poquito obsesionado con las vestales en general y con las médiums en particular. —Le explicó Marga a Violeta.

—Querido amigo, ya somos dos.

—Es verdad, creo que os llevaréis bien —dijo Marga divertida.

—Y, aquí estamos —intervino Azucena.

—¡Felicidades! —Amber abrazó a Marga ilusionada por su amiga.

—Te presento a Simón. —Violeta aprovechó para presentarle a Azucena el primo de Marga—. Tenía interés en hablar contigo cuando tengas un rato.

—Oh, encantada. Y, por supuesto. Después podremos hablar sin ningún problema. Será un placer conocer al primo de Marga.

—Muchísimas gracias, señorita.

Simón se marchó en busca de otros con quienes hablar y dejó a las cuatro chicas juntas. Marga dio aviso a una de sus doncellas para que trajera una bandeja de plata que ella misma había dispuesto antes de la boda.

—Chicas, quiero agradeceros vuestra presencia hoy aquí —comenzó su discurso Marga—. Es muy importante para mí y saber que estáis aquí me da fuerza y ánimo. Por ello quería regalaros un pequeño detalle que espero lo recibáis con el mismo cariño que con el que yo os lo entrego.

La doncella depositó sobre la mesa la bandeja de cristal con cinco cajitas de madera. En cada una de ellas había una letra grabada, la inicial de las cinco herederas: A, A, V, M y L.

—Violeta, ésta es para ti. —Marga le entregó la cajita con la letra V grabada. Después cogió una de las cajitas con la letra A y la abrió un segundo para confirmar que se la entregaba a la persona correcta. De este modo, entregó tres de las cinco cajas y una se la guardó para ella.

Las chicas abrieron las cajas al mismo tiempo. Se trataba de una gargantilla hecha de cinta de seda en cuyo centro un camafeo de resina salvaguardaba un pétalo de las flores que les daban nombre.

—Es precioso, Marga. —Violeta sentía que las lágrimas por la emoción se le escaparían en cualquier momento—. Debe de haberte costado una fortuna.

—No puedo esperar a ponérmelo —dijo Azucena.

Marga se encargó de ponerles a cada una su gargantilla al cuello y, después, fue Amber quien se la puso a Marga.

—Y, ¿esa cajita? —preguntó Azucena.

—Liliane —susurró Violeta.

—Así es. Quiero llevarla en la madrugada al lago y lanzarla junto a las cenizas esparcidas en sus aguas.

—Te acompañaremos —dijo Violeta—. ¿Verdad?

El resto asintió.

—Hagamos una promesa. —Pidió Marga—. Un pacto en el que nunca olvidemos, en el que siempre seamos amigas. El pacto de las flores.

Azucena robó una de las bandejas que un sirviente portaba en ese momento repleta de copas de champagne. Cada una cogió una copa y el resto quedaron sobre la mesa.

—Por el pacto de las flores —brindó Marga.

—Por el pacto de las flores —repitieron las demás.

Cuatro alzaron las copas, pero solo tres bebieron de ellas.

—En fin, creo que hay cierto joven recién casado que anda desesperado por encontrar a su esposa y con ella abrir el baile.

—¡Por Marga! —brindó Violeta

—¡Por Marga!

No solo bebieron las cuatro amigas, sino que a ellas se unieron otros que escucharon su voz.

Tras el brindis el grupo se disolvió. Amber regresó con las gemelas, Azucena aceptó la invitación de Simón para entablar una conversación y ofrecerle el primer baile y Violeta recibió la visita de su hermano mayor.

Capítulo 19

Tras la ceremonia, Violeta pidió ser ella quien llevara la gargantilla al lago en nombre de todas. Sabía que la noche para Marga sería larga y no debería dejar a un lado sus obligaciones, si es que podía llamarlo así, como esposa por llevar un presente al lago. Se acordaba de mí, y eso era suficiente.

—Si no tienes inconveniente, me gustaría acompañarte —dijo Alberto.

—Por supuesto, sé que la querías —contestó Violeta.

La mañana había despertado fría, pero, al pasear, los cuerpos se calentarían. Ningún suceso parecía avisar de lo que en el lago descubrirían.

Nada hubiera empañado tanto el gran evento celebrado por el Gobernador del Reino de Valencia que éste terrible suceso.

De todos es sabido que las aguas del lago tienen cierto poder de atracción en las festividades de Las Vestalias, pero nunca un pueblo imaginó que las muertes se desataran. Ya van tres muertes descubiertas en el último semestre y quien suscribe tiene una amarga teoría.

¿Podría guardar relación las muertes acaecidas con la reciente llegada de una joven vestal que aspira a ocupar el lugar de nuestra querida Coelia Concordia?

Repasemos. Fue pasadas las vestalias cuando una joven heredera, casualmente de la facción de las vestales, que falleció ahogada en el propio lago. Dijeron que fue consecuencia de un juego, pero la realidad es, que otra vestal ocupó su lugar.

Llegó el fin de año y en la cena de calendas en la academia, bailó nuestra joven vestal con uno de los herederos de nuestra histórica Edeta. Y he ahí que amaneció el día siguiente con la triste noticia de su fallecimiento. Una vez más, un joven ahogado en el lago.

Y, es hoy que amanecemos con una noticia similar. El joven sobrino del gobernador, un muchacho que apenas contaba con quince años se ha convertidos

en la víctima más joven del lago. ¿Será casualidad que la nueva vestal negra bailara con él en la boda de su querida prima?

Juzguen ustedes, lectores.

Atentamente,

La dama del lago.

El panfleto había sido entregado a todas y cada una de las puertas de la alta sociedad edetana. No hubo hogar que no leyera aquellas palabras y, por supuesto, todas las miradas se posaron sobre Azucena. Si quien estuviera detrás de ese panfleto estuviera en lo cierto o no, sería algo que Violeta pensaba descubrir.

—¿Estás preparada? —Alberto se acercó a Violeta. La familia al completo iría a presentar sus condolencias a la hermana del gobernador y a toda su estirpe.

—Marga estará destrozada. ¿Cómo puede ser una persona un día tan afortunada y, al siguiente, tristemente desdichada?

—El destino, o la vida, que nos golpea cuando menos lo esperamos.

La familia Alcázar salió a la calle para unirse a la comitiva que, a pie, iba hacia el castillo. Violeta buscó a Azucena, pero no la vio entre los caminantes. Tampoco la culpaba. Debía ser muy duro ser el foco de un cotilleo tan alarmante. Sin embargo, sí vio a Amber más afligida de lo habitual. Se acercó hasta ella y enhebró el brazo con el suyo.

—Lo siento tanto —susurró Amber—. Marga estará destrozada y yo…

—Lo sé. No te preocupes, estoy aquí.

Las dos amigas siguieron el paso seguidas de Alberto y sus respectivos padres que, en silencio, caminaban abatidos por el alma de un muchacho demasiado joven.

Donde la noche anterior hubo música, flores y guirnaldas, hoy solo había silencio. La familia al completo se encontraba en la puerta, recibían el pésame de cuantos se presentaban en el velatorio.

En una sala, la más solemne de todas, se encontraba en una mesa rodeada de cirios encendidos, el féretro abierto con el joven Simón vestido con el hábito que le hubieran entregado al jurar en una de las órdenes ofertadas.

Violeta observó al muchacho que había adquirido un color tan asfixiante como su propia muerte. Los ojos estaban cerrados, relajados. Y sus labios dibujaban una sonrisa, recuerdo de su jovialidad. Sintió que el corazón se le encogía y las lágrimas comenzaron a brotar en el mismo instante en el que la campanilla advirtió que las vestales ya venían por él.

La madre del muchacho se aferró al féretro en una escena dantesca. Marga buscó refugio en su esposo, pero el movimiento de sus hombros

indicaba el incesante llanto y dolor. La vestal máxima se acercó hasta la madre y la recibió entre sus brazos reconfortantes.

El gobernador, Gabriel, Alberto y otros hombres amigos de la familia cargaron sobre sus hombros el ataúd que las vestales habían ya sellado. Lo cargaron sobre una carroza que lo llevaría a camposanto al paso de las vestales, que abrirían la marcha con un cirio cada una entre sus manos.

Por el camino, Violeta sintió la necesidad de preguntar si alguien había visto huellas de pies descalzos y mojados en las inmediaciones de los aposentos del muchacho. Necesitaba conocer aquel dato, pero tendría que esperar a hablar con el servicio ya que hacerlo con Marga o el gobernador sería importunarlos.

Siguió inmersa en sus pensamiento, casi no se dio cuenta de que ya pronto la comitiva había terminado. Los datos comenzaban a cobrar sentido según los iba ordenando.

Necesitaba regresar a casa. Necesitaba el apoyo de su hermano. Y, sobre todo, necesitaba la presencia de Azucena.

—Lo de limpiar el taller es un extra que no piensas adquirir, ¿verdad?

—Si le parece a la princesa podemos ir a sus aposentos y así no tendrá que ensuciarse los ropajes. —Alberto comenzó a recoger los diversos metales, tuercas y tarros que se extendían sobre la mesa de trabajo—. Ayúdame. Cuatro manos van más rápido que dos.

—Y seis más que cuatro. —Azucena acababa de llegar al taller—. Me ha dicho tu doncella que estabais aquí.

—Gracias por venir, Azu. Sé que la dichosa dama del lago nos está poniendo a prueba con demasiado ímpetu.

—¿Nos? —Intervino Alberto—. ¿Desde cuándo está ese panfleto en las calles? Y, sobre todo, ¿qué ha dicho de ti?

—Nada grave, si lo comparamos con las acusaciones que ha infundado sobre Azucena.

—Ya. Pues espero que, después de esto, me lo enseñes o lo comprobaré yo mismo.

Violeta y Azucena se miraron. Tenía el panfleto guardado entre los artículos de la gaceta, pero no tenía intención alguna de mostrárselo a su hermano.

—Necesito que me prestéis atención porque creo que la cabeza me va a explotar —dijo Violeta. Alberto y Azucena se sentaron a escuchar —. Bien, hasta ahora, las muertes en el lago han sido en las vestalias, justo en la fecha en la que se realizó el último juicio del agua a una

vestal. Las autoridades jamás han encontrado pista alguna, pero nosotras sabemos que siempre hay huellas de agua.

—En realidad, lo suponemos —puntualizó Azucena.

—No ayudas, Azu.

—Perdón. Continua.

—Bien, resulta que la vestal juzgada hace dieciocho años era una vestal negra y tu dijiste que Coelia os había confesado que era una Nigrino.

—Así es.

—Bien, pues agarraos fuerte porque en la boda de Marga, Guillermo, el joven heredero de los Nigrino, llamó a Coelia tía. Es decir, que Coelia Concordia es una Nigrino que debió cambiar su apellido al consagrarse al templo.

—Creo que me estoy perdiendo —dijo Alberto.

—Aún no he terminado. El don de las médiums se pasa de generación en generación, no es aleatorio como el del resto de las vestales, sino que debe ser heredado de la madre.

—¿Quieres decir que la vestal juzgada era hija de Coelia? —El asombro de Azucena solo era comparable a la admiración que sentía en aquel momento por su amiga.

—Eso es y, Azu, creo que hay algo más. —Violeta hizo una pausa para que ambos asimilaran cuanto iba a relatar—. Creo que tu eres la hija muerta de la vestal juzgada.

—No puede ser. —Azucena se levantó y comenzó a dar vuelta alrededor de la mesa—. Si así fuera, mi padre me lo hubiera dicho.

—Quizás no te lo dijo para protegerte —comentó Violeta.

—¿De qué?

—O, mejor dicho, de quién. —Violeta rebuscó entre los artículos que tenía guardados en el maletín y extrajo uno de ellos—. Mira. Aquí es donde se hacen eco de lo sucedido en el juicio de las aguas.

»Según dice, Rosa Nigrino fue sentenciada a ser sometida a las aguas del lago. La hija que perdió fue enterrada entre las paredes del templo vestal como hija de vestales que era. El joven comerciante escapó en la nocturnidad sabiéndose culpable. En la madrugada, otro joven murió ahogado en las aguas del lago y dicen que era otro amante de la joven vestal fallecida en el juicio.

»La culpabilidad del joven comerciante no podrá someterse a juicio, puesto que como cobarde ha huido sin dar razón ni a familia ni a amigos.

—Pero dicen que la niña murió y ese joven comerciante no podemos saber si era mi padre.

—Nadie confirmó la muerte de la recién nacida. Solo bastó la palabra de Coelia para que el pueblo la diera por buena. Y, desde entonces, cada noche en el que el juicio de las aguas se conmemora,

un hombre es atraído al lago y descubierto en la madrugada ahogado.

—¿Estás hablando de la verdadera dama del lago? —Interrumpió Alberto.

—Liliane la nombró antes de morir en él.

—No puede ser —repitió Azucena—. Algo se nos está escapando.

—Puede ser, pero lo que sí sé es que las muertes están relacionadas con el templo de las vestales.

—Es una acusación muy grave, Violeta. —Le recordó su hermano—. Debes tener cuidado.

—Lo sé, por eso os he traído aquí. Es el único lugar seguro que conozco.

—No puede ser. —Azucena repetía una y otra vez la misma frase como si de un mantra se tratara.

—Azucena, toma. —Violeta le entregó la gaceta en la que aparecía el juicio de las aguas—. Necesito que se lo preguntes a tu padre.

Tras varios días de gran intensidad, el castillo de Cabanilles regresaba a la calma y a sus quehaceres habituales. La madre de Simón había regresado al sur para poner en venta sus bienes y regresar a Edeta, a la primera casa en la que formó su familia ahora perdida.

Marga y Gabriel habían decidió escapar por unos días y disfrutar de un más que merecido retiro en una de las fincas que sus padres tenían en Andalucía. Allí la guerra quedaba demasiado lejos y, mientras las minas de cobre siguieran siendo fuente indispensable de dicho material, seguirían creciendo como industria y como región.

Llegaron al fin a la finca en la que pasarían unos días. El paisaje era muy distinto al que estaban acostumbrados. La explotación de las minas de cobre y plomo suponían un continuo sonido de metales que chocaban entre sí. Las calderas de las máquinas de vapor que usaban para achicar las aguas y cargar los fardos, expulsaban humo a cualquier hora del día.

Al llegar a la casa, un viejo sirviente salió a su encuentro.

—Señorita Cabanilles, que alegría verla después de tanto tiempo. —El hombre se acercó para ayudarla a bajar del carruaje—. Era usted una niña la última vez que la vi y ahora, —Observó que del carruaje bajaba un joven gallardo, apuesto y sonrió—. Y, ahora, es usted una mujer casada. Discúlpeme, señor. Por favor, reciban mi más sincera enhorabuena.

—No debe disculparse, don Manuel.

—¿Se acuerda de mí?

—¡Cómo no hacerlo! Usted ha sido el dueño y señor de esta casa en nuestra ausencia y a usted debemos su buen funcionamiento. —Marga se acercó a Gabriel—. Manuel, le presento a mi esposo, el señor Del Prado, Oficial de Infantería y heredero de la casa Del Prado.

—Es un honor, señor Del Prado.

—Igualmente.

—Déjenme que los acompañe hasta sus aposentos. Los hemos preparado tal y como nos informó su padre, el gobernador del reino de Valencia. —Manuel les dirigió por el interior de la casa hasta llegar a una de las estancias más amplias—. Entiendo que estarán agotados por el viaje y desearán descansar.

—Efectivamente, don Manuel, el viaje y los días que lo han precedido, si quiere que le sea sincera.

—Daré orden para que les suban el equipaje hasta el vestidor y, si lo desean, puedo solicitar que les traigan también la cena a la habitación.

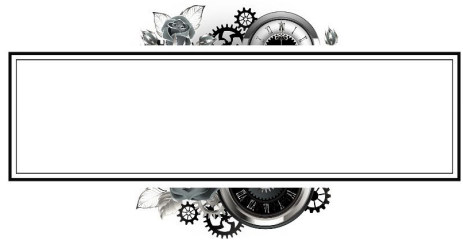
—Creo que es una magnífica idea —manifestó Gabriel con una pícara sonrisa.

—Que así sea. —Manuel se despidió de sus señores y se marchó de la habitación dejándolos solos.

—¿Nos castigarán los dioses por consumar de nuevo nuestro matrimonio? —Gabriel se acercó hasta Marga y la agarró por la cintura para acercarla a él.

—Creo que los dioses podrán soportarlo —respondió ella desabotonándole el cuello de la camisa.

Gabriel la levantó del suelo y ella se aferró a él con las piernas en su cintura. Entre besos y gemidos llegaron al lecho y la pasión y la lujuria se convirtieron en principales protagonistas de aquel encuentro.



Capítulo 20

—Hijo mío, por favor, piensa mejor lo que pretendes hacer. Dedícale una noche más, al menos.

—No, padre. Lo he pensado una y mil veces. —Alberto se sentó en uno de los sillones que había frente a la chimenea del salón.

Violeta intentaba no inmiscuirse en las decisiones de su hermano y, mucho menos, cuando sus padres estaban delante. Cualquier comentario podría ser usado en su contra cual juicio se tratara. Mantenía su atención en el libro que tenía entre sus manos, pero comenzaba a darse cuenta de que era una tarea ardua ya que había leído más de tres veces la misma línea sin comprender qué decía.

—Debemos confiar en nuestro hijo, es un joven con buen juicio y estoy segura de que todo lo que cuenta esa dama del lago no son más que conjeturas.

—Gracias, madre.

—Bien, medítalo esta noche y, si por la mañana aun la pretendes, te daré mi bendición para hablar con su padre.

—¿Podría invitarla hoy a tomar un simple café? Nada más, lo prometo.

—No, en todo caso que sea tu hermana quien lo haga —sentenció el señor Alcázar.

—¿Yo? —Violeta apartó la poca atención del libro que tenía entre las manos—. ¿Por qué yo? Yo no tengo pretensiones con ella.

—Muy graciosa.

—Está bien. —Le sacó la lengua con descaro—.

Espero que tener compensación por esto.

—Señora Beatriz, ¿puedo hablar con usted

un momento?

El ama de llaves se llevó a la señora de la casa fuera del salón. Violeta observó el rostro de la mujer al entrar. Ella siempre le sonreía

o el guiñaba un ojo, era casi como una segunda madre para ella y para Alberto. Sin embargo, aquella vez, la miró con preocupación y no volvió a dirigirle ni un solo gesto de cariño.

—¿Qué pasará? —preguntó Alberto sentándose, esta vez, junto a su hermana.

—No lo sé, pero no debe ser nada bueno.

—Vosotros dos, dejad de cuchichear. —Les regañó el señor Alcázar —. Si doña Amparo ha considerado hablar con vuestra madre fuera de vuestro alcance, debéis respetar su decisión. ¿Entendido?

—Sí, padre —contestaron ambos como si de colegiales se tratara.

Al fin la señora Beatriz entró al salón. Estaba pálida. Cogió del aparador uno de sus abanicos y se sentó en la primera silla que encontró. Sin decir una palabra comenzó a darse aire y a cubrirse la boca con la otra mano.

—¿Qué sucede, querida? —El señor Alcázar se levantó de su asiento y se acercó con preocupación hasta donde su esposa permanecía abanicándose sin parar.

La mujer solo acertaba a negar con la cabeza. Todos en el salón permanecían expectantes, temerosos de que alguna otra muerte hubiera asolado Edeta. De pronto, dejó de abanicarse, se levantó y fue directa a Violeta y le atizó un soberano guantazo.

Violeta se protegió con las dos manos la mejilla golpeada. Miró a su madre con espanto y temor. No entendía nada. Su madre jamás le había puesto una mano encima y, ahora, tras conversar con la ama de llaves, se había llevado una tremenda bofetada.

—¡Madre! —Alberto cubrió a su hermana por temor a que la golpeara de nuevo.

—Beatriz, por los dioses, ¿qué ha pasado? —El señor Alcázar comenzaba a perder los nervios.

—Tu hija lleva dos meses sin sangrar —dijo entre sollozos y repleta de ira.

El señor Alcázar se giró para ver a su hija que seguía con la misma expresión temerosa. Se acercó y le preguntó:

—¿Es eso cierto, Violeta? —La joven no respondió y Alberto la atrajo hacia si—. ¿Tú lo sabías? —preguntó en esta ocasión a su hijo que negó con la cabeza al instante.

Violeta comenzó a llorar al darse cuenta de que sí podría ser cierto. No recordaba la última vez que sangró. Había estado tan obsesionada con descubrir qué había detrás de las muertes en el lago, detrás de Azucena, detrás de todos menos de ella que había olvidado que una vez yació con Alfonso.

Tubo tanto miedo al descubrir su propia verdad que apartó los brazos de su hermano y corrió a encerrarse en su habitación.

"*¿Qué he hecho?",* pensó.

Unos golpes llamaron a la puerta y, sin esperar respuesta, su autor entró.

—Violeta, ¿estás embarazada?

Su hermano entró y cerró la puerta tras él. Se acercó hasta la cama donde Violeta se acababa de echar desconsolada. Como si su solo contacto pudiera calmarla, puso su mano sobre una de las rodillas de su hermana.

—Violeta, por favor, necesito saber qué ha pasado. —La voz de su hermano, aunque conciliadora, escondía un mensaje detrás. No perdonaría al hombre que había deshonrado a su hermana y ella lo sabía—. ¿Fue el profesor? ¿Fue Alfonso? Dímelo, Violeta. Soy tu hermano, en mí puedes confiar y lo sabes.

Violeta se giró para enfrentarse a sus ojos. Los conocía bien, sabía que en aquel instante no mostraban piedad, sino venganza y ella no podía permitirse meter a su hermano en problemas por su culpa. Por lo que, simplemente, negó con la cabeza y volvió a tumbarse entre lágrimas.

Si tuviera que elegir la noche más espectacular de toda su vida, Marga hubiera elegido sin duda alguna la que había dejado atrás. Casi todos los placeres que la vida podría darle a una pareja se habían materializado en cuestión de horas y, para finalizar, el sueño había sido placentero e ininterrumpido. Ni siquiera escuchó el cantar de los gallos, ni el percutir de las minas, ni la llamada para el desayuno. Nada.

Al abrir los ojos le costó adaptar la visión a la luz del nuevo día. Apenas estaban corridas las cortinas, pero la noche anterior, en la oscuridad, no habían siquiera reparado en ellas. Se giró para ver a Gabriel quien aun dormía plácido y sereno, le acarició el pelo y sonrió.

Decidió levantarse y dar comienzo a la jornada. Deseaba conocer todo cuanto allí les aguardaba. Tiró de la campana que daba aviso a las doncellas y pronto estuvo una muchacha joven y predispuesta en la puerta de su habitación.

—Por favor, ¿podrían preparar el baño para mi esposo y también para mí? —solicitó Marga.

La muchacha no dijo nada. Solo asintió, hizo una exagerada reverencia y desapareció a paso ligero de su vista. Al cerrar la puerta, iba a despertar a Gabriel, pero este ya se desperezaba y con solo el torso al descubierto la invitó a regresar a su lado.

Tras dejar que las doncellas la bañasen y adecentasen, Marga se dirigió hacia el comedor que una de ellas le indicó. Allí habían preparado un suculento desayuno con frutas, pastas, leche y zumo.

Gabriel se encontraba ya sentado en una de las sillas y, al parecer, a ella le habían reservado la que se encontraba justo al otro lado de la mesa. Aunque no era de su agrado, no quiso comenzar su relación con aquellas personas con quejas que sabía no eran adecuadas.

Su esposo se levantó al verla y esperó a que ella tomara asiento para sentarse de nuevo.

—Buenos días, señores. —Manuel entró en el comedor casi como un ángel que llega a rescatarlos de un silencio algo incómodo—. Espero que hayan pasado bien la noche.

—Así es, don Manuel, estaba todo perfecto —respondió Marga antes de tomar un trago al zumo que le acababan de servir.

—Señor Del Prado, ¿estaría interesado en asistir a una reunión con Míster Haffenden?

—¿Quién es ese señor Míster Haffenden? —Quiso saber Marga con interés—. No parece un nombre francés. ¿Es quizás un noble inglés?

—Sí, señora. Se trata de uno de los dueños de las nuevas explotaciones de minas abiertas en los últimos años.

—Y, ¿qué hay de los franceses? Tenía entendido que lideraban la mayoría de las explotaciones, no solo de cobre sino de hierro y plomo.

—Así es, pero su padre me notificó que podrían estar ustedes interesados en hablar con Míster Haffenden —informó Manuel—. De hecho, me he tomado la molestia de citarles con él antes de la comida. —Miró el reloj de cerámica que decoraba una de las repisas.

Marga dirigió también la mirada hacia el aparato y entendió sin más explicaciones.

—Gabriel, ¿querrías ir a ver a este inversor inglés?

—Claro, me parece más que adecuado. Por favor, Manuel, que preparen el carruaje.

—Sí, señor. Ah, y les aconsejaría que se lleven a nuestros sirvientes más fuertes y ágiles con las armas. —Marga y Gabriel lo miraron perplejos—. Se habla de cierto bandolero que ve en los carruajes más ostentosos motivo de robo. Se creen justicieros.

—Y, ¿qué justicia hay en sus actos? —preguntó Marga más que molesta no solo porque considerara la falta de honor en esos actos indignantes, sino porque consideraran que ellos eran un blanco para semejante cacería.

—Siempre ha habido bandoleros, señora, pero desde la invasión francesa el empobrecimiento de las gentes ha ido en aumento. Los pobres cada vez son más pobres y los terratenientes venidos de más allá de nuestras fronteras se llevan sus recursos.

—Entiendo, pero nosotros no somos explotadores de minas.

—Ellos no les verán así, señora. Les verán como lo que son, la hija y el marido del gobernador del reino de Valencia. —Sentenció Manuel —. Aquí, el gobernador es amigo de los franceses y, mientras sus arcas estén repletas de oro, no condenará la situación de esta región.

—Bien, pues iré a por mis armas.

Pocos minutos después, Gabriel y Marga ya se encontraban de camino a la hacienda del inglés. No tardarían en llegar, tan solo media hora de viaje según les había informado Manuel.

Al fin, unas enormes puertas de forja se abrieron para recibirles. El carruaje aun recorrió un par de kilómetros hasta llegar a la residencia donde Míster Haffenden les esperaba sonriente.

—Es un placer tenerles en mi humilde morada —dijo el inglés en un perfecto español. Si no fuera por sus rasgos tan marcados, jamás hubieran pensado que no era andaluz.

—El placer es nuestro —respondió Gabriel.

—Por favor, síganme y les mostraré parte de la residencia que, como verán, aun conserva algunos trazos del paso de los árabes por estas tierras.

Debían reconocer que aquel palacete era más que hermoso. Sus ventanas seguían una línea muy distinta a la conocida en las tierras de Valencia. Del mismo modo eran las puertas que crecían hacia arriba con terminaciones en punta e, incluso, algunas habían sido divididas en dos por una hermosa columna repleta de pequeñas losas.

Llegaron hasta un pequeño salón, muy acogedor, con innumerables cojines esparcidos alrededor de las paredes y varias pequeñas mesas hexagonales repartidas por el salón. Las paredes estaban cubiertas en su plenitud por esos maravillosos mosaicos de pequeñas losas blancas y azules que recreaban motivos florales. En una de las paredes, liberada de cojines y mesitas, había una fuente cuya agua fresca y clara manaba directamente del interior de la casa.

—Es precioso —dijo Marga mientras recorría con la mirada cada esquina, pared o columna.

—Me alegro, tomaremos aquí un té inglés. Estoy seguro de que no han probado nada similar. — Haffenden tomó asiento en uno de los cojines—. Por favor, pónganse cómodos. Tengo entendido que pronto viajarán al norte.

—Así es —afirmó Gabriel receloso. No conocían a aquel hombre y cualquier paso en falso podría acarrearles problemas.

Uno de los sirvientes trajo el té inglés y algunas pastas y las dispuso por todas las mesas, aunque solo estuvieran en la sala ellos tres.

—Veréis, conozco a vuestro padre desde que éramos zagales. Yo, aunque no nací aquí, sí crecí en estas tierras. —Ahora entendía Marga porque no tenía acento alguno—. He vivido la llegada de los franceses

y sufrido la pobreza de mi gente. —Gabriel y Marga escuchaban con atención—. ¿Qué opinan sobre los rebeldes?

Marga miró a su esposo, parecía nervioso y no era extraño. La conversación tomaba matices peligrosos, pero algo hizo que ella sí confiara. A fin de cuentas, había sido su propio padre quien había concertado aquel encuentro.

—Supongo que son personas que, como los llamados bandoleros de estas tierras, solo quieren recuperar lo que les pertenece.

El inglés sonrió y Marga no supo si aquella reacción era buena o, todo lo contrario.

—Señor, hay noticias de un cargamento importante que atravesará el camino del este al mediodía.

Un hombre corpulento, de pelo oscuro que ataba en una coleta y piel quemada por el sol había entrado en salón sin reparar en la presencia de Marga y Gabriel. O, si lo hizo, no les dio importancia.

—Ya saben qué hacer, Gutiérrez. Al pueblo lo que es del pueblo.

—Sí, señor.

Marga observó al inglés. No se había fijado antes, pero su piel también estaba quemada por el sol, como si hubiera permanecido días enteros bajo su luz. Sus manos eran ásperas, no era un comerciante o un inversor cualquiera, él era un combatiente.

—¿Quién es usted, míster Haffenden? —preguntó Marga.

—¿A qué se refiere?

—Usted no parece de los que trabajan en la comodidad de un despacho, ¿cierto?

—La recuerdo cuando era tan solo una niña que corría por el campo, reía y jugaba. Traía locos a todos los miembros del servicio, ¿sabe? —El inglés miraba a Gabriel hipnotizándolo con aquellos ojos azules—. Sin embargo, ahora esa niña risueña es toda una mujer. Una dama perspicaz e inteligente. No la deje escapar, señor Del Prado.

—Tenga por seguro que no lo haré —afirmó Gabriel. Cogió una de las pastas—. ¿Quién era el hombre que se acaba de marchar?

—Oh, él es un gran amigo. Un hombre de honor que intenta devolverle a su familia cuanto le han arrebatado.

—¿Un bandolero? —Gabriel quería conocer cuanto rodeaba al inglés. Las apariencias engañaban y él no quería ser un pobre desgraciado al que un inglés había encandilado.

—Bandolero es una palabra muy fea. No. No los llamaría así, como si fueran criminales. —Haffenden bebió un poco de su té—. El imperio es el verdadero delincuente. Vayamos al meollo de esta reunión, muchachos.

—¿Al meollo?

—Señorita o, mejor dicho, señora ya casada. ¿Por qué cree usted que su padre organizaría una visita a esta casa?

—No lo sé, aunque creo que empiezo a imaginarlo.

—Necesita inversores, pero yo le daré algo más. —Se recostó en los cojines y miró a sus invitados divertido—. No solo financiaré lo que me pide, sino que lo haré con el oro de otros. Con francos, si os parece bien. Cierto dignatario francés ha osado crear *"La Société Générale des Couvries d'Espagne"* siendo los bonos de participación exclusividad de los afrancesados e imperiales.

—No entiendo bien —dijo Marga que trataba de organizar toda la información.

—Monsieur Deligny no es más que un ingeniero francés que se ha autoproclamado Conde en España, por supuesto con el beneplácito de nuestra reina gala. Ahora no solo extrae los minerales de estas tierras, sino que limita las ganancias a los imperiales. Un robo encubierto en toda regla, señores. Si los españoles necesitan cobre de sus minas, deberán pagarlo.

—Y, usted, ¿qué gana de todo esto? —preguntó interesado Gabriel.

—Recuperar mis minas.

—¿Sus razones son meramente comerciales? —Marga estaba indignada.

—Y, ¿de quién no lo son? El patriotismo está muerto en España. El norte lucha por su tierra, por cuanto les han arrebatado. Un pueblo no lucha hasta que el hambre acecha.

Marga sentía que todo cuanto conocía, esa idea romántica de la revolución podría estar equivocada. Quizás Amber tuviera razón y los franceses habían traído libertad a ciertas tierras, aunque en otras la explotación fuese un yugo difícil del que escapar.

—Te daré una razón para luchar, querida. —El inglés se incorporó y se acercó a sus invitados—. Cuidado con el embajador De Lesseps, no es solo un diplomático a las órdenes del Emperador. Su intención es explotar vuestra industria del mismo modo que en Andalucía se explotan las minas. Pronto tus amigos y conocidos serán trabajadores a las órdenes del Imperio y, si no lo consigue, ya hay otra propuesta en marcha.

Haffenden hizo una señal a un hombre que hasta aquel momento no habían advertido. Éste entró en el salón y trajo consigo una talega que depositó en una de las mesas cercanas.

El inglés extrajo de ella unos papeles mal doblados y los extendió en el suelo.

—¿Qué es? —preguntó Gabriel.

—Se trata de una verdadera obra de ingeniería. Un paso a través de tierras egipcias que uniría las aguas mediterráneas con el mar rojo.

—Con Asia —susurró Marga.

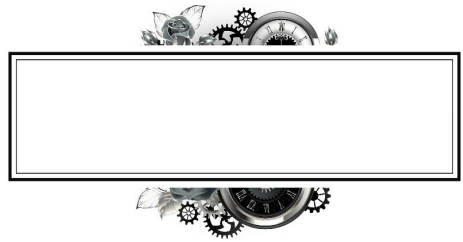
—Con Asia —reafirmó Haffenden.

—Debo informar a mi padre de inmediato. —Marga se puso en pie

—. Le escribiré. ¿Podría mandar un correo urgente?

—Por supuesto.

—Con su permiso, debemos marcharnos.



Capítulo 21

—Capitán, ya están los barracones dispuestos para la llegada de la nueva leva. —Un joven cabo comunicaba a su superior la cumplimentación de las órdenes dadas.

—Gracias, Cabo. Dígale al sargento Ónega que me haga entrega de las listas de los nuevos soldados. No, las de todas las escalas. Quiero comprobar quiénes serán designados a nuestra compañía.

—A la orden, mi Capitán.

El cabo saludó con la marcialidad adquirida, dio media vuelta y se marchó.

Alfonso se encontraba solo en el puesto de mando, había dado permiso a la mayoría de los suboficiales para disfrutar de los últimos días con sus familias, pero él no podía regresar a casa. Salió de la tienda y observó el campamento dispuesto alrededor de la antigua base de la alameda, a escasos metros del rio Turia y junto a la estación de carga.

Al otro lado del río podía ver la iglesia castrense de Santo Domingo, escuchó el repicar de las campanas. Eran las once de la mañana. Las cocinas desprendían olor a arroz, carne y verduras. En breve darían el toque para comer y, después, otra tarde perdida.

Se sentó en su escritorio de campaña, abrió el cajón y extrajo papel y pluma. Le había escrito en dos ocasiones sin obtener respuesta. Lo entendía, pero necesitaba seguir escribiéndola porque, al menos, el pensar en ella le daba fuerzas.

Escuchó de lejos las hélices. Los imperiales venían. Pronto la tienda se balanceó y el sonido de las anclas alertaron de su llegada. Escondió la misiva. Se ajustó la casaca, dejó que las gafas de aviador caídas sobre su cuello como si de un collar se tratara y cogió su gorra asegurándola bajo el brazo. Salió de la tienda y forzó una sonrisa.

—Mon colonel, ce vous êtes les bienvenus!

El parque que precedía al lago se encontraba repleto de viandantes que paseaban entre árboles de gran tamaño. El frío invierno hacía ya acto de presencia, siempre tardío en aquellas tierras, pero no importaba. Aquel paraje conseguía transmitir paz, serenidad y era destino solicitado entre quienes solo buscaban conversar, respirar aire puro o descansar.

Violeta frecuentaba a menudo el parque. El olor a hierba, el sonido de las aguas, el barullo de las gentes, todo lo que allí encontraba conseguía que olvidara su pesar. En casa de los Alcázar todo había cambiado desde que se diera la noticia de su embarazo. Su padre buscaba la solución más sensata, casarla con un pretendiente que no la juzgara. Su madre solo encendía velas y lloraba en el templo de las vestales. Y, su hermano, sentía el dolor en su rostro, la vergüenza en sus ojos y la condescendencia en sus palabras.

Encontró a Azucena sentada en su banco habitual, aquel que habían considerado suyo por derecho de uso y de nadie más. La vestal le sonrió y se abalanzó sobre ella para cubrirla en un largo y emotivo abrazo.

—¿Cómo estás? —Le preguntó.

—No encuentro salida y, aunque le escribí, no he recibido respuesta.

—Violeta, necesito contarte algo. —Azucena parecía tan emocionada como temerosa. Violeta la instó a contarle cuanto quisiera, pues su pesar no debería impedir su felicidad—. No sé cómo decírtelo, pero no puedo hacerlo de otro modo. —Inspiró y como un arma que dispara al corazón dijo—. Tu hermano ha pedido mi mano, nuestros padres han consentido y hoy iremos a notificarlo a las vestales.

—¿Hoy? —Violeta estaba triste, confundida. Ni siquiera de una noticia tan trascendental para su hermano y la que se había convertido en su mejor amiga, le habían considerado digna—. ¿Por qué Alberto no me lo ha contado?

—Decidimos que fuera yo quien te lo contara. —Le cogió las manos y las entrelazó con las suyas—. Violeta, tu hermano te quiere tanto que temía tu reacción. Temía que te enfadaras con él por haber concertado el matrimonio en tu situación. Temía perderte, Violeta. —Esperó, pero su amiga no dijo nada. Ni siquiera una reacción que le indicara sus sentimientos—. ¿Quieres acompañarme hasta el templo?

Violeta asintió y, como un alma en pena, la acompañó.

Al llegar, los Alcázar y el señor Espinosa les esperaban en las

escaleras que subían hasta el templo de las vestales. Alberto dio un paso hacia ellas, pero Azucena le negó con solo un suave gesto de su cabeza. Mantenía a Violeta a su lado, con sus brazos enhebrados y en silencio.

La vestal sonrió al llegar, pero Violeta no pudo levantar la mirada del mismo suelo. Alberto abrió el camino hacia el templo y llamó a la puerta dando tres toques, ni uno más, ni uno menos. Así estaba establecido. Tres toques.

Las puertas se abrieron dando paso a una de las vestales mayores que con un cirio encendido les daba la bienvenida. En silencio entraron los seis hombres y mujeres que con humildad solicitaban la bendición a la vestal máxima para la unión de Alberto y Azucena.

La vestal máxima les esperaba sentada en un banco de piedra, austero y sencillo. Dos cirios naranjas encendidos franqueaban a la vestal que les invitó a acercarse. Fue entonces cuando Alberto y Azucena tuvieron que adelantar sus pasos. Tras ellos, el señor Alcázar y el señor Espinosa; siendo la señora Beatriz Alcázar y Violeta las últimas en el paso.

Al llegar a una distancia prudencial, se detuvieron y esperaron la palabra de la vestal máxima. Ninguno de los presentes esperó lo que estaba a punto de suceder.

—No doy mi bendición. —Fueron las palabras que destruyeron en tan solo un minuto la ilusión de dos jóvenes que vieron su amor truncado por la devoción.

Sin entender las razones, ambas familias abandonaron el templo y, no fue hasta salir de él que la primera acusación cayó sobre Violeta.

—Has traído la desgracia a esta familia —sentenció la señora Alcázar.

Violeta levantó por primera vez la mirada del suelo. Sus ojos estaban cubiertos en un doloroso llanto. Alberto quiso abrazarla, pero su hermana escapó y corrió más allá del parque, más allá del lago.

—Dejadla, ya vendrá cuando se calme —ordenó Beatriz.

—Madre, no puede hablar en serio.

Alberto no esperó respuesta y siguió los pasos de su hermana con Azucena dándole alcance. Buscaron por largo rato, pero no la encontraron, aunque Violeta sí los vio. Se quedó en silencio. Esperó a que cesaran en su búsqueda o, al menos, lo hicieran en otro lugar. Después, se dejó caer a los pies de un gran árbol en el que apoyó la espalda, encogió las piernas, las abrazó y escondió en ellas su rostro.

Las horas pasaron y Violeta permaneció en su escondite hasta que la luna iluminaba el lago acompañada de sus estrellas más fieles. Se había sentido tan invisible como dolida y traicionada sin saber que ni Alberto ni Azucena habían regresado al calor de sus casas. Por primera vez en todo el día sintió el miedo de la oscuridad, el temor a ser

atacada o forzada por cualquier caminante de la noche.

Se levantó con cuidado. Aun escondida tras el árbol miró si había alguna alma deambulando por el parque. No había nadie. Cogió un par de piedras y las guardó en la pernera de cuero. Después buscó una rama no muy grande, pero robusta. Decidió entonces salir de su escondrijo cuando algo en el templo de las vestales llamó su atención.

Se trataba de la vestal máxima. Había salido sola, sin protección. Vestía tan solo una túnica corta sin adornos, como las que llevan las jóvenes en el día de su consagración. Anduvo descalza hasta llegar al lago y se introdujo en él por completo.

Tras unos breves instantes en los que la había perdido, consiguió verla después cuando la vestal salía por la otra orilla. Se dirigió hacia el camino que llevaba hasta el pueblo. Violeta la siguió a una distancia prudencial. Coelia continuó su caminar hasta que llegó a la puerta principal de la casa de lo Alcázar. Miró hacia el lugar en el que Violeta se había ocultado, pero no la vio.

Paseó por delante de la casa. Parecía buscar una entrada. Sin embargo, al cabo de unos minutos, se marchó. Violeta la vio regresar por el mismo camino que la había llevado hasta allí. No esperó a un nuevo cambio en los planes de la vestal, corrió hasta la puerta de su hogar y golpeó con gran intensidad hasta que el ama de llaves abrió la puerta.

—¡Señorita Violeta! —La señora Amparo dejó pasar a la joven y buscó en el exterior antes de cerrar la puerta—. Y, ¿el señorito Alberto? ¿No viene con usted?

—¿Alberto? ¿No está en su habitación?

—No, señorita. Sus padres dijeron que afirmó que no regresaría hasta encontrarla a usted.

—Y, ¿la señorita Espinosa?

—No lo sé, creo que sí regresó a su hogar.

Desde que llegara a Edeta con su padre Azucena sentía que él le escondía un grave secreto. Jamás había permanecido en la sombra tanto como cuando llegaron a Edeta.

Recordó el día en el que su padre le informó de que se mudarían y dejarían atrás todo cuanto conocía. Fue hacía tan solo unos meses, poco después de las vestalias. Ella se encontraba en su habitación y sintió una presencia, una joven que aparentaba ser de clase pudiente. El fantasma de la chica no le habló, pero le hizo revivir una terrible experiencia.

Se encontraba en un lago de aguas cristalinas. Reía y se divertía con

otras tres chicas cuyos rostros estaban borrosos. De pronto, las aguas del lago la atraparon, vio unos grandes ojos almendrados y, después, solo oscuridad.

Cuando se lo contó a su padre, él tomó una drástica decisión: "*Hija mía, debemos marcharnos al lugar en el que naciste. Tu don ha despertado, sabía que algún día sucedería, pero mantuve la esperanza de que, si te alejaba, ya fuera demasiado tarde*".

Desde aquel mismo instante su padre permaneció distante, cauto. Se alejaba de todo cuanto tuviera que ver con la academia o las vestales. Decía que era para mantenerme a salvo, pero ya no sabía si aquella era toda la verdad.

De pronto, alguien llamaba con urgencia a la puerta de casa. Uno de los sirvientes abrió la puerta y una voz familiar llegó a sus oídos. Pronto escuchó los pasos inconfundibles de su padre recorrer el pasillo y bajar las escaleras. Ella se puso una bata por encima del camisón y salió al encuentro de quien, en mitad de la noche, llamaba con insistencia.

—Necesito hablar con Azucena, señor Espinosa. —Violeta se encontraba en el hall de entrada.

—¿Violeta? —La joven vestal bajaba por las escaleras—. ¿Dónde está tu hermano?

—Pensaba que estaba contigo.

—¿Conmigo? No, él me acompañó hasta casa, mantuvo una breve conversación con mi padre y se marchó.

—Sí, hablamos sobre lo sucedido hoy en el templo y me dijo que iba a buscarte —intervino el señor Espinosa.

—Pues no me encontró, pero yo sí vi a quien quizás lo esté buscando a él.

—¿Viste a Rosa? —El señor Espinosa palideció al instante.

—¿Rosa? —Azucena miró a su padre.

—Rosa Nigrino —susurró Violeta. Su mente comenzó a funcionar sin darle tregua a un descanso—. Rosa Nigrino es tu madre, Azucena. ¡Yo estaba en lo cierto! ¿Lo ves ahora?

—Padre, ¿qué está pasando?

—Eres hija de Rosa Nigrino, Azucena. Siento no habértelo contado antes, pensé que no saberlo te brindaría una oportunidad, pero es evidente que ella te descubrió muy a mi pesar.

—¿Quién, padre? ¿Quién me descubrió?

—Coelia.

—¡Por lo dioses! Tengo que ir al lago. —Violeta dio media vuelta decidida a recorrer, una vez más, el camino que llevaba hasta el templo de las vestales.

—Espera —dijo el señor Espinosa—. Iré contigo. Necesito saber si la leyenda es cierta.

—¿Qué leyenda?

—Dicen que existe una dama del lago que cada segunda noche en las fiestas de vestalia, escoge a un joven edetano, lo atrae con su canto y lo ahoga en el lago. Dicen que esa joven dama busca desesperada a quién creyó que la abandonaba y, si la leyenda es cierta, yo soy el hombre que la abandonó y tu madre la joven doncella del lago.

—Pero, no son vestalias —dijo Azucena confundida.

—No, pero mi hermano pidió tu mano y, querida amiga, todo hombre que se ha acercado a ti ha perdido la vida en el lago. Puede que tu madre sea un pelín protectora.

—¿Crees de verdad que el lago atrae a los hombres?

—Creo que hay algo, o alguien, en el lago que atrae a los hombres y que tú, de alguna manera, eres responsable. —Azucena miró dolida a Violeta—. Perdona, no quería decir eso de esa manera. Estoy preocupada. Eso es todo. Lo siento. De verdad.

—No importa. Dame un par de minutos, subiré a por mí revolver.

—No será necesario. —El padre de Azucena se ausentó unos segundos y regresó con dos escopetas de caza—. Toma, Violeta, te hará más falta que a mi propia hija. —Violeta la aceptó—. Vámonos. Quizás aun estemos a tiempo.

Los tres corrieron en dirección al lago. Violeta sentía que el corazón se le desbordaba. Si algo le pasara a su hermano, no sabía si conseguiría soportarlo. Él era su pilar, su amigo, su sangre.

Se encontraban a medio camino cuando escucharon unos pasos que se acercaban por uno de los antiguos atajos colindantes. El señor Espinosa hizo una señal para que todos buscaran un lugar en el que esconderse. Violeta prestó especial atención a quién saliera de entre las sombras. Era una figura femenina. La reconocía.

—¿Amber? —Violeta salió de su escondite—. ¿Qué haces aquí en medio de la nada y tan de noche?

Amber apuntó a su amiga con un revolver de doble cañón. Violeta dejó la escopeta a un lado y alzó los brazos para que su amiga la viera. El señor Espinosa mantuvo en el punto de mira a Amber.

—¿Violeta? —Amber bajó el arma, pero Espinosa mantuvo el cañón apuntado hacia la recién llegada—. ¿Qué haces a estas horas de la noche en medio del parque?

—Es lo que te acabo de preguntar.

—Baja la voz —dijo Amber acercándose hasta Violeta—. Me ha parecido ver a tu hermano. Parecía un alma en pena y, después de conocer la noticia sobre la petición de mano, me temo lo peor.

—Nosotros también hemos venido por él. Entonces, ¿lo viste?

—Sí, hace apenas unos minutos. Estaba en el porche de casa, hace mucho tiempo que no consigo dormir y estar ahí me relaja. —Le contó Amber—. Un momento, ¿has dicho nosotros?

Azucena y su padre salieron de detrás de unos setos que los ocultaban.

—Vaya, cómo no. Por su culpa estamos ahora mismo aquí y tú la traes contigo.

—Ella no es la culpable.

—No soy tonta ni ciega, Violeta. Todos los jóvenes que se le han acercado han aparecido ahogados en el lago. Lo dije una vez y lo mantengo. Ella es la verdadera vestal negra.

—Yo no he hecho nada. —Azucena se tensó, cerró los ojos y apretó la mandíbula. Abrió las palmas de las manos y Amber retrocedió.

A Violeta, aquella escena le recordaba demasiado a la vivida en la noche del teatro.

—¡Parad! —Violeta se interpuso entre ambas—. Por favor, parad. No estamos aquí por vosotras, sino por mi hermano y espero no llegar demasiado tarde.

Azucena abrió los ojos para mirar directamente a Amber, quien le devolvió la mirada. Violeta recuperó la escopeta y lideró la marcha junto con el señor Espinosa. Estaba ya harta de juegos y necesitaba saber si lo que sospechaba era cierto.

Cuando faltaba tan solo un par de metros para llegar escucharon una especie de canto. Bajaron el ritmo del paso y avanzaron con cautela. Violeta y Azucena se sorprendieron al descubrir una escena similar a la pintada en los baños de los Alcázar.

Un grupo de mujeres estaban sumergidas en las aguas del lago. Solo se veía sus espaldas desnudas, el pelo les caía lacio, mojado. Miraban al templo sin percatarse que un grupo ajeno a la comunidad se acercaba. De pronto, las puertas del templo se abrieron y la vestal máxima salió al encuentro seguida de Alberto.

Violeta se acercó con sigilo y descubrió a un hermano ido, drogado, dormido. Las vestales del agua aumentaron el volumen de su canto y alzaron los brazos hacia el cielo. Coelia bajó las escaleras y con ella también lo hizo Alberto. Llegaron hasta el lago. El canto de las mujeres se mantenía. Alberto comenzó a bajar hasta el nivel del agua y se sumergió.

—¡Alto! —Amber salió al encuentro y las vestales callaron—. Alto o dispararé.

—¿Tu? ¿Tu vas a disparar? —Coelia se rio. Miró a la joven con descaro y con un solo movimiento de su mano, Amber se doblegó.

—Coelia, es suficiente. —El señor Espinosa salió de entre las sombras apuntando a la vestal máxima con el cañón de su arma.

Violeta lo imitó y también las apuntó. Azucena corrió en busca de Amber y recordó las palabras de Coelia: "*El agua es la respuesta*". Se lanzó al agua con Amber y ésta salió de su trance.

—¿Pretendías ahogarme? —espetó Amber.

—No.

—Saca a mi hermano del lago —ordenó Violeta.

—No —respondió Coelia—. Él debe morir.

—¿Por qué?

—Por pretenderla a ella. —Señaló a Azucena—. Ella es la heredera. ¡Mi heredera!

—Fuiste tu —susurró Azucena—. Tú los mataste a todos.

—No, fue él. Él se llevó a mi niña, él se llevó a mi Rosa.

—Yo la quería —intervino el señor Espinosa—. Tu fuiste la que me la arrebató. Antepusiste tus deseos al amor que Rosa me profesaba.

Violeta se sumergió en el agua con la escopeta en alto. Instó a Amber a acompañarla y ambas se aproximaron con cautela hasta donde el cuerpo de Alberto estaba custodiado por las vestales en el agua.

—Ella estaba destinada a ser consagrada al templo, a ocupar mi lugar, pero la mancillaste. Tu debiste ser juzgado, tu debiste morir aquella noche de verano y no ella.

—Rosa ya estaba condenada, tu te aseguraste de ello.

—Huiste cual cobarde.

—Salvé a mi hija.

—Me la ocultaste, pero no puedes evitar su destino. Ella regresó a mí. La última vestal negra. Solo una vestal negra puede ser nombrada máxima. Solo una médium puede salvar las almas. Si no hay una vestal negra, Edeta sucumbirá. Todo el reino sucumbirá.

—¿Por qué? —Intervino Azucena cuyo rostro estaba cubierto de lágrimas—. ¿Por qué los mataste?

—Lo hice por ti, querida. Para protegerte. Ellos te hubieran mancillado, invalidado para los dioses.

—Eran personas inocentes y tú les arrebataste la vida. Jamás seré como tú, Coelia.

Violeta y Amber ya llegaban hasta el grupo de vestales que, como si fueran ajenas a cuanto acontecía a su alrededor, continuaban su cantar.

—Están en trance —susurró Amber.

Violeta consiguió alcanzar a su hermano. Alberto flotaba bocarriba. Tenía los ojos cerrados, pero su respiración era pausada y limpia.

—Está vivo —susurró alegre—. Ayúdame. —Le pidió a Amber.

Las dos chicas tiraron de él, al tiempo que las vestales del agua abrieron los ojos y se abalanzaron sobre ellas. Violeta disparó sobre la primera y Amber trató de imitarla cuando ya tenía una de ellas tratando de ahogarla.

Coelia, al ver la escena que se celebraba a sus pies, dirigió toda su atención para mantener a su ejército de vestales a sus órdenes.

—Las está controlando ella —susurró el señor Espinosa a su hija—.

Tú eres la única que puede hacerle frente. Usa el agua, Azucena. Úsala.

Azucena se lanzó al lago. No sabía cómo debía proceder, pero sí sabía que en el agua estaba la respuesta. Había conseguido liberar a Amber del trance.

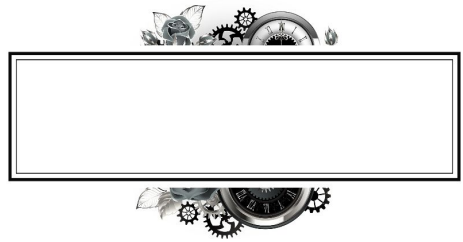
"¿Por qué no las liberaba el agua a ellas?", se preguntó.

Violeta y Amber seguían luchando por su vida. Coelia mantenía a las vestales bajo su influencia. El señor Espinosa se acercaba con sigilo. Y, Azucena se obligó a encontrar una respuesta.

La primera vestal sumergida en el agua por Azucena despertó. Estaba perpleja sin saber qué hacía allí.

—Lárgate —ordenó Azucena y vio como la joven vestal nadaba rauda para escapar.

Un tiró se escuchó en la noche. El lago se cubrió de sangre y el templo fue testigo del último sacrificio.



Capítulo 22

—Muchas gracias por todo, Manuel.

Marga y Gabriel debían abandonar su viaje antes de lo previsto ante los acontecimientos sucedidos y las noticias recibidas en Andalucía.

—Ha sido un placer tenerle de vuelta, señorita Marga —contestó el anciano—. Ya tienen todo su equipaje cargado.

—Gracias, Manuel —dijo Gabriel—. Vamos, Marga, no tenemos tiempo que perder.

Marga subió al carruaje, se quitó el sombrero y lo dejó en el asiento, justo a su lado. Gabriel hizo lo propio sentándose frente a ella. El vapor de la caldera accionó los pistones en el interior de los cilindros que subían y bajaban, a la par un silbido en la chimenea avisaba del movimiento inminente y el coche dio una pequeña sacudida antes de comenzar a avanzar.

—Siento que el viaje no haya sido lo que esperábamos.

—Ha sido todo lo que esperaba, querida. Nos debemos a un ideal y, por él, nos unió el destino. —Gabriel se cambió de sitio para viajar junto a su esposa.

La finca quedaba atrás y con ella el humo y los repiqueteos del metal. El agua roja de los ríos ahora se tornaba en el azul natural y los campos de olivos se convirtieron en huertas y prados.

De pronto, una voz pareció escucharse a lo lejos. Gabriel se asomó por la ventana para descubrir de quién se trataba.

—Es Manuel al galope sobre un caballo.

Marga tiró de la campanilla y el piloto frenó el coche en el acto. Manuel les dio alcance y con el rostro desencajado se confesó a través de la ventana.

—Señorita Marga, ruego que me perdone.

—¿Por qué?

—Al cruzar el siguiente paso una sección de imperiales les espera.

Su carta fue interceptada por un aviso anónimo que jamás pretendió hacerle daño.

Marga comprendió al instante quién era aquel anónimo y miró a su esposo.

—Gracias, Manuel, por el aviso, pero seguiremos nuestro camino. Si ese es nuestro destino.

—Señorita Marga…

Gabriel cerró la ventana e hizo sonar la campana para reanudar la marcha. Ambos se cogieron de la mano y, con la otra, se prepararon para el asalto.

El carruaje mantuvo el rumbo y la velocidad hasta pasados los campos donde pronto se observó que una considerable sección de imperiales cortaba el paso. Tanto Gabriel como Marga esperaron pacientes las órdenes.

—Señores Del Prado y Cabanilles, se ruega bajen del carruaje con las manos en alto. —Escucharon que alguien decía en un perfecto castellano. La evidencia era clara, se trataba de un oficial afrancesado, un traidor de las Españas.

—¿Quién lo ordena? —gritó Gabriel.

—El propio emperador, señor. —Fue su respuesta—. Se les acusa de atentar contra el Imperio.

—Hará falta algo más que una mera acusación —dijo Marga en voz alta.

—Señora Cabanilles, les ruego por su bien que bajen del carruaje.

—¿Qué pasará si nos negamos? —preguntó Gabriel con la mano de su esposa aun junto a la suya.

—Les obligaremos por la fuerza —respondió el oficial—. Créanme, no queremos hacerles daño salvo que sea estrictamente necesario.

Marga miró a Gabriel a los ojos y él le respondió con el más apasionado de los besos.

—Si nos han de detener, que su sangre responda primero —sentenció Gabriel.

Marga sonrió y asintió entre lágrimas que pronto darían paso a la rabia. Ambos abrieron las puertas al mismo tiempo, cargaron sus armas y saltaron del carruaje. Dispararon a cuantos imperiales tuvieron delante. A los franceses les castigó la arrogancia y cayeron más de lo esperado.

Gabriel recibió el primer disparo imperial. Un impacto que casi le destroza la pierna. Marga corrió en su ayuda y recibió el segundo impacto en el hombro.

—¡Alto el fuego! —ordenó el oficial.

Con Gabriel y Marga en el suelo, los imperiales les arrebataron las armas y los cargaron de nuevo en el propio carruaje que, en esta ocasión, sería conducido por un francés.

El destino ya no era Edeta. Ya no irían hasta el castillo del gobernador. Ni siquiera pisarían tierras valencianas. Su destino era incierto, pero no el último.

Si la última vez en que, quien suscribe, tuvo el valor de escribir unas líneas, es en esta cuando con la misma razón debo disculparme. Sin embargo, queridos lectores, diré que esta es, sin duda, la mayor historia que escribiré en mucho tiempo.

Casi despierta Edeta con una nueva víctima en el lago. ¿Quién era el joven en esta ocasión? Efectivamente, el joven Alberto de Alcázar. No era de extrañar al conocerse sus intenciones para con la joven vestal negra. Una recién llegada que ha dado mucho de qué hablar.

Al parecer, no fue ésta la que atraía a los muchachos a las aguas del lago, aunque sí tenía cierta influencia.

Anoche, en un cambio sorprendente de los acontecimientos, fue juzgada y sentenciada la vestal máxima que hoy en la madrugada se descubrió a orillas del lago vestal.

Las vestales, ahora desamparadas, anunciaron que no recuerdan nada desde hace muchos años. Lo que nos hace pensar que se encontraban bajo la influencia de Coacia Concordia, heredera directa de los Nigrino y, por supuesto, del linaje de mujeres médium.

También fue ella la causante de las muertes en las vestalias. Consideraba la desdichada que eran ofrendas que el lago reclamaba como perdón para sus deleznables actos, de su locura, del castigo que infundió a la joven Rosa Nigrino. De quien, dicen las malas lenguas, que debió ser hija de la propia vestal máxima y madre de la que hoy se espera tome su lugar.

¿Aceptará la joven vestal negra el cargo y poder del templo? Esa, lectores, es una respuesta que solo ella nos podrá brindar.

Atentamente,

La dama del lago.

—¿Cómo te encuentras? —Violeta había permanecido toda la noche junto a su cama a pesar de que sus padres intentaran convencerla de descansar en su estado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alberto al despertar y ver a toda su familia vigilando su sueño.

—Es un poco largo de contar, pero lo importante es que ya estás bien —respondió Violeta con una amplia sonrisa.

—No recuerdo nada, está todo borroso. Creo que vi a la vestal máxima en la noche, me ofreció agua del lago para calmar mi ánimo y, después, nada.

—No te preocupes, ha sido una noche larga.

—Hijo, sí debes saber cierta decisión que se ha tomado en las últimas horas.

—No, padre —rogó Violeta.

—Es mejor que lo sepa cuanto antes. —Alberto observó a su padre y a su hermana, hasta que el primero volvió a hablar—. Azucena Espinosa ya no es tu prometida.

—¿Por qué? —Alberto quiso incorporarse en la cama, pero todavía estaba convaleciente y sintió que sus ojos dejaban de enfocar. La cabeza le dio vueltas por un momento y dejó que Violeta lo recostara de nuevo.

—Esta noche será nombrada vestal máxima.

—¡No!

—Lo siento mucho, Alberto —dijo Violeta con gran pesar.

—Pero, ¿por qué? —volvió a preguntar.

—Como ya te dije, es una historia muy larga. —Violeta se inclinó para darle un beso en la frente—. Ahora descansa. Yo creo que también iré a descansar, me encuentro algo mareada.

—Te acompañaré. Has realizado muchos esfuerzos y estás débil —dijo se madre cogiéndola del brazo para servirle de apoyo.

La señora Beatriz y Violeta salieron al pasillo y caminaron con cuidado, despacio, hasta llegar a la habitación de la joven. La señora Beatriz soltó un momento a Violeta para poder abrir bien la puerta, una fracción de segundo que sirvió para que su hija cayera inconsciente al suelo.

—¡Socorro!¡Llamad a un médico!

Violeta seguía en el suelo desvanecida. La señora Beatriz tocó su frente. Ardía.

El señor Alcázar y un par de sirvientes alzaron en volandas a Violeta y la tumbaron en su cama. La joven se estremecía, tenía escalofríos y comenzaba a divagar. Se balanceaba de un lado a otro sujetándose la barriga hasta que sintió que la cama se humedecía.

—¡Está sangrando! —dijo una de las doncellas que acababa de llegar con paños y agua fría para las fiebres.

—¡Por los dioses! ¿Dónde está ese maldito médico?

La señora Beatriz caminaba nerviosa por la habitación de su hija. Veía a las doncellas limpiar de sangre todo cuanto podían, otras trataban de hacerle bajar la fiebre y María cogía a Violeta de la mano y le retiraba el pelo con los ojos llorosos.

—No se preocupe, señora Beatriz, seguro que es un aborto —dijo María—. Mi madre sufrió varios antes de que yo llegara a esta casa. Se pondrá bien. Ya lo verá.

—Madre —gimoteó Violeta—. Mamá.

La señora Beatriz corrió a su lado y cogió su mano temblorosa. Por primera vez lloró. Lloraba por el temor de perder a su hija, porque no supo afrontar una situación como debía y porque necesitaba que su niña siguiera siendo eso, una niña.

—Lo siento, mamá —susurró. Su voz era casi inaudible. Los

temblores cesaban y tras una última sacudida quedó relajada, debilitada, dormida.

Querido padre,

Sé que ya habrás recibido noticias de nuestro apresamiento. Del que fue más que un asalto bandolero. Del que fue una captura en desventaja en la que hubo acusación de traición hacia el Imperio. Debéis saber, padre, que es cierto.

Confío en el joven teniente Caballero, hijo de su amigo el asesor de finanzas don Juan Caballero. Él fue quien me proporcionó la tinta con la que escribo esta misiva. Y será él quien haga mandar el correo hasta usted.

No debe preocuparse por mi situación, pero sí por la de las gentes de Valencia. Pues he sabido de las intenciones del embajador francés, quien hará de nuestro reino su feudo y de nuestros dineros el pago al ejército imperial. Sabed también que anda con intenciones de abrir un paso desde el mediterráneo hasta el mar rojo, comunicará no solo Grecia e Italia con Asia, sino también Francia. Sabéis tan bien como yo que tal paso arruinaría nuestras fábricas, nuestra industria y exportación.

No tema por mí padre. Estaré bien, pero temo por mi amado Gabriel a quien mantienen alejado de mí y nada sé ya de él. Si está en su mano, padre, sálvele de una acusación injusta, pues él no fue causante de esta traición, sino yo que quise anteponer mi ideal a nuestra felicidad.

Su hija que le quiere y admira,

Margarita Cabanillas sra. Del Prado.

El gobernador dejó la carta sobre su escritorio y cubrió con sus manos el rostro. Pensó en los diversos escenarios que tras la misiva se presentaban y mandó llamar a su círculo de confianza.

—Lo que distingue sobre todo a la ciudad y reino de Valencia es el trabajo de sus fábricas. Las de paños contribuyen mucho a la prosperidad de este reino, pero son mucho más importantes las manufacturas de seda. —El señor Alcázar exponía bajo su experiencia y oficio.

—Efectivamente, y es por ello por lo que debemos intentar que ese paso no llegue a construirse. Es más, que no llegue ha presentarse al emperador o será la ruina del reino —comentaba el señor Dupoy.

—Y, ¿qué haremos con su hija, gobernador? —preguntó preocupado

el señor Alcázar.

—De ella ya me encargo yo, esos franceses creyeron terminar la partida hace años, pero ésta no ha hecho más que comenzar, señores.

—Disculpen las molestias, señores. —Un joven bien trajeado hacía acto de presencia en aquel momento—. Gobernador, he oído que su hija ha caído en manos de los afrancesados.

—Del Imperio, señor Nigrino —corrigió el gobernador.

—No importa. —El joven se acercó hasta donde los hombres hablaban y se sentó en uno de los sillones vacíos—. La razón que me trae hasta su castillo no es otra que la de ayudarles. El pueblo está harto de mandar a sus hijos a una guerra que no les compete solo porque un francés tenga sueños de grandeza.

—¿Cómo pretende usted, o su familia, ayudarnos, señor Nigrino? —preguntó interesado el señor Dupoy.

—Convocando a los antiguos, señores.

—Se refiere a… —Comenzó a decir el gobernador.

—Sí, gobernador, me refiero a la Orden de San Jorge.

Los andenes estaban repletos de familias que despedían a los más jóvenes cargados todos con similares petates. Los imperiales habían marcado dos zonas en las que separar a los integrantes de la última leva. Los jornaleros, agricultores, granjeros y demás familias del pueblo llano eran enviados por la línea de la izquierda hacia los vagones del tren más alejados. Los hijos e hijas de patricios se quedaban a la derecha para subir en el primer vagón.

Alberto se acercó al tren acompañado de su padre.

—¿Llevas todos los papeles?

—Sí, padre.

—Escúchame, hijo mío. —El señor Alcázar bajó la voz e hizo por apartarse de la multitud—. El plan sigue en marcha. No importa que Marga y Gabriel no estén hoy aquí, tu preséntate a quien ya sabes y todo irá bien. ¿De acuerdo? —Alberto asintió—. Eres mi hijo, nada malo puede pasarte —dijo antes de darle un fuerte abrazo.

—Cuida de mamá y Violeta, sobre todo de Violeta, por favor.

—Vagón uno. Todos a bordo. —Un suboficial daba el aviso a la par que el motor de la locomotora comenzaba a rugir.

—Vamos, muchacho, sube. Te están esperando.

El señor Alcázar esperó a que su hijo subiera al tren, pero no ha despedirse desde el andén. Sentía un nudo en la garganta al ver partir a su hijo y no quería que él viera a su padre gimotear como una plañidera. Su hijo necesitaba el valor inculcado, no el dolor de un

padre apenado.

Azucena había sido preparada en la tarde para aquel momento. Las vestales la habían bañado con las flores de azahar, peinado sus cabellos y dejado sueltos. La vistieron con una ligera túnica blanca, sin complementos ni joyas ni camafeos.

La luna estaba a punto de reflejarse en el agua. Ya poco quedaba para ser consagrada en las aguas del templo. Sintió que no hubiera amigos ni familia que la acompañaran en aquella ceremonia sagrada, pero así debía ser y, en la mañana, podría ya dar su grado a conocer.

Las vestales encendieron los cirios naranjas que marcaban el camino hasta el lago. Azucena recordó lo que aquellas aguas vivieron hacía apenas unas jornadas. Se estremeció, pero mantuvo su paso hasta introducirse en el agua. Escuchó que las vestales comenzaban a cantar, un rito, una melodía ancestral.

Las aguas comenzaron a burbujear. La nueva vestal negra se sumergió por completo en el agua y sintió una fuerza que le embriagaba.

Salió al fin del lago. Ahora era la vestal máxima del templo edetano. Su poder e influencia habían aumentado y sintió que los dioses estaban con ella.